



Agustín Moreto

No puede ser

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Agustín Moreto

No puede ser

PERSONAS.

DON FÉLIX DE TOLEDO

DOÑA ANA PACHECO.

DON PEDRO PACHECO.

DOÑA INÉS PACHECO.

DON DIEGO DE ROJAS.

MANUELA, criada.

TARUGO, criado.

ALBERTO, caballero.

SANCHO, viejo, criado.

UNA CRIADA.

CRIADOS.

MÚSICOS.

La escena es en Madrid

Jornada primera.

Galería es la casa de doña Ana.

Escena primera

DON FÉLIX, TARUGO.

TARUGO. Eso Señor, es virtud
que no acabo de creer.

DON FÉLIX. Esto es para entretener
sin ocio la juventud.

Doña Ana Pacheco es
por su virtud estimada,
por su ingenio celebrada
por sus partes lo que ves.
Es sola, rica y discreta,
su honestidad conocida,
y el empleo de su vida
le da al estudio.

TARUGO ¿Es poeta?

DON FÉLIX. Aunque ella no es la primera,
pues en Madrid hoy se ven
mujeres que hacen tan bien
versos, que envidia cualquiera,
te aseguro de doña Ana
que, sin ser sola, pudiera
ser en esto la primera.
Y los aplausos que gana
a que tenga la han movido
una academia en su casa,
donde yo acudo y se pasa
un rato muy divertido;
porque de mis mocedades
este cuidado me priva:
aquí el discurso se aviva,
y excuso otras liviandades.

TARUGO. Señor, cosa es muy posible
ser rica, bella y discreta;
pero ser rica y poeta,
vive Dios, que es imposible.

DON FÉLIX. ¡Por qué?

TARUGO. ¿Eso dudas?

DON FÉLIX. Si dudo.

TARUGO. Pues iba ¿hay hombre a quien dé el cielo
con gracia aqeste desvelo,
que no esté siempre desnudo?
Y esto es forzoso, Señor,
porque la poesía es cosa
que, aunque es virtud y gustosa
nunca ha tenido valor.
Es flor desta humanidad,
y como una flor, en fin,
sirve de adorno al jardín;
mas no de necesidad
adornan las flores bellas;
y al que en un jardin las mira,
como hermosas las admira,
pero no cena con ellas.

Y el que un jardín entra a ver
mas presto se irá a buscar
espárragos que cenar
que las flores para oler.
Demás desto, la fortuna
parte igualmente sus dones,
y no da sus perfecciones
al que te quiso dar una
el bien con el mal mezcló;
nadie a otro envidiará
si sabe el hueso que da
con la carne que le dio.
Al entendido da ocio
y pobreza; al que da precio
de hacienda siempre es un necio,
mas no para su negocio.
La hermosa es boba y pesada,
la fea discreta y graciosa,
y tal vez es melindrosa
la aguileña desgraciada
y si una llevo á tener
hermosura y discreción,
le da una mala elección,
con que lo echa a peder.
Y esto tan claro se nota,
que de esto salió el refrán
de que «al ruin puerco le dan
siempre la mejor bellota».
Y yo en todas siempre advierto
el galán discreto, airoso,
dejado por un roñoso
necio, zambo, zurdo y tuerto.
Y en fin, en todo hay su peso,
porque en la mejor fortuna
verás lo que en la aceituna,
que en la mayor hay más hueso.
Poesía y riqueza ingrata
siempre trocaron los frenos,
y no hallarás versos buenos
hechos con bujías de plata,
con candil sí, que es civil
la musa para la vena:
sólo la poesía es buena
hecha a moco de candil.

DON FÉLIX. ¡Qué locura!

TARUGO. A los pasados
mira, y verás el efeto:

por el candil de Epicieto
¿no dieron tres mil ducados?

DON FÉLIX. Ese es filósofo.

TARUGO. Cesa;
pues toda la poesía
¿qué es sino filosofía?
Así fuera ginovesa.

DON FÉLIX. Tu juicio, en fin, pertinaz
entre riqueza y poesía
no quiere dar compañía.

TARUGO. Como cuñados en paz.

DON FÉLIX. Eso niega la experiencia,

Pues prueba que en Grecia Homero
fue muy rico, y el primero;
después con mas excelencia
Virgilio, en Roma dejó
tanta suma de dinero,
que al César hizo heredero
del tesoro que él le dio.

El Petrarca en Francia fue
riquísimo, y laureado
del Pontífice sagrado
en Roma. Y acá se ve
que el rey don Juan el Segundo
hizo rico a Juan de Mena,
y estimó en su aguda vena
aquel discurso profundo.

El caballero Marino
fue rico; y el de la casa
Ronsardo, en Francia, sin tasa,
el Sannazaro, el Guarino.

A no haber sido atrevido,
fuera riquísimo el Taso.

Y en Toledo Garcilaso
fue rico, ilustre y lucido
en un asalto murió
como valeroso y fuerte,
sintiendo España su muerte.

Que Carlos Quinto vengó.

Y ¿qué ingenio en nuestra edad
nuestro rey no ha enriquecido?
¿Qué pluma empleo no ha sido
de su liberalidad?

El retor de Villahermosa,
Góngora, Mesa, y Enciso,
Mendoza , y otros, ¿qué quiso
por su eleccion generosa?

Y si toda esta verdad
tu mala aprensión no allana,
¿No fue el de Villamediana
rico y señor?

TARUGO. Es verdad.

DON FÉLIX. ¿No ha habido muchos señores
que ilustraron la poesía?

Ven particular hoy día
¿no hay uno de los mayores,
que después que su valor
en el circo mas lucido
aplausos de España ha sido,
la tiene con tal primor,
que hoy, sin ser lisonja, son
sus dulces versos discretos,
por lo alto de sus concetos,
de todos admiración?

TARUGO. Eso será la verdad;
mas, para esos que así fueron,
hay cuatro mil que murieron
de pura necesidad.

DON FÉLIX. Eso su estrella causó;
que en cualquiera facultad
oprimió necesidad
a quien no la mereció.

Mas no lo prueba ese indicio;
que lo que alguno baldona,
teniéndolo en la persona,
no es pensión del ejercicio;
y en ella es virtud, y tenella,
con premio o sin él, es bueno;
que en la virtud es ajeno
lo que pende de la estrella.

TARUGO. Pues ¿por qué el vulgo indiscreto
la llega a desestimar?

DON FÉLIX. Eso suele ocasionar
la pobreza del sugeto.
Dime, ¿la despreciará
en un señor?

TARUGO. Ni aun por chiste.

DON FÉLIX. Luego en ella no consiste,
sino en el vaso en que está.

Del agua un ejemplo breve
te distinguirá esa ley,
que en oro es digna de un rey,
y en barro el pobre la bebe.

TARUGO. Pero ya, Señor, el cuarto

de la academia han abierto.
DON FÉLIX. Y a doña Ana viene aquí.
TARUGO. Con ella viene don Pedro
Pacheco, nuestro vecino,
que es un Celoso extremeño
en el guardar a su hermana.
DON FÉLIX. No anda en eso muy cuerdo.
TARUGO. ¡Qué rica que está la sala!
DON FÉLIX. ¿No infieres, Tarugo, de eso
que hay poesía con riqueza?
TARUGO. Lo estoy viendo y no lo creo;
mas, vive Dios, que como eres
tu don Félix de Toledo,
si es poeta, ha de ser pobre.
DON FÉLIX. ¿Cómo puede ser, teniendo
en su casa tal riqueza?
TARUGO. Una noche haciendo versos
se le ha de quemar la casa,
y ha de amanecer en cueros.
Mas ya salen; yo me voy.
DON FÉLIX. ¿Dónde?
TARUGO. A casa de un flamenco,
que lo vende sin bautismo,
y allí van unos mozuelos
muy ricos, que juegan largo,
y me entretengo con ellos.
DON FÉLIX. Pues ¿tú juegas?
TARUGO. A las pintas.
DON FÉLIX. Y ¿largo?
TARUGO. No, sino huevos;
a cuatro y cuatro y terceras
nos quitamos el pellejo.
DON FÉLIX. ¿No quieres ver la academia?
TARUGO. ¡Yo academia! No haré luego
cinco pintas en diez años
si estoy una hora entre versos. (Vase.)
(Entra don Félix por una puerta y sale por otra.)

Sala en casa de doña Ana.

Escena II

DON DIEGO, DON PEDRO, ALBERTO, DOÑA ANA, UNA CRIADA, MÚSICOS,
DON FÉLIX.

MÚSICA. Es el ingenio noble como el sol,
que con la luz que alumbrada calor.

DON FÉLIX. Nuevo e ingenioso modo
tiene la letra.

DOÑA ANA. La he hecho
para introducir con ella
la academia.

DON PEDRO. En vos no es nuevo
el hacer las novedades
con tal gracia.

DOÑA ANA. Id prosiguiendo
la letra mientras que todos
van tomando sus asientos.

(Asiéntanse las damas en estrado y los galanes en sillas.)

MÚSICA. Es la gala y hermosura perfección
mas la del alma siempre es la mayor.

DON FÉLIX. ¿No es muy pulida la letra
señor don Pedro Pacheco?

DON PEDRO. Si vos la admiráis, don Félix,
¿qué haré yo, que el alma tengo,
en doña Ana, y solicito
en ella mi cautiverio?

DOÑA ANA. Comience pues la academia.

DON DIEGO. Diga doña Ana primero.

DOÑA ANA. Señor don Diego de Rojas,
que no es lisonja os advierto,
porque en la academia es
mejor lugar el postrero.

DON DIEGO. Esto es dar lugar que escojan.

ALBERTO. Pues yo diré.

DON PEDRO. Diga Alberto.

ALBERTO. Un soneto me ha encargado
la academia.

DOÑA ANA. ¿A qué sueto?

ALBERTO. Al amor.

DOÑA ANA. Mucho hay escrito;
Difícil es el intento.

ALBERTO. «Es el amor deseo de un contento
que nunca llega á su dichoso estado;
si no es fino, no hay gusto en su en cuidado;
si es fino, es todo pena y sentimiento.
Correspondido, está del temor lento
de la desconfianza atormentado;
pues ¿qué será el amor desesperado,
si aun el correspondido es un tormento?
En su triunfo mayor padece olvido,
y en la esperanza pena, si no alcanza;
de cualquier modo siempre muerte ha sido.
Todos ven su traición y su mudanza,
todos cuantos le siguen se han perdido
y todos van tras él con esperanza.»

DOÑA ANA. Está muy bien definido
el amor por sus efectos
y aunque amor hay tan dichoso
cierto que es nuevo y es bueno.

DON DIEGO. Yo tengo a cargo una glosa,
y es solamente de un verso,
que por difícil me ha dado
la academia.

DOÑA ANA. Ya la espero.

DON DIEGO. Para fines males, cuándo.
Oid.

DOÑA ANA. Ya estamos atentos.

DON DIEGO. «Para fines de su amor
suele dar males Inés
en desdenes y en rigor;
pero luego de allí a un mes
vuelve a amar con más primor.
No hay que preguntar, en dando
males, cuándo volverá
a amar, aunque esté olvidando;
que bien se infiere, si da
Para fines males, cuándo.»

DOÑA ANA. Glosó con todo rigor.

DON PEDRO. Yo á cargo una octava tengo,
en que he de pintar la furia
de un leon acometiendo.

DOÑA ANA. Asunto es de un buen poeta;
decidla.

DON PEDRO. Ya la refiero.
«En medio extremo el bruto se enarbola
espeluzada la cerviz valiente;
a la frente feroz vuelta la cola,
es la cola penacho de la frente;
los pies arranca de una estampa sola,
de las garras el cuerpo ya pendiente;
y centellando con la vista enojos,
se le pasan las garras a los ojos.»

DOÑA ANA. Bien pintado, y juntó bien
naturaleza y concepto.

DON FÉLIX. A mi definir me toca
la dicha y desdicha a un tiempo
en una décima sola.

DOÑA ANA. Mucho asunto en poco verso.

DON FÉLIX. « Es dicha seguir no bien,
y desdicha no tenerle;
tenido, es fuerza perderle,
y esto es desdicha también.

Quien siempre sufrió un desden
no llega a estado peor;
con que dicha es, en rigor,
causa de un mal mas mortal,
y la desdicha es un mal
que excusa de otro mayor.»

DOÑA ANA. Extraña difinición,
y es aguda por extremo.
Yo tengo a cargo un enigma,
y proponéroslo quiero.
Pintase una carbonera
natural, que siempre ardiendo,
cubierta de tierra, exhala
por la tierra el humo denso;
y la glosa dice así,
escuchadla.

DON FÉLIX. Ya atendemos.

DOÑA ANA. «Este fuego que arde en mí
otro fuego le encendió,
que arde también como yo,
y a un tiempo ardemos así.
El humo que exhala el fuego
conviene a mi perfección;
y el cubrirme es por razón
de que no le exhale luego.
Mientras que no me consumo,
cuando mas tierra me das
mas me abrigas y arde más,
con que he de arrojar mas humo.
No dejando yo de arder,
salir en vapor presumo.
Decid quién soy yo y el humo,
que guardar no puede ser.»

DON FÉLIX. Difícil es.

DOÑA ANA. ¿Qué os parece?

ALBERTO. Yo digo que es el secreto.

DOÑA ANA. No es.

DON DIEGO. Yo digo que son
los celos, fuego de fuego,
como volcán encendido.

Que entrambos arden a un tiempo.

DOÑA ANA. No son los celos.

DON PEDRO. Yo amor,
Pues en él todo lo veo.

DOÑA ANA. No es amor.

DON PEDRO. Pues ¿qué será?

DOÑA ANA. ¿Os rendís?

DON PEDRO. A vuestro ingenio.
DOÑA ANA. Pues es...
DON FÉLIX. Tened, no digáis;
que yo faltó, y decir quiero.
DOÑA ANA. Decid pues.
DON FÉLIX Yo digo que es
aquese encendido fuego
la mujer enamorada.
DOÑA ANA. Es verdad; yo lo confieso.
DON FÉLIX. El humo denso que exhala
es su honor; la tierra luego
con que se cubre parece,
si bien al enigma atiende,
que son las guardas que tiene
su honor; y mientras, queriendo,
mas guardas ponerle intentan,
se enciende mas su deseo,
y crece el daño. De donde
se infiere con claro ejemplo
que cuando la mujer quiere,
si de su honor no hace aprecio,
guardarla no puede ser,
y es disparate emprenderlo.
DOÑA ANA. Está muy bien conocido
y aplicado.
DON PEDRO. Aunque el intento
Del enigma haya sido ese,
se concluye con un yerro.
DOÑA ANA. ¿Cuál es?
DON PEDRO. Decir que el guardar
una mujer es empeño
que no puede ser.
DOÑA ANA. ¿Por qué?
DON PEDRO. Porque del hombre el desvelo
puede asegurar su honor,
y con cautela y esfuerzo
vencer puede este peligro;
que las mujeres que vemos
livianas, no es por su industria,
sino descuido del dueño.
DONA ANA. Pues ¿no hay hombres cuidadosos
y honrados, y aqueste riesgo
cautelan; y las mujeres,
cuando hay mas cuidado en ellos
crece en ellas mas la industria
y ofenden al mas atento,
seguras de su noticia?

DON PEDRO. Muchos hay; mas todos esos
lo yerran de confiados,
pues cautelan solo el riesgo
que piensan, y no el que deben;
que si hubiera uno discreto,
que previniese el peligro,
y con cantela y aliento
mirara todas las puertas
que puede tener el riesgo,
y las defendiese todas,
fuera imposible ofenderlo.
Y finalmente, concluyo
que las que hacen ese yerro,
se le ocasiona el descuido,
sin que le busque el ingenio;
y si no, la que engañó
a quien la guarda, ¿no es cierto
que le ofendió por la parte
que él no defendió?

DOÑA ANA. Eso infiero.

DON PEDRO. Luego si el que fué ofendido
hubiera visto primero
aquel riesgo, y le guardara,
no le ofendiera.

DOÑA ANA. Es muy cierto;
Mas si la mujer estaba
metida ya en ese empeño,
si aquel medio no lograra,
hubiera hallado otro medio.

DON PEDRO. Pues por eso digo yo
que el hombre honrado y discreto,
ha de prevenirlo todo,
y al que fuere tan atento,
Lo que no puede ser es
que le ofendan.

DOÑA ANA. Para eso
es menester ser un hombre
mas que hombre, porque el ingenio
humano es casi incapaz
de prevenir tanto riesgo.

DON PEDRO. Cuanto fuere riesgo humano
lo alcanza el entendimiento,
y el hombre es capaz de todo.

DOÑA ANA. Pues si vos presumís eso,
Que en práctica lo pongamos
yo os ruego; mas suponiendo
que a prevenir todo el daño

sois vos el hombre discreto,
que defendéis la mujer
que se resuelve a ofenderos.

DON PEDRO. Decid, y veréis si hay daño
a que yo no dé remedio.

DOÑA ANA. Aunque estéis vos receloso,
¿podréis prohibir, siendo cuerdo,
que salga aquesta mujer
de casa?

DON PEDRO. Ya que no puedo,
saldré yo siempre a su lado.

DOÑA ANA. Está muy bien; y vos luego
¿no habéis de salir de casa?

DON PEDRO. Saldré, dejando primero
centinelas ignoradas.

DOÑA ANA. Aunque es difícil empeño
para ser continuado,
yo os le paso; mas supuesto
que siempre estéis a su lado,
¿no habéis de dormir?

DON PEDRO. El sueño
de hombre que vela su honor,
aunque sea un letargo, el miedo
de que pueda despertarle
le tiene en ella despierto
para que no se le atreva.

DOÑA ANA. Y ¿si ella asegura el sueño
con algún arte, que es fácil,
pues vemos que halló el ingenio
confecciones que le infunden?

DON PEDRO. Tener criados atentos,
que suplan ese peligro.

DOÑA ANA. Y ¿si son dobles?

DON PEDRO. El cuerdo
no ha de confiar su honor
de quien no esté satisfecho
en caso que tanto importa;
y si esta experiencia ha hecho,
lo mismo hará ellos que él.

DOÑA ANA. Y si la mujer, sabiendo
que dellos se ha de guardar,
les diese también a ellos
la confección que os dio a vos,
y todos duermen, ¿qué haremos?

DON PEDRO. Ese es un caso imposible,
y fuera caerse el cielo;
y me cierro en mi opinión,

que estos son vanos intentos.
DOÑA ANA. No hagaís tal, por vida vuestra,
señor don Pedro Pacheco,
y no queráis saber vos
mas que todo el mundo en esto;
y advertid que la experiencia
de los sabios, conociendo
que aquesto no puede ser,
nos dejó varios ejemplos
en las fábulas antiguas.
Los ojos de Argos durmieron
con la vara de Mercurio,
dando a entender que el tercero
ingenioso vencerá
cualquier guarda en ese empeño.
Acrisio puso a su hija
Danae en el obscuro encierro
de una torre, y halló en ella
Júpiter el fácil medio,
disfrazado en lluvia de oro,
de meterse en su aposento.
De que se infiere que al oro
no hay fortaleza ni encierro
que no se abra, y pues os da
la ciencia tantos ejemplos,
no queráis vos saber más
que lo que todos supieron.
Este medio, que parece
más fácil, tiene secreto
algún riesgo, pues el mundo
no te usó; mas este riesgo
no se puede conocer
hasta poner en efecto
la ejecución de aquel caso.
Ejecútale el ingenio
llevado de su viveza;
y al caminar en su intento
da con el inconveniente;
y hallándose en un despeño,
corrido de no haber visto
con su discurso aquel yerro,
para seguir lo común,
vuelve a deshacer lo hecho.
Política muy delgada
es esta; y para venceros,
os daré mas claramente
su razon en un ejemplo.

Va un caminante a un lugar:
en muchos caminos vemos
que desde el principio suele
verse el lugar a lo lejos;
siguiendo el camino, a veces
se va la senda torciendo,
que parece que se aparta
del lugar, y es que el primero
que descubrió aquel camino,
halló algún mal paso en medio,
con que fue fuerza torcerle
para ir al lugar más presto.
Si alguno por su agudeza,
este camino siguiendo,
pensase que iría más breve
si le siguiese derecho,
y haciendo norte a los ojos,
abriese camino nuevo.
Después que con mas trabajo
hubiese andado gran trecho,
daría con el mal paso
del pantano o el desempeño;
con que era fuerza volver
a su camino primero.

DON PEDRO. Lo que ha torcido el camino
aquí no es del argumento,
y yo he de seguir el mío.

DOÑA ANA. Mirad que vais á perderos.

DON PEDRO. ¿En qué?

DOÑA ANA. En errar.

DON PEDRO. Yo no soy
casado, ni en Madrid tengo
más que una hermana, y del sol
a defenderla me atrevo.

DOÑA ANA. Vuestra hermana no tendrá
la intención que se ha supuesto
de engañaros, y así, en ella
no argüís con ese ejemplo.

DON PEDRO. Y á tenerla, la guardará.

DOÑA ANA. Mirad que no es fácil eso.

DON PEDRO. El valor se ha de atrever
a lo difícil.

DON FÉLIX. Don Pedro,
dáos por vencido; que todos
nos rendimos a es te riesgo,
sin agraviar las mujeres,
pues de la mano del cielo

viene sola la que es buena.
Y vive Dios, que si en esto
Tuviédeses cien cabezas,
como tuvo Briareo,
y en ellas los ojos de Argos
y de Mercurio el ingenio,
os había de engañar
la mujer que sabe menos. (Levántase.)

DON PEDRO. (Levántase.)
Vive Dios, que el que pensare
que puede ofender mi aliento
mujer ninguna, se engaña.

DON FÉLIX. Yo daré á entender su yerro.

DOÑA ANA. (Colocándose entre don Pedro y don Félix.)

Tened, no os descompongáis,
don Pedro; que el argumento
no se hizo para pependencias.

DON PEDRO. Lo que yo he dicho es lo cierto;
y después de defendido,
afuera con el acero
lo probará la experiencia
con la razon que aquí dentro. (Vase.)

DOÑA ANA. Esperad, que es grande arrojoo..

ALBERTO. Ya es fuerza el irlle siguiendo;
que, aunque razón no ha tenido,
siempre a su lado estar debo. (Vase.)

DOÑA ANA. (A don Diego)
Llamadle vos.

DON DIEGO. A eso voy.
(Ap. Mas en mí tiene un ejemplo
de que es cierta su opinión;
pues cuando a su hermana quiero
por él lugar no ha tenido
de ver ni hablar mi deseo.)
(Vase, y también los músicos.)

Escena III

DOÑA ANA, DON FÉLIX, UNA CRIADA.

DOÑA ANA. Cierto que ha estado pesado.

DON FÉLIX. No pensé que era tan necio.

DOÑA ANA. Don Pedro, señor don Félix,
es mi galan y mi deudo,
y por ciertas prevenciones
dilato mi casamiento,
estando ajustados ya
entre los dos los conciertos.
Para hacerle mi marido

quisiera verle mas cuerdo;
y para desengañarle
de tan loco pensamiento,
su hermana es rica y hermosa;
si vos...

DON FÉLIX. Tened, que ya entiendo,
y me proponeis lo mismo
que ha pensado mi deseo.

¿No es que yo la galantee?

DOÑA ANA. Diera todo cuanto tengo
por verle desengañado.

DON FÉLIX. Pues yo en algunos encuentros,
aunque nunca la he servido,
la he dicho algunos requiebros,
y no muy mal escuchados.

DOÑA ANA. No es ese mal fundamento,
mas ¿cómo daréis principio
si él la guarda con desvelo?

DON FÉLIX. A mí me sirve un criado,
con quien Merlín supo menos;
si él la introducción no intenta,
no la intentará Juanelo.

DOÑA ANA. ¿Dónde está?

DON FÉLIX. (A la criada.)

Ved si ha venido

Tarugo ahí fuera.

CRIADA. Eso intento.

(Se aproxima a la puerta.)

¿Está Tarugo aquí?

Escena IV

TARUGO. -DICHOS.

TARUGO. Adsum.

DOÑA ANA. Traza tiene de discreto.

TARUGO. Hacía el agilibus, mucho.

DOÑA ANA. ¿De dónde sois?

TARUGO. De los Hueros.

DOÑA ANA. ¿Los Hueros?

TARUGO. Es que mi madre
cuando pensó que era huero,
me halló pollo.

DOÑA ANA. El es bellaco.

TARUGO. Honra que me hacéis es eso.

DON FÉLIX. Tarugo, aquí está empeñado
todo el valor de tu ingenio;

¿no conoces a la hermana...

TARUGO. ¿Cuál?

DON FÉLIX. De don Pedro Pacheco?
¿Te atreves a introducir
de mi parte un galanteo
con ella?

TARUGO. Corrido estoy.

DON FÉLIX. ¿De qué?

TARUGO. De que digas eso;
¿con un hombre de mi sangre
pone aquí duda tu pecho
el que yo sea alcahuete?
Pues ¿de qué sirve mi aliento?
¿Eso de mí ha de dudarse?
No solo haré, vive el cielo,
con ella la introducción,
mas con el mismo don Pedro.

DON FÉLIX. ¿Cómo lo harás?

TARUGO. ¿No hay pecunia?

DON FÉLIX. Cuanta quisieres.

TARUGO. Laus Deo.

DOÑA ANA. ¿Cómo, estando muy guardada,
has de lograr ese intento?

TARUGO. ¿Ella come, viste y calza?

DOÑA ANA. No hay duda.

TARUGO. ¿A estos ministerios
no acude gente de afuera?

DOÑA ANA. Sí.

TARUGO. Pues no hablemos en esto.

DOÑA ANA. ¿Qué quieres decir?

TARUGO. ¿No entiendes?
Yo puedo ser zapatero,
sastre, hilo portugués,
o mujer que quita vello;
porque el alcahuete tiene
bula de mudar el sexo.
¿Entendéislo ahora?

DOÑA ANA. Sí.
Y mira que este es mi empeño.

TARUGO. Pues esto a vos ¿qué os importa?

DOÑA ANA. Desengañar a este necio
Que el guardar una mujer
no puede ser, y ha hecho empeño
de la cuestión, arrojado,
poniéndose a defenderlo.

TARUGO. ¿Qué decís? ¡Jesús! ¿a ese hombre
le parece fácil eso?
Pues ¿no sabe que hay Tarugos?

DON FÉLIX. Él seguir quiere su intento

por camino extraordinario.
TARUGO. En dejando el carretero,
va el pobre señor perdido.
¿No sabe cuántos se han muerto
por echar por el atajo?
¡Jesús, y qué lindo ejemplo!
Con un cuento muy común
le diera yo.

DOÑA ANA. ¿Qué es el cuento?

TARUGO. Iba camino un abad
muy gordo y muy reverendo;
llegando a un río, intentó
pasar el vado, y saliendo
un pastor, le dijo: «Advierta
que ayer se ahogó un pasajero
porque erró el vado.» El abad
preguntó al pastor tosiendo:
«¿Cuánto hay desde aquí a la puente?
-Dos leguas y media pienso,»
Dijo el pastor. Y el abad
Le respondió entre un regüeldo:
«Si el que se ahogó hubiera ido
por la puente, aunque está lejos,
desde ayer acá ya hubiera
pasado el río.» Y el freno
torciendo a la mula, dijo:
« por la puente, que está seco.»

DOÑA ANA. Hizo muy bien; y el abad
¿quién habrá de ser?

TARUGO. Don Pedro.

DOÑA ANA. Yo te prometo un regalo.

TARUGO. Pues a la puente, y piquemos.

DON FÉLIX. Señora, al intento vamos.

DOÑA ANA. Con el aviso os espero.

DON FÉLIX. Cuenta os vendré a dar de todo.

DOÑA ANA. Me lograréis un deseo.

DON FÉLIX. Vamos pues, Tarugo.

TARUGO. Vamos;

que no hay ley en el ingenio
si no vieres que a este hermano
En la capucha le meto.

(Vanse.)

Corredor de la casa de don Pedro.

Escena V

DON PEDRO, ALBERTO.

DON PEDRO. Esto ha de ser: no ha de quedar abierta

ventana en casa, ni ha de verse puerta
Sin guarda en ella. Veamos si es posible
guardar una mujer.

ALBERTO. Ya estás terrible;
Pues ¿qué culpa, me di, tiene tu hermana
de que haya sido tu opinión liviana,
y arrojada también, en tu argumento
para ponerla en tanto encerramiento?

DON PEDRO. Alberto, esto ha de ser: vos sois mi deudo
y a quien toca mi honor y el duelo obliga.
No quiero que haya quien (porque se diga
que yo fui en la porfía demasiado)
ponga en ella los ojos y el cuidado,
y dello me resulte una deshonra.

Vos habéis de ser guarda de mi honra.
Desde hoy está mi casa a vuestra cuenta;
vos, como guarda y centinela atenta,
Argos habeis de ser deste cuidado.

ALBERTO. Pues todo eso, don Pedro, es excusado
Con doña Inés, cuando en su honor emplea
el cuidado mayor.

DON PEDRO. Aunque lo sea,
lo habéis de ser, pues yo de vos fío;
y no me repliquéis.

Escena VI

DOÑA INÉS, MANUELA. -DICHOS.

DOÑA INÉS. Hermano mío,
¿Qué es esto? ¿Tú enojado?
¿Tú mudado el color y el rostro airado?
¿Qué tienes?

DON PEDRO. No sé, hermana, lo que tengo;
sólo sé que al peligro me prevengo
de una juventud loca, un vulgo ciego;
que un noble, descuidado en su sosiego,
al riesgo de su honor irá sin tasa,
y es deuda de mi honor velar mi casa.
(Vase.)

Escena VII

DOÑA INÉS, MANUELA, ALBERTO.

DOÑA INÉS. ¿Qué es esto, Alberto? ¿Qué palabras necias
(supuesto que mi afecto tanto aprecias)
son estas de mi hermano? ¿Qué hay? ¿Qué pasa?
¿Riesgo en su honor? ¿Cuidados en su casa?
¿Habla de mí? Responde, o ¿ha perdido
mi hermano la memoria y el sentido?

ALBERTO. Señora, vive Dios, que lo parece,
según sin causa su cuidado crece.

DOÑA INÉS. Sin causa es imposible.

ALBERTO. No la tiene, por Dios.

DOÑA INÉS. Es increíble.

Decidme la verdad; que aqueste exceso
no puede ser sin causa.

ALBERTO. Yo confieso
que la tiene, mas no de haber andado
aquí tan ciego y tan desalumbrado,
que su cuidado dé a entender su pecho;
Mas si a tu honor, estando satisfecho,
un tan necio desvelo no recata,
callarlo yo sería culpa ingrata.
Hoy en una academia ha defendido
Don Pedro, necio, si saberlo quieres,
que es fácil el guardar a las mujeres,
y el ser ellas livianas no es empeño
suyo, sino descuido de su dueño.

A esta razón don Félix de Toledo...

DOÑA INÉS. Conózcole muy bien.

ALBERTO. Decirte puedo
que este don Félix es el caballero
más discreto, galan, noble y severo
que yo en toda mi vida he conocido.
Hízole oposición; y él, ofendido,
rematando en disgusto el argumento,
dejó a un tiempo la sala y el asiento.
Desto se le ha metido en la cabeza
que han de solicitarle tu belleza
para dejarte en su opinión vencido,
y, apoyando este error, me ha persuadido
Que yo vele tu honor, pues que me toca
por deudo suyo; y tanto se provoca
del riesgo imaginado,
que a cada puerta ha puesto su criado.
Yo, que tu bonorconozco y tu recato,
te lo prevengo por no ser ingrato
Al amorque en tu infancia me has tenido;
y porque, este peligro prevenido,
Des a entender, por esto que sucede,
que lo que ser no puede,
sin la necesidad de ser guardada,
es conquistar una mujer honrada.

(Vase.)

Escena VIII

DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. ¿Has escuchado, Manuela,
una y otra ceguedad?

Siendo tal la de mi hermano,
la de Alberto es otra tal.

Él, por prueba de su ingenio,
defiende que ha de guardar
una mujer, siendo cosa
que nadie supo jamás.

Lo que erró con el discurso
quiere en la experiencia obrar;
errarlo allí fue agudeza,
y errarlo aquí necedad.

Estotro, muy, prevenido
de consejo y de piedad,
me alaba un hombre de quien
dice que me ha de guardar.

Yo, que en mi recato he sido
una torre, una ciudad
cerrada del alto muro
de mi altivez principal,
no he conocido en mi vida
deseo en mi voluntad;
y desde que esto he escuchado
estoy resistiendo ya,
sin más daño que es arderse,
exhálase, el alquitrán;
pero oprimido en la mina,
todo el mundo volará.

La mujer es como el vidrio,
que el que le quiere guardar
le ha de poner en seguro;
mas si por guardarle más,
desconfiado del riesgo,
entre las manos le tray,
con lo que guardarle piensa
suele venirle a quebrar.

Yo a don Félix de Toledo
he visto, y aunque es galán
y me ha hablado muchas veces,
no le respondí jamás,
y desde que sé que es él
quien tal cuidado les da,
estoy deseando verle.

Esto es de mí voluntad;
que en cuanto a mi entendimiento,
también por tema me ya,

siendo mujer, no ser menos
yo que todas las demás.
No hay mujer tan necia a quien
el mas discreto y sagaz,
si ella no quiere guardarse,
piense que la ha de guardar.
Y es fuero de nuestro honor,
porque si fuera verdad
que el hombre guardarla puede,
aunque le intente agraviar,
consistiendo esto en el dueño,
a quien sujetas están,
ni en la honrada hubiera honor,
ni en la libre liviandad.
Y mi hermano ha de saber
que esto en mi elección está
y no ha de ser acción suya
la que fue mía no más.
Manuela, no hay que perder
ocasión; que en esto va
la opinión de las mujeres
sepa este necio el refrán.
MANUELA. Señora, lo que te pasa,
a mí pasado me ha
con mi ayuno esta cuaresma:
yo, sin mandarme ayunar,
cuando obligación no tuvo
no quebré ayuno jamás,
y ayunaba a pan y agua.
Este año fue de mi edad
el tener obligación,
y en mandándome ayunar,
maldito el día que he dejado
de almorzar y merendar.

Escena IX

ALBERTO. -DICHAS.

ALBERTO. (Al salir.)

Entrad, amigo.

DOÑA INÉS. ¿Quién es?

ALBERTO. El sastre envía un oficial
a que os tome la medida
del vestido que ha de dar
para el día del Sotillo.

DOÑA INÉS. Entre pues.

ALBERTO. Amigo, entrad.(Vase.)

Escena X

DOÑA INÉS, MANUEL, luego, TARUGO.

MANUELA. Señora, ¿Alberto a la puerta?

¿Qué es esto? ¡Gran novedad!

DOÑA INÉS. Eso es disculpar que yo castigue su necedad.

(Sale Tarugo, de sastre, con un envoltorio de ropas y alhajas.)

TARUGO. Sea Dios en esta casa,
o no paso del umbral.

DOÑA INÉS. ¿Quién sois?

TARUGO. Sastre, con perdón.

DOÑA INÉS. ¿De qué?

TARUGO. De lo que he de hurtar.

DOÑA INÉS. Y ¿a qué venís?

TARUGO. El maestro,
por probar mi habilidad,
a que yo os corte un vestido
me envía, porque al lugar
soy recién venido, y tengo
gran opinión por allá
en el cortar de vestir.

DOÑA INÉS. Y él. ¿por qué no viene acá?

¿Quiere probarte a mi costa?

TARUGO. En vos no cabe el refrán
de que «en la barba del ruin...»

Porque el que me envía acá
está muy bien informado
de que yo no lo he de errar.

DOÑA INÉS. Y ¿cómo os llamáis?

TARUGO. Garulla.

DOÑA INÉS. ¿Qué decís?

TARUGO. Soy del Corral,
y cuando nací, mi cuna
fue un cesto de vendimiar.

DOÑA INÉS. Y ¿dónde habeis aprendido
tan diestramente a cortar?

TARUGO. En Marruecos.

DOÑA INÉS. ¿En Marruecos?

TARUGO. Fui niño cautivo allá.

Compróme un sastre morisco,
y aprendí con gracia tal
su oficio, que a la Princesa,
que es la más rara beldad
hacía yo de vestir;
trájome la Trinidad
y ahora vengo a la Merced,
que espero que vos me hagáis.

DOÑA INÉS. Pues el vestir a las moras
¿Qué importa al uso de acá?

TARUGO. Entre moras y cristianas
poca diferencia hay.
Para mi todas son unas,
digo, con mi habilidad.

MANUELA. ¡Bestialidad! La Princesa
¿cómo se llamaba allá?

TARUGO. Doña Fátima de Aguirre.

DOÑA INÉS. ¿De Aguirre?

TARUGO. Sí, ¿qué dudáis?

Si su madre es renegada.

DOÑA INÉS. Ea pues, tomadme ya
La medida.

TARUGO. Antes quisiera

Que aquí unas telas veáis,
y algunas cosas curiosas
de las que truje de allá.

DOÑA INÉS. Veamos.

TARUGO. (Mostrando lo que trae.)

Estas son joyas.

DOÑA INÉS. Y ¿qué es aquesta?

TARUGO. Aguardad;

Que esta no es joya.

DOÑA INÉS. Pues ¿qué es?

TARUGO. ¿Que aquí le hube de olvidar?

¡Vive Dios!

DOÑA INÉS. Ten, no la escondas;
que no te la he de quitar.

TARUGO. No hay por qué, él es un retrato.

Véisle aquí.

DOÑA INÉS. Bien hecho está.

TARUGO. ¿Conocéis el dueño?

DOÑA INÉS. No.

MANUELA. Cierto que está muy galán.

Señora, este ¿no es don Félix?

(Ap. a doña Inés.)

DOÑA INÉS. Calla; que en el sastre hay más
malicia de lo que piensas.

¿Queréisme acaso feriar
esta joya?

TARUGO. No, Señora;

que si he de decir verdad,
me la han dado para darla
a una dama del lugar;
que también yo en este trato
tengo un poco de oficial.

DOÑA INÉS. ¿Quién es la dama?

TARUGO. No sé,
Porque no la vi jamás
Ni he sabido dónde vive;
sólo su nombre sé ya.

DOÑA INÉS. ¿Cuál es?

TARUGO. Doña Inés Pacheco,
Que es muy bella.

DOÑA INÉS. Si será;
Mas ¿si esta joya os feriasse
a otra de valor igual?

TARUGO. No es posible que la haya.

DOÑA INÉS. ¿Váldralo ésta? (Saca otro retrato.)

TARUGO. Sí valdrá.

MANUELA. Señora, tu hermano viene.

TARUGO. ¡Pese a mi! ¿Puedo escapar
sin ser visto?

DOÑA INÉS. Pues ¿qué importa
si sois sastre?

TARUGO. Tengo azar
con hermanos, porque un hombre,
astrólogo singular,
me ha dicho que cuatro hermanos
me han de llevar a enterrar.

MANUELA. Que se entra ya.

TARUGO. (Pónese unos anteojos.)

Pues yo quiero
Ponerme a queste disfraz.

Escena XI

DON PEDRO. -DICHOS.

DON PEDRO. ¿Qué hace aquí, hermana, este hombre?

DOÑA INÉS. El sastre enviado le ha
porque corta de vestir
con gran destreza, y me tray
algunas telas que venden,
por si las quieres comprar.

DON PEDRO. ¿Antojos trae?

TARUGO. ¿Por qué no?

DON PEDRO. No los vi en sastre jamás.

TARUGO. Si el sastre es corto de vista
y ve bien por su cristal,
¿por qué no se ha de poner
antojos?

DON PEDRO. Es gravedad
a que el sastre no se atreve.

TARUGO. Yo he visto sastre que trae

Reloj en la faltriquera.
DON PEDRO. Mira tú, hermana, si hay
tela alguna de tu gusto,
y se la puedes comprar.
Y tú, Manuela, a mi cuarto
lleva luz; que quiero ya
recogerme.
MANUELA. Ya yo voy.(Vase.)
DON PEDRO. Haz, en saliendo, cerrar.(Vase.)

Escena XII

DOÑA INÉS, TARUGO.
TARUGO. (Ap.)
Ya la tragó, vive Cristo;
pues más falta que tragar.
DOÑA INÉS. Hombre, quien quiera que seas,
no me niegues la verdad;
que en el susto he conocido
que no eres sastre. Habla ya
sin miedo, y yo te aseguro
que de mí puedes fiar.
TARUGO. Pues, señora...
DOÑA INÉS. Antes advierte
que nada me has de ocultar,
pues te va premio o castigo.
TARUGO. (Ap. Ya picó el pez.) Preguntad.
DOÑA INÉS. ¿Eres criado de don Félix?
TARUGO. En este caso algo más.
DOÑA INÉS. ¿Amigo?
TARUGO. Mas un poquito.
DOÑA INÉS. ¿Deudo?
TARUGO. Otro poquito más.
DOÑA INÉS. Pues ¿qué eres?
TARUGO. Su tercero.
DOÑA INÉS. ¿Qué decís?
TARUGO. ¿Te pesará?
DOÑA INÉS. No; que antes me has hecho gusto.
TARUGO. Y ¿lo estimas?
DOÑA INÉS. Claro está.
TARUGO. (Ap.)
Tragóse todo el anzuelo;
iré alargando el sedal.
DOÑA INÉS. Véte pues.
TARUGO. Y ¿qué me dices?
DOÑA INÉS. ¿No va mi retrato allá?
TARUGO. Y acá queda el suyo.
DOÑA INÉS. Pues,

¿qué mas quieres?

TARUGO. Algo mas.

DOÑA INÉS. Vuelve a verme.

TARUGO. Eso mañana.

DOÑA INÉS. Bien recibido serás.

TARUGO. ¿Qué decís?

DOÑA INÉS. Que esto aseguro.

TARUGO. ¿Con memoria?

DOÑA INÉS. Y voluntad.

TARUGO. Pues con esto, adiós, señora.

DOÑA INÉS. Hasta mañana no mas. (Vase.)

TARUGO. Miren los que ven aquesto
si es bien grande necedad
el guardar una mujer
que no se quiere guardar.

Jornada segunda.

Sala en casa de doña Ana.

Escena primera

DON FÉLIX, DOÑA ANA, TARUGO.

DOÑA ANA. Notable principio ha sido,
y mejor fin asegura.

DON FÉLIX. ¿No es donosa travesura
la que Tarugo ha emprendido?

DOÑA ANA. Tan rara, que dudo el modo.

TARUGO. Pues oid atentamente,
si gustáis; que brevemente
os daré cuenta de todo.

Lo primero me informé
quién a su casa acudía
de fuera, que en compañía
entrar con alguien pensé.

Supe el sastre (esto me alabo)
que le hacia de vestir;
fuí allá, y viéndole zurcir,
dije « Tate, aqueste es bravo.»

Prometíle unos escudos
sólo por la permisión
de ir en su nombre a esta acción;
y no me salieron mudos,
porque él lo dudó primero
y temió hacerme oficial,

por si el riesgo era fatal;
mas apenas vio el dinero,
cuando las señas me dio,
con que en su nombre fuí allá,
y ya tal el sastre está,
que hará lo mismo que yo.
Entré pues en la tal casa
por medio de tres porteros
que tiene como cerveros,
atisbando lo que pasa.
Lleve mi arenga pensada,
y fue tal mi desventura,
que pensando hallarla dura,
estaba ya perdigada.

Yo entro, y salgo allá a llevarle
recados, y ella desea
sólo que mi amo la vea,
porque rabia por hablarle.
Y si los lances postreros
no le mienten a mi estrella,
he de hacer que quiera ella,
y el hermano y los porteros.

DOÑA ANA. De tu Industria la alabanza
sea esta sortija.

TARUGO. Bravo;
Pues me la llevo, ahora acabo
de creer soy buena lanza.

DOÑA ANA. Don Félix, por todo el precio
del mundo y todo el poder
no trueco el gusto de ver
desengañado este necio.

DON FÉLIX. Mas tiene un inconveniente:
que lo que tema hasta aquí,
pienso que va siendo en mí
cuidado muy diferente.

Yo tenía inclinación
de doña Inés al recato;
y mirando en su retrato
su divina perfección,
me dejó tan satisfecho
su hermosura, que he pensado
que por él se me ha pasado
el original al pecho.

DOÑA ANA. Pues cuidado; que es cruel
ese mal; no sea, por Dios,
que os hagáis la burla a vos,
queriendo hacérsela a él.

DON FÉLIX. Aunque inclinado me siento,
y aún algo más que inclinado,
aún no llego a enamorado.

DOÑA ANA. No os fiéis del sentimiento;
que es como el áspid amor,
que el que encontrándole helado,
de su languidez fiado
le da del seno el calor;
y obra libre y satisfecho
del desmayo compasivo,
y no sabe que está vivo
hasta que le muerde el pecho
¿a cuántos ha sucedido
que de estar enamorados
no hay mas seña en sus cuidados
que un estar agradecidos?
Suelen decir estos: «Yo
no estoy mas que bien hallado.»
Y es que aun susto no le ha dado
el áspid que él abrigó;
y en la primera ocasión
del calor de sus desvelos
siente el diente de los celos
hasta el mismo corazón.
Para él el mundo se acaba,
su ardor con sus ansias mide
y en los remedios que pide
confiesa el mal que negaba.

TARUGO. Yo a mi modo, si así os place,
os pondré un ejemplo breve:
el que bebe, cuando bebe
no sabe el mal que le hace;
y el que bebe sin empacho
imita al amante fino,
que hasta que vomita el vino
no sabe que está borracho.

DON FÉLIX. En llegarme a enamorar
no hallo nada que perder,
siendo doña Inés mujer
con quien me puedo casar.

TARUGO. Si eso hay, vano es el recelo.

DOÑA ANA. Tras eso tened cuidado.

TARUGO. ¿Para qué ha de andar atado,
teniendo remedio el duelo?

Yo tuve unas bubas duras,
que andando noches fatales,
las hallé en unos portales

de algunas casas oscuras.
De tumores y chichones
Viéndome lleno, al doctor
fui, y me dijo: «Mi señor,
no hay mas remedio que unciones.»
Yo acetélo, y de camino
dije: «Señor, ¿qué he de hacer?
Que me muero por beber,
y se me antoja un pepino.»
Dijo él: «No ande en invenciones,
ni tiene que reparar;
que si al fin se ha de curar,
todo saldrá en las unciones.»
Si tu gusto se acomoda
hacia casarte con ella,
déjate hartar de querella;
que todo saldrá en la boda.

DON FÉLIX. Dime, y ¿qué medio tendré
yo de hablarla?

DOÑA ANA. Eso sería
corona de la porfía.

TARUGO. Yo anoche me desvelé,
y una industria he imaginado
que ha de servirnos aquí.
Tú ¿no me dijiste a mi
que este don Pedro es preciado
de amigo, y aún de pariente,
con el marqués de Villena,
y que desde España ordena
el ser su correspondiente
en Méjico, donde está?

DOÑA ANA. Es cierto, y que del recibe
cartas, y aún a mi me escribe.

TARUGO. Pues por hecho el caso da.

DON FÉLIX. ¿Cómo?

TARUGO. La flota ha venido.

Tú un regalo has de buscar
de Indias, que poder llevar,
muy hermoso y muy lucido.
Si doña Ana carta tiene
del Marqués, yo sacaré
la firma; y carta me haré
como quien se lo previene,
fingiéndome indiano en ella,
y que me hospede en su casa.
Mas si él este engaño pasa,
confía en mi buena estrella.

DOÑA ANA. Sabiendo su condición,
nada hubieras discurrido
a su genio más medido.

DON FÉLIX. Pues ponlo en ejecución.

TARUGO. ¿Quieres que vaya a buscallo
a prevenirlo?

DON FÉLIX. Al instante.

TARUGO. ¿Y que compre lo importante?

DON FÉLIX. Pues ¿eso dudas?

TARUGO. Andallo.

Si tú no la hablares hoy,
mañana quemó mis flores,
que no pueden ser peores.

(Ap. Tengan cuenta a lo que voy:

a fingirme caballero,
a comprar regalo indiano,
a engañar aqueste hermano

y a sisar en el dinero.) (Vase.)

Escena II

DOÑA ANA, DON FÉLIX; luego, DON PEDRO, que al entrar se detiene junto a la puerta.

DOÑA ANA. La agudeza de Tarugo
es extraña.

DON FÉLIX. Celestina
no supo embustes con él.

DOÑA ANA. Con esto doy por vencida
la porfía de don Pedro.

DON FÉLIX. Tened; que él viene.

DOÑA ANA. Pues finja
el descuido otro cuidado.

DON FÉLIX. Bien decís, que ya nos mira.

DON PEDRO. (Ap. desde la puerta.)

Sin vida vengo y sin alma.

Bien esforzó la porfía

la cautela de don Félix,

si estaba ya prevenida

su traición contra mi honra.

A ver a mi hermana iba

mi temor, que el riesgo vela.

Y en su cuarto (¡qué desdicha!),

vi esta mañana un retrato;

y aunque sus señas afirman

que es de don Félix, le traigo

por cotejar con la vista

retrato y original;

que cosas de tanta estima

no se han de juzgar con menos

información. Mas mi dicha
me ha ofrecido la ocasión;
quiero reportar las iras.

DOÑA ANA. ¿Señor don Pedro Pacheco?

DON PEDRO. (Sale.)

En vos, doña Ana divina,
viene a hallar mi amor su centro.

(Ap. Todas las señas confirman
mi sospecha y su partido.)

(Coteja recatadamente el retrato con el rostro de don Félix)

DOÑA ANA. (A don Pedro; luego aparte, a don Félix.)

¿Qué reparáis? -¡Lo que os mira!

DON FÉLIX. (Ap a doña Ana.)

Y el semblante demudado.

DOÑA ANA. ¿Si acaso de la porfía
le ha quedado algún rencor?

DON FÉLIX. No os deis vos por entendida.

DON PEDRO. (Ap.)

A darle de puñaladas
el furor me precipita.
Matárele; mas acaso,
aunque es difícil, podría
no haber aquí culpa suya;
y hasta ver en mi noticia
más cabal información
es mi templanza precisa.

DOÑA ANA. ¿Qué suspensiones son estas,
Don Pedro?

DON PEDRO. ¿De quien os mira
extrañáis que se suspenda?

No es nuevo en mí. (Ap. En vano anima
la voz mi pecho asustado.)

DON FÉLIX. (Ap. a doña Ana.)

A hablar no acierta, e indicia
lo que vos habéis pensado.

DOÑA ANA. (A don Pedro.)

Si acaso de la porfía
de ayer ya os habéis vencido,
no os embarace el rendirla;
que el hombre se ve en el yerro
y el sábio en que se corrija.

DON PEDRO. Antes tengo en la opinión
por tan segura la mía
que hoy vuelvo a ratificarla.

DOÑA ANA. Eso será bizarría
del ingenio, que aunque vea
su sentencia concluida,

por vanidad la defiende
contra la evidencia misma.
Y advertid, señor don Pedro,
si eso os mueve a repetirla;
que el ser ignorante es falta
al ingenio concedida,
y el ser necio es una culpa
del entendimiento indigna.
El que ignora, en confesando
lo que ignoró, se acredita,
pues tuvo luz en su ingenio
para ver lo que no veía.
Mas quien quiere defenderlo
se hace con una acción misma
ignorante por la duda
y necio por la porfía.
Si conoce la verdad
es necio en contradecirla
pues va contra su dictamen;
y si del no es conocida,
le está peor con su ingenio,
pues da a entender, si replica,
que en él no hay capacidad
para ver lo que otro mira.
Por todas estas razones,
justo es, don Pedro, que os pida
que mudéis de parecer;
que como mi afecto os mira
como quien ha de ser dueño
de mi amor y de mi vida,
no os quisiera ver tan ciego
en verdad tan conocida.
DON PEDRO. No solamente, señora,
esa opinión no me inclina;
Mas lo que puede ser,
si mi opinión os admira,
digo que he de sustentar;
sin que ofenda la malicia
al que se guarde, pues cuando
hubiera alguna atrevida
que intentara (¿qué es intento?),
que piense en ofensa mía,
no manchar, deslucir sólo
el valor que me acredita,
con mi espada, con mis brazos,
con mi aliento abrasarla
su imaginación, de suerte

que aún no quedasen cenizas
del que inventó mis ofensas,
para ejemplo dellas mismas.
DOÑA ANA. Pues ¿contra quién decís eso?
DON PEDRO. Perdonad, señora mía;
que el haber lo discurrido
a solas con mi porfía
me ha llevado a este furor;
y para que no prosiga
con mi error, dadme licencia.
(Ap. Voy a juntar la noticia
con el exámen, y si hallo
que don Félix solicita
mi desastre, vive el cielo,
que te ha de costar la vida.) (Vase.)

Escena III

DOÑA ANA, DON FÉLIX.
DOÑA ANA. ¿Habéis visto tal locura?
DON FÉLIX. A mí me provoca a risa.
DOÑA ANA. Sin duda está sospechoso.
DON FÉLIX. El enojo lo confirma,
y eso da seguridad
al caso; mas es precisa
diligencia ir a avisar
a Tarugo.
DOÑA ANA. No se omita
Prevención.
DON FÉLIX. Y con efecto,
¿quién al necio le diría
que me ha enviado su hermana
un retrato antes de vista?
DOÑA ANA. Quien sabe que las mujeres
cuando las guardan peligran.
DON FÉLIX. Que no puede ser es cierto.
DOÑA ANA. Y el que lo intenta, lo escriba
con letra grande en su puerta.
DON FÉLIX. Que es, Señora...
DOÑA ANA. Bobería.
(Vanse.)

Sala en casa de don Pedro.

Escena IV

DOÑA INÉS, MANUELA.
DOÑA INÉS. Manuela, yo soy muerta si él ha hallado
el retrato.
MANUELA. ¿Tan poco es tu cuidado,

que tal prenda aventure desafortunada?
DOÑA INÉS. Él, que guardar nada se divierte,
fue a verme esta mañana a mi aposento,
propia acción de un hermano desatento,
como él de susto me cogió antemano,
y yo quise encubrirle de mi hermano,
con un descuido le arrojé en el suelo,
y no se le vi alzar; pero busquélo,
después que ya mi hermano se había ido,
y en todo el día hallarle no he podido.
MANUELA. Pues, Señora, sin duda que él le ha hallado;
y es muy fácil no haber tú reparado,
que un celoso es sutil en sus acciones.
DOÑA INÉS. Pues para eso son mis prevenciones;
y que tú tengas atención, te advierto,
con lo que ordeno, por si acaso es cierto
que él le tiene.
MANUELA. Ya estoy bien advertida.
DOÑA INÉS. Que yo le he de escuchar aquí escondida.
MANUELA. Pues ya a tu cuarto pasa.
DOÑA INÉS. Así saber espero lo que pasa.
(Retíranse)

Escena V

DON PEDRO, ALBERTO -DOÑA INÉS y MANUELA, ocultas.

DON PEDRO. Alberto, esto que os digo me ha pasado.

Este retrato yo en su cuarto he hallado;
mirad si tiene indicios mi deshonra.

ALBERTO. Tened, don Pedro, y en cosas de la honra
no hagáis tan presto el juicio temerario.

DON PEDRO. ¡Buena temeridad! ¿Tan ordinario
es hallarse en el cuarto de una dama
un retrato que es nota de su fama?
¿Es esto disculparos neciamente
del no haber sido guarda diligente?

ALBERTO. Pues ¿qué hombre habéis hallado?

DON PEDRO. ¡Buen concierto!

Si no le hallé, que pude hallarle es cierto,
pues venir pudo, y sombra es de su nombre:
por donde entró un retrato entrará un hombre.

Mas si a de ser mi prevención tan vana,
el remiendo es que yo case a mi hermana,
que don Diego de Rojas me la pide;
y aunque no es rico, cuando el riesgo mide
la descomodidad y la deshonra,
no hay más comodidades que la honra.

DOÑA INÉS. (Ap. a Manuela.)

¿Veslo? Al remedio: que esto va perdido.

(Salen.)

ALBERTO. (Ap. a don Pedro)

Mirad que doña Inés aquí ha salido;
no entienda lo que pasa.

DON PEDRO. Idos afuera.

ALBERTO. (Ap.)

Él a cargo tomó linda quimera. (Vase.)

Escena VI

DON PEDRO, DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. (Ap. a Manuela.)

Esto importa, Manuela, finge ahora.

(A la misma, pero de manera que se entere don Pedro.)

Aquel retrato me has de dar, traidora.

MANUELA. Señora, sabe Dios que le he perdido.

DOÑA INÉS. Si por curiosidad le has escondido,

y si me pones ya mas embarazos,

Del pecho he de sacártele a pedazos.

MANUELA. ¡Triste de mí! Señora, yo protesto

que en tu aposento le perdí.

DON PEDRO. ¿Qué es esto,

DOÑA INÉS. Maldades son, hermano, de criadas.

Viniendo ayer de misa descuidadas,

esa criada se encontró un retrato,

y menos obligada a su recato,

le alzó del suelo. Anoche estando en casa,

me le mostró, y advierte, si esto pasa,

el riesgo que resulta a mi recato

de que en mi casa tengan un retrato,

que no sé de quien sea, mis criadas,

cuando andan las malicias desveladas,

sin dejar sombra que en sus ojos pase,

díjela que al instante le quemase;

y ella, por su capricho inadvertido,

quiere decirme ya que lo ha perdido.

DON PEDRO. (Ap. Lo extraño del recato bien indicia

que ha sido prevención a la malicia.)

¿Qué dices tú?

MANUELA. Señor, creerme no quiere.

Me lleve el diablo donde Dios quisiere,

si no le perdí anoche en su aposento.

DOÑA INÉS. No tal.

MANUELA. Sí; y aún perdí el entendimiento.

DON PEDRO. Bien está, Inés; que ya tengo entendido

que tú, que mis sospechas has sabido,

te curas en salud y te disculpas.

DOÑA INÉS. ¿Qué es esto? Pues ¿tú ahora a mi me culpas?

¿No te lo dije yo? ¿Veslo, traidora?

Busca el retrato luego.

MANUELA. ¿Yo, señora,

dónde le he de buscar?

DOÑA INÉS. Has de buscarle,

o de tu pecho tengo de sacarle.

DON PEDRO. Tente, Inés; que ya es vano tu recato.

Bien sabes tú que yo tengo el retrato

y que has oído las sospechas mías.

DOÑA INÉS. ¿Cómo?

DON PEDRO. Y que tú primero te tenías,

y sabiendo que yo lo he conocido,

tu engaño esta cautela ha prevenido.

DOÑA INÉS. ¿Qué es lo que dices? ¿Has perdido el seso?

DON PEDRO. Si, Inés, que le he perdido te confieso;

pero mucho no ha sido,

si el seso y el honor junto he perdido.

DOÑA INÉS. ¿Hablas conmigo?

DON PEDRO. Calla, aleve hermana

Dé este puñal a tu traición liviana

el debido castigo. (Saca la daga.)

DOÑA INÉS. ¿Qué es aquesto?

DON PEDRO. Verdad es lo que digo,

y has de decirme cómo a ti ha llegado

este retrato, y quién te le ha enviado.

DOÑA INÉS. Aunque pueda merecer

tu error la desconfianza

a mi pecho, has de saber

que te quiere responder

mi honor con esta templanza.

Y aunque causa me hayas dado

para pensar que ya dejo

de ser quien soy a tu lado,

las iras que me has causado

te he de trocar a un consejo.

Si tú, hermano, has conocido

que te ofendo, aquí has errado,

pues mi culpa has escondido

con haberme prevenido

y no haberme castigado.

Si yo lo intento no más,

y quieres con ese amago

vencerme, más ciego estás;

pues otro deseo me das

para que logre el estrago.

Si lo presumes, es cierto

que es peor; que si yo estaba
dormida, a tu voz despierto:
acaso me has descubierto
lo que yo no imaginaba.
Con que entre el daño que toco
con ese furor que escucho,
has andado necio y loco;
si lo sabes, porque es poco;
si lo dudas, porque es mucho.
Y al contrario en la ocasión,
quien desconfía, dispensa;
pues si imagina traición,
ya ella tiene en su opinión
hecho el gasto de la ofensa.
Y en fin, el que una mujer
guardar quiere, lo ha de errar,
porque no se puede hacer;
y decid si puede ser
no queriéndose guardar.

DON PEDRO. (Ap. Corrido, viven los cielos,
con sus razones me deja;
yo hice mal en declararme.)

Véte allá dentro, Manuela.

MANUELA. Señor, di que no me riña.

DON PEDRO. No te reñirá, no temas.

MANUELA. (Ap.)

No hay que tener, pues no teme,
que acá la llevamos hecha. (Vase.)

Escena VII

ALBERTO; luego, TARUGO, de caballero, con hábito de Santiago, botas y espuelas.-

DON PEDRO.

ALBERTO. Un indiano caballero,
que agora dice que llega
a Madrid, y que una carta
trae del marqués de Villena,
te quiere hablar, y con él
muchos ganapanes entran,
que traen unos cajones.

DON PEDRO. Venga muy enhorabuena;
Decid que entre el caballero.

ALBERTO. Entrad.

TARUGO. (Sale.)

A las plantas vuestras
me tenéis ya.

DON PEDRO. Con los brazos
es el recibiros deuda.

¿Quién sois?

TARUGO. Vedlo en esta carta.

DON PEDRO. Antes de mirarlo en ella,
de la estimacion que os debo
vuestra persona es la muestra.

TARUGO. (Ap.)

Cuanto lo primero, ya
va tragada la presencia;
gran trozo de personaje
debo de tener.

DON PEDRO. Licencia
me dad de leer la carta.

TARUGO. Leed muy enhorabuena.

DON PEDRO. El marqués, mi primo, firma.

TARUGO. (Ap.)

¿Primo le llamas? Clavéla.

DON PEDRO. (Lee.) « El señor don Crisanto de
Arteaga es persona de toda mi obligación.

Va a esa corte a negocios importantes;
y la extrañeza de su condición, que casi
toca en locura, le arriesga en sus pretensiones,
no teniendo a su lado quien te de a conocer.

Y para lograr la memoria de nuestra amistad,
he querido que vaya con carta mía, y un regalo
de la tierra para recomendar la estimación de
su persona; la cual suplico que sea la misma
que la mía.»

De su letra dice luego:

«Encargo mucho su agasajo, que en
todo será mi mayor estimación.»

Caballero, mi persona,
esta casa, y cuanto en ella
hubiere está a vuestros pies.

TARUGO. Yo estoy a las plantas vuestras,
mi señor. (Ap. La añadidura
pegó como girapliega.)

DON PEDRO. De vuestro despacho ahora
tratar lo primero es fuerza.

(Ap. Vive Dios, que esto en mi casa
a que le hospede me enseña,
y es grandísimo peligro.)

TARUGO. (Ap. Parece que titubea;
póngole un madurativo.)

Yo, que deso hablar quisiera,
os advierto que no puedo
estar sin gran riesgo y pena
en casa donde hay mujeres;

y si las hay en la vuestra,
no acetaré el hospedaje,
si no es que imposible sea
que yo las vea de noche.

DON PEDRO. ¿Por qué?

TARUGO. Es una cosa nueva.

Yo en Méjico a una criolla
hablaba; esta fue hechicero;
diome un hechizo, celosa,
y de su mucha violencia
me resultó un mal tan grande,
que hasta hoy más barras me cuesta
que cabezas de muchachos
hay desde Cádiz a Armenia.

De noche fue la bebida,
y me ha resultado della
que en viendo mujer de noche,
me da un mal en la hora mesma
de corazón, que me quedo
con tanta bocaza abierta,
que se me ven los riñones
por la senda de las venas.

Y así, si en casa hay mujeres
que yo de noche ver pueda,
perdonad, que no la aceto.

DON PEDRO. (Ap. Con este hombre nada arriesgan
mis temores y peligros.)

No temáis vos que os suceda
en mi casa.

TARUGO. (Ap. Lumbre ha dado.)

Pues me haréis merced en ella.

DON PEDRO. Yo os he de suplicar eso.

(Ap. Apartaré de manera
su cuarto del de mi hermana,
que viva en casa sin verla.

Desta suerte lo aseguro.)

ALBERTO. Y cuando aqueso suceda,
yo sé unas ciertas palabras
con que sano esa dolencia.

TARUGO. Pues vos me daréis la vida.

Jesús, la carta primera
Se me ha de ir toda en dar gracias.

DON PEDRO. ¿A quién, Señor?

TARUGO. A Villena.

DON PEDRO. ¿Sois su amigo?

TARUGO. Y camarada;
le tengo yo allá en mi mesa

todos los más de los días;
es gran señor su excelencia,
y sabe cómo ha de honrar
a los hombres de mis prendas.
Y aunque yo lo diga, todo
cabe en mi sangre, que lleva
de Noé acá caballeros,
como berzas una huerta.

DON PEDRO. Y ¿habéis estado otra vez
acá?

TARUGO. No, esta es la primera.

DON PEDRO. Luego ¿allá el hábito os dieron?

TARUGO. Con notables preeminencias
su majestad me rogó
que este hábito me pusiera,
y yo, por hacerte gusto,
lo aceté.

DON PEDRO. ¡Rara grandeza!
¿Habéis vos servido al Rey?

TARUGO. ¿Yo servídele? ¡Esa es buena!
Él me sirve a mí.

DON PEDRO. ¿De qué?

TARUGO. De gusto en coplas diversas
que le hago cada día.

DON PEDRO. Luego ¿también sois poeta?

TARUGO. Esa es una habilidad
que me hallé en la faldriquera
un día sacando un lienzo,
mas ya no hago caso della.

DON PEDRO. (Ap. Extraño humor tiene el hombre;
bien la carta me lo acuerda.)

Alberto, aquí es menester
que el regalo se prevenga,
y el cuarto de don Crisanto.

TARUGO. (Ap.)

¡Ay bobo, que a pagar llegas
los azotea al verdugo!

DON PEDRO. Dadnos agora licencia
de preveniros la casa.

TARUGO. Pues mirad que tenga cuenta
quien reciba aquestas cajas,
porque lo que dentro encierran
no se maltrate al tomarlas.

DON PEDRO. Pues ¿qué es lo que viene en ellas?

TARUGO. Chocolate de Guajaca
y filigranas diversas,
júcaras de Mechoacán,

y paños que dar con ellas.
DON PEDRO. Chucherías son de gusto,
y dignas de la grandeza
del señor que las envía.

TARUGO. (Ap.)

Un tuerto es, que tiene tienda
junto a la puerta del Sol.

DON PEDRO. Perdonad, dadme licencia.

TARUGO. Bien está.

DON PEDRO. Venid, Alberto.

(Vase con Alberto.)

Escena VIII

TARUGO; luego, DOÑA INÉS.

TARUGO. ¡Bueno va! ¡El bobo, que piensa
que es fácil guardar mujeres!

Mas fácil de guardar fuera
una viña de muchachos.

Mas todo esto en la presencia
pase de Inés, que avisada

está ya de aquesta treta;

y así, aquel resquicio pienso

que huele a faldas que acechan.

DOÑA INÉS. (Sale.)

¿Señor Tarugo?

TARUGO. Ya voy. Tomen
si soy mal perro de muestra;
miren si olí la perdiz.

DOÑA INÉS. Ya he escuchado tu cautela.

TARUGO. ¿No está bien introducida?

DOÑA INÉS. Vida me has dado con ella.

TARUGO. Pues no ha de parar en esto;

que esta noche haré que veas

a don Félix aquí dentro.

DOÑA INÉS. ¿Cómo, si hay en cada puerta
una guarda?

TARUGO. ¿No hay jardín?

DOÑA INÉS. Sí, mas él sólo abre y cierra.

TARUGO. Pues mejor.

DOÑA INÉS. Sí; pero advierte
que está con grande cautela

porque me ha hallado el retrato.

TARUGO. Malo; mas no tengas pena,

que yo lo remediaré.

DOÑA INÉS. ¿Cómo?

TARUGO. ¿Qué hay de la materia?

DOÑA INÉS. Que yo he dicho que en el Carmen

ayer se le halló Manuela,
y aún sospecha la malicia.
TARUGO. Pues yo haré que me le vuelva.
DOÑA INÉS. ¿A tí? ¿Qué dices?
TARUGO. Que vuelve;
Retírate allá y acecha.
(Vase doña Inés.)

Escena IX

DON PEDRO.-TARUGO.

DON PEDRO. Señor don Crisanto, va
prevenido el cuarto queda,
y podéis entrar a honrarle.

TARUGO. Para pagar la fineza
del hospedaje, mi honor
quiero fiaros.

DON PEDRO. Es deuda
con que empeñáis mi amistad.

TARUGO. Yo tengo una hermana bella
en Indias, que es un prodigio;
cuando sale a alguna fiesta,
de diez leguas en contorno
van forasteros a verla.

Tiene un dote que es locura:
en casas sólo la cuentan
ciento y treinta mil ducados.

A más de las diligencias
que yo vengo, es a casarla;
traigo de allá la propuesta
de un caballero de aquí,
que vos conocer es fuerza.

DON PEDRO. Podrá ser; decid, ¿quién es?

TARUGO. Si yo su retrato os diera,
¿Conoceréisle por él?

DON PEDRO. Viéndole os daré respuesta.

TARUGO. Pues yo os le quiero enseñar;
Mas aguardad... Esta es buena;
(Búscalo.)

Vive Dios, que le he perdido.

DON PEDRO. ¿Cómo?

TARUGO. De la faldriquera
Se me ha caído.

DON PEDRO. Su nombre
me decid al se os acuerda.

TARUGO. Don Félix es de Toledo.

DON PEDRO. (Ap. Cielos, bien dijo Manuela;
albricias doy a mi honor.)

¿Dónde se os cayó?

TARUGO. Eso piensa
mi cuidado, y no me acuerdo.
Sino es que ayer en la iglesia
del Carmen se me cayese,
porque allí una tabaquera
que se me había perdido,
me volvieron a la puerta.

DON PEDRO. (Ap. Cielos, allá va mi hermana
a misa; ¡que su inocencia
culpase yo, ciego y loco!)
Y si yo el retrato os diera, (Sácale.)

¿Qué dijerais?

TARUGO. ¿Dónde está?

DON PEDRO. Veisle aquí. (Dásele.)

TARUGO. ¡Hay dicha como ésta!

Dos mil ducados de hallazgo
si los tomarais, os diera;
mas hallazgo os he de dar.

DON PEDRO. ¿Qué decís?

TARUGO. Una cadena,
que pesa catorce libras,
de filigrana.

DON PEDRO. Eso fuera
agraviar mi voluntad.

TARUGO. Tomadla, por vida vuestra.

DON PEDRO. ¿Yo tomarla?

TARUGO. ¿No? (Ap. No importa,
que aún pienso que no está hecha.)

DON PEDRO. (Ap.)

Miren si el guardar mi honra
se luce.

TARUGO. (Ap.)

Pero él se quema;
si no le echo esta botana,
todo el pellejo revienta.

DON PEDRO. Venid, señor don Crisanto.

TARUGO. Digo, ¿conocéis quién sea
ese caballero?

DON PEDRO. Sí,
que es muy grande su nobleza.

TARUGO. Pues eso es lo que yo busco;
que allí nos sobra la hacienda.

DON PEDRO. Vos haréis muy digno empleo.

TARUGO. Gozará la mejor prenda
de España y la más guardada,
que hay muchos que la desean;

y esta noche he de ajustarlo.

DON PEDRO. ¿Con quién?

TARUGO. Con él y con ella.

DON PEDRO. Pues ¿cómo?

TARUGO. (Ap. Eso en el jardín
se verá de aquí a hora y media.)

Yo traigo aquí poder suyo.

DON PEDRO. Haréis bien, porque se arriesga
la mujer hermosa en casa.

TARUGO. Y yo sé alguno que piensa
que la guarda, y es en vano.

DON PEDRO. Será tonto el que la vela.

TARUGO. Como vos lo habéis pensado.

DON PEDRO. Venid pues.

TARUGO. Enhorabuena.

DON PEDRO. Entrad vos.

TARUGO. Guiadme vos.

DON PEDRO. Esto es forzoso.

TARUGO. Esto es deuda.

DON PEDRO. No haré tal.

TARUGO. Por vida mía.

DON PEDRO. Ha de ser.

TARUGO. Pues obediencia.

DON PEDRO. (Ap.)

El don Crisanto es un bobo.

TARUGO. (Ap.)

El hermano es una bestia.

(Vanse.)

Jardín, y al frente la casa de don Pedro.

Escena X.

DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. Manuela, ¡hay dicha mayor,
lograrse amor y recato!

MANUELA. Que le sacase el retrato
con tal traza es lo mejor.

Que en una palabra sola
lo entendiese es lo que dudo.

DOÑA INÉS. El Tarugo es muy agudo.

MANUELA. No ha menester llevar cola.

DOÑA INÉS. Cómo en casa ha de meter
a don Félix, no lo entiendo,
por más que esté discurriendo.

MANUELA. Señora, déjale hacer,
y cuanto dicho te hubiere,
pues tú se lo ves lograr,
no hay sino creer y callar,

y venga lo que viniere.
DOÑA INÉS. El dio a entender que al jardín
luego me le ha de traer.
No sé cómo puede ser.
MANUELA. Él sabe más que Merlín,
y ya tendrá su desvelo
hecho el enredo a esta hora;
y estas cosas son, señora,
como el huevo de Juanelo.
DOÑA INÉS. Yo aquí le pienso esperar,
aunque el medio busco en vano;
mas ¿qué harán él y mi hermano?
MANUELA. Dándole está de cenar
con aparato ruidoso;
y es aquí lo que más vale,
haber hecho que regale
al alcahuete el celoso.

Escena XI

DON PEDRO. -DICHAS.
DON PEDRO. (Dentro.)
Hola, luces al jardín.
DOÑA INÉS. Que aquí vienen imagino.
MANUELA. Traza será de Tarugo.
DON PEDRO. (Sale.)
¿Doña Inés?
DOÑA INÉS. ¿Hermano mío?
DON PEDRO. Que a tu cuarto te retires
por un rato te suplico,
porque ese huésped que tengo,
que le traiga me ha pedido
después de cena al jardín.
DOÑA INÉS. Pues yo aquí me había venido
porque estas noches no duermo,
y la frescura del sitio
me suele llamar el sueño.
DON PEDRO. Yo haré, en habiéndole visto,
se vuelva luego a su cuarto,
y entrarás tú.
DOÑA INÉS. Eso te pido,
porque yo en mi soledad
no tengo más que este alivio.
Ven, Manuela.)
MANUELA. (Ap. a doña Inés)
A estar alerta.
DOÑA INÉS. Por la reja de los mirtos
estaremos escuchando.

(Vase con Manuela.)

Escena XII

TARUGO, CRIADOS, con luces. -DON PEDRO.

TARUGO. ¡Bendito sea el que hizo
tal hermosura! ¿Es posible
que esto pueda el artificio?

DON PEDRO. Para dentro de la corte
no es malo este rinconcito.

TARUGO. ¿Cómo rincón? Vive Dios,
que no es sino un paraíso.

(Ap. Y está dentro la culebra,
y ha de llevarla mi amigo,
porque ya Eva está avisada
y Adán está prevenido.)

DON PEDRO. ¿Os queréis recoger luego?

TARUGO. Antes en tal no imagino,
porque acostarse en cenando,
algo más tiene peligro.

DON PEDRO. (Ap.)

Vive Dios, que está despacio
este hombre, y como he dicho,
volverá mi hermana luego.

TARUGO. Sentémonos un poquito,
que para de aquí a las doce
está famoso este sitio.

Bien podéis dejarnos solos.
(Siéntanse.)

DON PEDRO. Retiráos.

(Vanse los criados.)

TARUGO. (Ap.)

Para mi aviso
ya tarda mucho don Félix,
y tener yo aquí es preciso
este hombre, para lograr
el embuste que está urdido.

DON PEDRO. ¿Usáis acostaros tarde?

TARUGO. Sí, señor, este es mi estilo;
no me he acostado en mi vida
sin dos horas de palillo;
y agora, habiendo jardín,
pienso alargarmelas a cinco.

DON PEDRO. (Ap.)

¡De espacio estamos, por Dios!

TARUGO. Esto lo aprendí de un primo,
que es grandísimo jinete,
y por eso le he traído

a España.

DON PEDRO. ¿A qué?

TARUGO. A torear.

DON PEDRO. Pues ¿cómo con vos no vino?

TARUGO. Posa en casa de una tía.

DON PEDRO. (Ap. Vive Dios, que estoy perdido,
si vuelve luego mi hermana.)

Yo estoy aquí desabrido
porque me ofende el sereno.

TARUGO. No digáis tal desatino;

¿sereno agora por mayo?

Si vos queréis divertirlo,
discurramos aquí un poco:

¿sabéis de historias?

DON PEDRO. No he sido
inclinado a leer jamás.

TARUGO. Gran hombre fue Tito Livio.

DON PEDRO. (Ap.)

Vive Dios, que estamos buenos.

TARUGO. (Ap.)

Mucho tarda, vive Cristo,
don Félix, y mucho aprieta
este hombre.

DON PEDRO. (Ap. Yo estoy sin tino.)

Algo indispuerto me siento,
y así, amigo, me retiro.

TARUGO. Aguardad, por vida vuestra;

¿queréis aquí divertirlos
sin daño?

DON PEDRO. ¿Qué hemos de hacer?

TARUGO. Jugar unos cientecitos.

DON PEDRO. (Ap.)

Ya yo pierdo la paciencia.

(Suena dentro ruido de cuchilladas.)

DON FÉLIX. (Dentro.)

¡Ah traidores!

TARUGO. (Ap.)

Ya estoy vivo.

DON PEDRO. Mas ¿qué es esto?

TARUGO. Cuchilladas.

DON FÉLIX. Traidores, ¿a un hombre cinco?

¿No hay quien a un hombre socorra?

TARUGO. (Levántase.)

¡Cuerpo de Cristo conmigo!

DON PEDRO. Esperad, ¿adónde vais?

TARUGO. Esta es la voz de mi primo.

DON PEDRO. Que está cerrada esa puerta.

TARUGO. Abridla, pléguete Cristo.

DON FÉLIX. (Dentro.)

¡Que me matan!

TARUGO. Abrid presto.

DON PEDRO. (Abre.)

Ya lo está.

TARUGO. Venid conmigo.

DON PEDRO. Vamos.

(Vanse.)

Escena XIII

DONA INÉS, MANUELA; luego, DON FÉLIX.

MANUELA. Señora, esto es cierto.

DOÑA INÉS. Ya yo la industria he entendido;

mira si viene don Félix,
que yo aquí espero tu aviso.

(Retírase.)

DON FÉLIX. (Sale.)

Bien la ocasión se ha logrado.

MANUELA. Don Félix es, hecho y dicho.

¿Sois don Félix?

DON FÉLIX. Sí, yo soy.

MANUELA. Escondéos aquí conmigo;

presto, que pueden volver.

DON FÉLIX. Por vos no temo el peligro.

(Se esconden Manuela y don Félix en una parte, y doña Inés en otra.)

Escena XIV

DON PEDRO Y TARUGO, que salen envainando las espadas. -DOÑA INÉS, DON FÉLIX Y MANUELA, ocultos.

TARUGO. Vive Dios, que se escaparon.

DON PEDRO. ¿Dónde se fue vuestro primo?

TARUGO. Pues ¿qué demonios sé yo?

Pudo engañar mi oído.

DON PEDRO. O eran capeadores.

TARUGO. O eso.

Acostarme determino,
que me ha hecho mal este susto.

DON PEDRO. Idos pues.

TARUGO. Venid conmigo.

DON PEDRO. Pues cerrar quiero la puerta. (Cierra.)

TARUGO. (Ap.)

Lindamente ha sucedido.

DON PEDRO. Vamos. (Ap. Don Crisanto es valiente como Rodrigo.)

TARUGO. (Ap.)

En dándole trasantón,

volveré.

(Vanse don Pedro y Tarugo.)

Escena XV

DON FÉLIX, MANUELA; después TARUGO; luego, DOÑA INÉS.

MANUELA. Ya ellos se han ido;

Señor don Félix, salid.

DON FÉLIX. A poner el albedrío
a vuestras plantas, Señora.

MANUELA. Mirad que erráis el estilo
que yo no soy doña Inés.

DON FÉLIX. Pues ¿quién?

MANUELA. Manuela.

DON FÉLIX. ¡Qué miro!

Pues ¿dónde está doña Inés?

MANUELA. Ahora saldrá a recibiros.

TARUGO. (Sale.)

Ya queda el bobo en su cuarto.

DON FÉLIX. ¿Es Tarugo?

TARUGO. Señor mío,

y ¿doña Inés?

MANUELA. Ya saldrá.

TARUGO. Pues salga, pléguete Cristo;
que me cuesta mi sudor
el zurcir este cariño.

DONA INÉS. (Sale.)

Ya sale quien le agradece.

DON FÉLIX. Bien en las flores se ha visto,

señora, que vos salís;

pues si las marchitó el brio

la noche, vuestra presencia

les da matices mas vivos.

DOÑA INÉS. Manuela, ten tú cuidado

si hacia la puerta hacen ruido;

y si habláis, sea muy quedo.

MANUELA. Hablad, que yo os daré aviso.

TARUGO. Pues seamos dos a dos,

que quiero, estando contigo,

lograr el rato, y no ser

aquí el sastre del Campillo.

DOÑA INÉS. Señor don Félix, dudosa

aquí os escucho y os miro,

porque como aqueste intento

en vos de tema ha nacido,

para vencer a mi hermano

en su opinión, yo imagino

que es porfía, y no fineza.

DON FÉLIX. Suspenso, señora, he oído
en vuestra desconfianza,
contra vos misma, un delito.

Pues cuando de la porfía
naciera en mí este designio,
al mirar vuestra hermosura
se me trocara el motivo;
porque cuando su opinión
sola me hubiese movido
a amaros, siendo forzoso
por vuestros ojos divinos,
lo era también adoraros;
porque el poder de ellos mismos
la voluntad me arrastrara,
y cegara mi albedrío.

Verdad es, señora mía,
que del intento el capricho
fue el caer en vuestro hermano
aquel tan ciego delirio;
mas luego vuestro retrato,
como antes os había visto,
y inclinación os tenía,
me robó todo el sentido.

Y para que esta verdad
y la fe con que la digo
conozcáis, mano y palabra
os daré, si en esto os sirvo,
de ser vuestro esposo; y juro
esto a los cielos divinos,
haciendo testigo dello
a las estrellas que miro,
y ellas dirán la verdad
del amor con que lo afirmo;
que si están en vuestros ojos,
no serán falsos testigos.

DOÑA INÉS. Mano y palabra, don Félix,
te aceto, y de mí te digo
que aunque mil vidas arriesgue,
yo he de ser tuya y tú mío.

Y agora, por esta noche,
no arriesguemos lo adquirido;
procura, señor, volverte.

TARUGO. ¡Qué es volver, pléguete Cristo?
Lo de adentro afuera puede;
que aquí no hay otro camino.

DOÑA INÉS. Luego ¿no puede salir?

TARUGO. Cerrada como castillo

está ya toda la casa.

DONA INÉS. Pues ¿qué hará?

TARUGO. Entrarse conmigo;
que yo cerraré mi cuarto.

MANUELA. Ten, que pasos he sentido.

TARUGO. ¿Qué dices? Cuerpo de Dios,
la espada se me ha caído. (Cáesele.)

DON PEDRO. (Dentro)
Hola, ¿qué ruido es aquél?

MANUELA. ¡Ay Dios!

TARUGO. Esto va perdido.

DON PEDRO. (Dentro.)
Alberto, hola, sacad luces.

ALBERTO. (Dentro.)

Ya vamos.

TARUGO. Pléguete Cristo.

DOÑA INÉS. ¿Qué hemos de hacer? ¡Ay de mí!

TARUGO. Escóndase entre estos mirtos
don Félix, y estáos vosotras
como os estáis; que al proviso
yo daré remedio al daño.

DOÑA INÉS. Presto.

DON FÉLIX. Ya yo me retiro. (Escóndese.)

TARUGO. Decid cuando entre, que yo
de la ventana he caído.

Con el mal de corazón
remediarlo determino.

Escena XVI

DON PEDRO, ALBERTO, con luz.- DOÑA INÉS, MANUELA, TARUGO, que se arroja
al suelo, figurando que le ha dado mal de corazón; DON FÉLIX, oculto.

DON PEDRO. Mirad quién está aquí dentro,
porque yo he sentido ruido.

¿Quién está aquí, hermana?

DOÑA INÉS. Este hombre
de esa ventana ha caído.

DON PEDRO. Don Crisanto es, vive el cielo.

ALBERTO. Ay Señor, que según miro,
le dio el mal de corazón.

DON PEDRO. Decidle vos al oído
las palabras que sabéis.

ALBERTO. Eso procuro.

(Llega a hablarle al oído)

TARUGO. ¡Ay Dios mío!

DON PEDRO. ¿Qué es esto, Señor?

TARUGO. ¡Ay triste!
Hombre, que me has destruido;

no decías que no había en casa
mujeres? Que el diablo quiso
que me asomé a esa ventana,
y las vi, y de haberlas visto,
me dio el mal de corazón.

DON PEDRO. ¡Válgame el cielo divino,
que no previniese yo
el cerrar aquel postigo!

TARUGO. ¡Ay! que me he perniquebrado;
llevadme a la cama, amigos.

DON PEDRO. Alberto, ayudadme; alzad.

TARUGO. Quedo, mi señor, pasito;
que llevo desencajados
los huesos del entresijo.

ALBERTO. Vamos, Señor.

DON PEDRO. Andad paso.

TARUGO. Sí, por amor de san Lino;
que no es daño el que se ve,
sino el que queda escondido.

(Llévanle entre don Pedro y Alberto.)

Escena XVII

DOÑA INÉS, MANUELA; luego, DON FÉLIX.

DOÑA INÉS. ¿Qué harémos ahora, Manuela?

MANUELA. Que en nuestro oratorio mismo
pase esta noche don Félix.

DOÑA INÉS. Eso habrá de ser preciso.

¿Don Félix?

DON FÉLIX. (Sale.)

¿Qué me decís?

DOÑA INÉS. Que la palabra te pido
de que pasar no te atrevas
el límite en tus cariños,
que permite mi decoro.

DON FÉLIX. Yo, Señora, te lo afirmo
y lo juro.

DOÑA INÉS. Desafortunadamente,
Entra en mi cuarto conmigo;
que en mi oratorio podrás
pasar la noche escondido,
y luego por la mañana
puedes salir sin ser visto,
y irte al cuarto de Tarugo.

DON FÉLIX. Sólo tu ingenio divino
hiciera...

DOÑA INÉS. No es sino amor
el que me da estos arbitrios.

DON FÉLIX. ¿Qué en efecto ya eres mía?
DOÑA INÉS. Como tú, don Félix, mío.
DON FÉLIX. Más cierto es esto que esotro.
DOÑA INÉS. La desconfianza estimo.
DON FÉLIX. ¿Por qué?
DONA INÉS. Parece fineza.
Ven tras mí.
DON FÉLIX. Ya tu honor sigo.
MANUELA. Y de este ejemplo...
DOÑA INÉS. ¿Qué dices?
MANUELA. Sepan los necios del siglo
que el guardar una mujer,
si ella guardarse no quiso,
no puede ser, aunque tenga
más guardas que el vellocino.

Jornada tercera.

Galería baja con ventana a otra habitación, en casa de don Pedro.

Escena primera

DON FÉLIX, TARUGO.

DON FÉLIX. Ocho días ha que aquí
estoy, Tarugo, escondido,
y un hora me ha parecido.

TARUGO. Y cuarenta años a mí,
según los sustos que pasé
por haberte de ocultar;
pues es forzoso inventar
un embuste a cada paso.

Y aunque hasta aquí en general
Todos me han salido bien,
puedo alguno errar también,
que el ingenio no es igual
y según los testimonios
deste hermano, temer puede
que yo yerre algún enredo,
y nos lleven los demonios.

DON FÉLIX. Todo el susto, que es forzoso,
se descuenta en la alabanza
que de engañarle te alcanza
a un hombre tan receloso.

TARUGO. No es el desquite que tome
de mi susto ese primor.

DON FÉLIX. Pues ¿cuál puede ser mejor?

TARUGO. Los regalos que le como;

y aunque me muelan a palos,
están mis penas pagadas:
cien monjas tiene ocupadas
sólo en hacerme regalos.
Las pollas y las perdices,
digo que me van cansando,
y los bofes anda echando
por buscarme codornices.

Escena II

DOÑA INÉS, a la ventana -DICHOS.

DOÑA INÉS. ¿Ce?

DON FÉLIX. Aguarda; que a la ventana
imagino que han llamado.

TARUGO. Y que es doña Inés parece.

DOÑA INÉS. ¡Gran desdicha! muerta salgo.

DON FÉLIX. ¿Muerta? ¿qué dices, mi bien?

DOÑA INÉS. Que ya ha sabido mi hermano
que hay hombre en casa escondido.

DON FÉLIX. ¡Válgame el cielo!

TARUGO. ¡Zapato!

DON FÉLIX. Pues ¿cómo ha sido?

DOÑA INÉS. La esclava
te vio en el jardín, pasando
hacia el cuarto de Tarugo
y todo se lo ha contado.

TARUGO. ¿La mora?

DOÑA INÉS. Sí.

TARUGO. Pues la perra,
¿quién la mete con los pasos?
Que eso toca a los judíos,
no a los moros.

DOÑA INÉS. Yo he arriesgado
el venir a esta ventana
por avisarte del daño.
Lo que aquí más nos importa
es poner tu vida en salvo
y asegurar tu defensa
de riesgo tan declarado;
que viviendo tú, bien mío,
para mí no hay riesgo humano;
que por tí sabré exponerme
a peligro más extraño.
Y adiós; que no puedo estar
más aquí.

DON FÉLIX. Aguarda.

TARUGO. Esperáos.

DON FÉLIX. ¿Puedo yo salir de casa?
DOÑA INÉS. ¿Cómo, si él queda en mi cuarto
registrando pieza a pieza,
y las armas en las manos?
Cerrando toda la casa
andan todos los criados.
Adiós. (Vase.)

Escena III

DON FÉLIX, TARUGO.
TARUGO. Con la colorada.
DON FÉLIX. ¡Grave mal!
TARUGO. Frescos quedamos;
llegó la hora, esto es hecho.
DON FÉLIX. ¿Qué haces?
TARUGO. Sacar el rosario,
y ponerme bien con Dios.
DON FÉLIX. Pues yo he de morir matando.
TARUGO. Eso es cosa de dolor.
DON FÉLIX. Pues ¿qué he de hacer?
TARUGO. Excusarlo;
que si el morir no se excusa,
el matar es valor de asno,
pues lo mismo hace una albarda,
que mata, estando debajo.
DON PEDRO. (Dentro.)
Requerid todas las puertas.
TARUGO. Vive Cristo, que esto es malo.
DON FÉLIX. Este es el postrer remedio;
Tarugo, ponte a mi lado.
TARUGO. Aguarda, pléguete Cristo
ya di en ella. ¡Soberano
ingenio, norte del hombre!
Más vale un ingenio claro
que todo el oro del mundo.
Métete dentro del cuarto.
DON FÉLIX. ¿Qué es lo que intentas?
TARUGO. Sacarte
de esta casa a paz y a salvo.
DON FÉLIX. ¿Cómo?
TARUGO. Luego lo verás.
DON FÉLIX. De tí tengo de fiarlo.
TARUGO. No lo fíes; que el que fía
es el que viene a pagarlo;
mas cree que has de salir,
y que el bobo del hermano
te ha de regalar primero,

y te ha ir acompañando.

Entra presto.

DON FÉLIX. No lo creo.

TARUGO. Entrate allí con mil diablos.

(Vase don Félix.)

Escena IV

DON PEDRO; ALBERTO Y SANCHO, con escopetas. -TARUGO.

DON PEDRO. Es imposible escaparse;

Poneos vos aquí, Sancho.

SANCHO. Déjeme usancé apuntar,

y venga el género humano.

DON PEDRO. Guardad esa puerta, Alberto.

TARUGO. ¿Qué es esto? ¿Armas en mi cuarto?

Pues ¿qué prevención es esta?

DON PEDRO. He sabido, don Crisanto,

que andan ladrones en casa.

(Ap. Encubrir quiero el agravio

que de mi hermana presumo.)

TARUGO. A buen tiempo en esto os hallo,

cuando tengo una visita,

y venía a suplicaros

que me hiciesen chocolate,

que es el preciso agasajo

que a una visita se debe.

DON PEDRO. ¿Visita hay en vuestro cuarto?

TARUGO. Sí, amigo, y de cumplimiento,

que no he podido excusarlo;

porque como ya por cartas

está el concierto tratado

de mi hermana, y ya está el novio

de mi venida avisado,

supo donde estoy, y ahora

le encontré saliendo acaso,

que buscándome venía;

y así, le tengo en mi cuarto.

DON PEDRO. ¿Que aquí está?

TARUGO. El entró conmigo

delante de esos criados.

DON PEDRO. ¿Quién?

TARUGO. Don Félix de Toledo.

DON PEDRO. (Ap. ¿Cuánto va que ha sido acaso
el hombre que vio la esclava?)

Y ¿al jardín habéis entrado

con él?

TARUGO. Lo primero que hice

fue llevarle a ver los cuadros,

y al punto que los miró,
se quedó el hombre pasmado.

DON PEDRO. ¿Qué decís?

TARUGO. Dice que ha visto

Retiro, Casa de Campo,

Aranjuez, pero ningunos

le llegan a su zapato.

Si a don Félix le parece

la novia como los cuadros,

los amantes de Teruel

con él han de ser guijarros.

DON PEDRO. (A Alberto.)

¿Veis cómo son necios sustos

los que siempre me estáis dando?

ALBERTO. Digo que entrar no le he visto.

SANCHO. Ni yo.

TARUGO. ¡Hay tales mentecatos!

¿Delante de vos no entré?

Por señas, que al darle paso

se os cayó al suelo la gorra?

SANCHO. ¿La gorra a mi? ¡Verbum caro!

Señor, tal hombre no he visto.

TARUGO. Si eso decís, no me espanto

que os olvidéis de la gorra.

DON PEDRO. (Ap. Misterio tiene el negarlo.)

¿Este es el cuidado, Alberto,

que de mi honor os encargo?

Ved si por donde entró un hombre,

sin verle tantos criados,

pueden haber entrado otros.

ALBERTO. Señor...

DON PEDRO. Andad, descuidados.

ALBERTO. Si no es que ha sido invisible.

DON PEDRO. Idos allá fuera.

ALBERTO. Vamos.

SANCHO. (Ap.)

Por Dios, que pienso que entró;

mas yo siempre estoy rezando,

y no puedo tener cuenta

en la vista y en la mano.

TARUGO. Haced que hagan chocolate.

DON PEDRO. ¿Alberto?

ALBERTO. Voy a mandarlo.

(Vase con Sancho.)

Escena V

DON PEDRO, TARUGO; luego, DON FÉLIX.

DON PEDRO. (Ap.)

Miren si decía yo bien
que era imposible mi agravio,
guardando tanto mi honor;
porque aunque este hombre ha entrado,
suceder puede una vez,
en una casa un acaso,
mas no es para cada día.
Señores, no hay que dudarlo,
el que guardare su honor,
hallará lo que yo hallo.

TARUGO. Al novio quiero llamar.

¿Señor don Félix?

DON FÉLIX. (Sale.)

Ya salgo.

TARUGO. A conocer por mi dueño
al señor don Pedro os llamo,
porque cierto que en su casa
recibo tanto agasajo.

DON PEDRO. Mi obligación es serviros.

DON FÉLIX. Don Pedro y yo ha muchos años
que somos grandes amigos.

TARUGO. Mucho me huelgo; sentaos.

¿Qué os parece de la novia,
pues habéis visto el retrato?

(Siéntanse.)

DON FÉLIX. Aseguro, hermano mío,
que no caben en mis labios
los hipérboles que debo
al bien que en él idolatro.

Absorto en ver su hermosura
todas las noches me paso,
y crece tanto mi amor
con esta dicha que alcanzo,
que presumo que lo escucha,
y está durmiendo a mi lado.

TARUGO. (Ap.)

¿Qué dijera el hermanico
si aquí hubiera un comentario
que la alegoría explicase?

DON FÉLIX. (Ap.)

Aún de admirarme no acabo
del ingenio de Tarugo.

DON PEDRO. Estando ya en este estado
el casamiento, don Félix,
el parabién puedo daros:
gocéis esa mi señora

en dulce paz muchos años.
DON FÉLIX. Yo le recibo, don Pedro,
y sea para lograrlos,
viendo vos la suerte mía.

TARUGO. (Ap.)
La suya vendrá debajo.
Vive Cristo, que es lo más
que ha podido hacer el diablo,
que de que le hurte la hermana
dé parabién un hermano.

DON PEDRO. (Ap.)
Miren esto; yo pensaba
que don Félix con engaño
ponía en mi hermana los ojos;
y aquí el caso averiguado,
tiene su amor en las Indias.
¡Lo que es juicio temerario!

DON FÉLIX. Hermano, dadme licencia,
porque he de ir a palacio
a hacer una diligencia.

TARUGO. Aguardar, que aún es temprano.
¿No viene ya el chocolate?

Escena VI

ALBERTO, DOS CRIADOS, con jícaras de chocolate. -DICHOS.

ALBERTO. Aquí está ya.

TARUGO. (Ap. Aqueso aguardo;
que la mejor circunstancia
que aquí tiene aqúeste caso
es haber hecho mi industria
que él le regale a mi amo.)
Tomad, hermano.

DON FÉLIX. Señor,
Eso por mí es excusado,
que le he tomado dos veces.

TARUGO. No sé os dé nada, tomadlo;
que el chocolate en Madrid
se usa ya como el tabaco.

DON PEDRO. Hacedme a mí esta lisonja.

DON FÉLIX. Ya lo bebo si es mandado.

TARUGO. ¡Cuerpo de Dios, qué bien hecho!
Cierto que parece caído
de empanada de figón.

DON PEDRO. (Ap.)
Mucho toma el don Crisanto.

TARUGO. Yo lo bebo y no lo sorbo.

DON FÉLIX. Si es deuda de cortesano,

para cumplimiento basta.

TARUGO. Dadlo acá, si dejáis algo.

DON FÉLIX. Mirad que está muy caliente.

TARUGO. Tengo el gazonate empedrado.

DON PEDRO. Don Félix, aquesta casa,

que en vos no es nuevo agasajo,

ya con mas obligación

por el señor don Crisanto,

podéis honrar como vuestra.

DON FÉLIX. Yo espero ser della tanto

como él, y más, si os merezco

mas favor por más esclavo.

Guárdeos Dios.

DON PEDRO. Dadme licencia

de que os vaya acompañando

hasta palacio en mi coche.

DON FÉLIX. No ha de ser eso; quedáos.

DON PEDRO. Yo he de ir con vos.

DON FÉLIX. No ha de ser.

TARUGO. Pues pártase el agasajo:

dadnos el coche a los dos;

que yo a acompañarle salgo.

DON FÉLIX. (Ap. a Tarugo.)

¿Qué es lo que intentas, demonio?

TARUGO. He de hacer que aqueste hermano,

te dé la cama también.

DON PEDRO. Pues si queréis eso, vamos.

DON FÉLIX. No habéis de pasar de aquí.

DON PEDRO. Yo solo obedezco y callo.

Que llegue el coche, Domingo.

(A los criados)

DON FÉLIX. Don Pedro, bésoos las manos.

TARUGO. Adiós.

DON PEDRO. Él guarde a los dos.

TARUGO. (Ap. a don Félix.)

Señor receloso, vamos.

(Vase con don Félix y los criados.)

Escena VII

DON PEDRO, ALBERTO.

DON PEDRO. Viven los cielos, Alberto,

que casi desesperado

me tiene vuestro descuido.

ALBERTO. Vive el cielo soberano,

que tal hombre entrar no he visto,

y de la puerta no falto

hasta la hora que me acuesto

desde la que me levanto;
y no sé cómo esto sea.

DON PEDRO. De que eso digáis me espanto.

¿Este hombre entró por el cielo?

¿Que estaba dentro no es claro?

Luego si entró por la puerta,
que no le vistes es llano.

ALBERTO. Yo he de perder el sentido.

DON PEDRO. Más le perderé yo, dando
ocasiones a mi hermana
nacidas del sobresalto
de vuestra mucha torpeza.

ALBERTO. Pues ¿no es mejor excusaros
de ese desvelo y casarla?

DON PEDRO. A eso estoy determinado,
y hoy ha de ser, vive Dios.

Escena VIII.

DOÑA INÉS, MANUELA. -DICHOS.

DOÑA INÉS. (Ap. a Manuela.)

Manuela, el ingenio raro
de Tarugo dio el remedio;
ahora importa hacerle el cargo.

No dirás, don Pedro, ahora

(A don Pedro)

que son mis quejasen vano
mira si tenerlas puedo
de estos celos mal fundados,
pues por tu injusta sospecha
con arrojos temerarios
tanto tu opinión desdoras
como infamas mi recato.

El cuerdo, en una sospecha
ha de callar recatado;

porque si cuando la tiene
hace público el agravio,
cuando sabe que es injusta,
y lo que pensó es en vano,
sólo él queda satisfecho,
y no los que le escucharon.

Que tú para tí lo estés
no te saca del agravio,
que de la opinión de todos
se comprende el ser honrado.

Y aunque tu quedes contento,
no lo queda mi recato;
pues lo que tú habrás creído

habrá quien quiera dudarlo.
Yo, en fin, no te he de sufrir
que tus celosos engaños
con todos me infamen, siendo
tú sólo el desengañado.
Conventos tiene Madrid,
donde mientras que me caso
podré estar.

DON PEDRO. Detente, hermana;
que en mi error considerando
la mucha razón que tienes,
quiero excusar estos daños.
Ya yo te tengo casada.

DOÑA INÉS. Y con quién saber aguardo.

DON PEDRO. Es con don Diego de Rojas,
Un caballero bizarro.

DOÑA INÉS. Y ¿sabes tú si yo quiero?

DON PEDRO. Pues queriendo yo, ¿no es llano
que has de querer tú también?

DOÑA INÉS. No, que soy yo quien me caso.

Si tú hubieras de vivir
con mi marido a tu lado,
bastaba que tú quisieses;
pero habiendo yo de estarlo,
es menester que yo quiera
el marido, y no tú, hermano;
que no ha de ser la elección
de quien no ha de ser el daño.

DON PEDRO. Pues ¿cómo tú me respondes
con esa libertad?

DOÑA INÉS. Paso;
pues ¿no tengo yo albedrío?

DON PEDRO. Doña Inés, no en este caso.

DOÑA INÉS. Pues ¿en cuál?

DON PEDRO. En otro intento
que puede ser voluntario.

DOÑA INÉS. Yo no conozco ninguno.

DON PEDRO. Muchos hay.

DOÑA INÉS. Dirás acaso
en elegir confesor.

DON PEDRO. Yo no digo ni señalo
mas de que has de obedecerme,
y más en este mandato;
que yo soy tu padre aquí.

DOÑA INÉS. ¡Padre nuestro! Y ¡qué milagro!

Muy mozo sois, padre mío.

DON PEDRO. No hagamos chiste del caso;

que vive Dios, doña Inés...
Mas todo esto es excusado.
Lo que te prevengo es sólo
que luego a don Diego traigo,
que le he dado la palabra,
y que le has de dar la mano.
Guardar, Alberto, esas puertas;
que hoy saldréis deste cuidado.
(Vase con Alberto.)

Escena IX

DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. Manuela, ¿no oyes aquesto?

MANUELA. Señora, no hay, pues te ha dado
don Félix mano de esposo,
sino ganar por la mano:
petición, doblón de a ocho,
y darle con el vicario.

DOÑA INÉS. Bien dices, si ser pudiese;
mas no sé de quién fiarlo
para que avise a don Félix.

MANUELA. Tarugo vendrá volando.

DOÑA INÉS. Y ¿si acaso se tardase,
que ignora el riesgo en que estamos,
y mi hermano con don Diego
vuelve, y su furor tirano
a dar la mano me obliga?

MANUELA. Eso sería muy malo;
mas apelar a la audiencia
del susodicho vicario,
que yo juraré la fuerza
y la maña.

DOÑA INÉS. Eso es en vano;
que hay muchos riesgos, y en fin
es pleito.

MANUELA. Pero ordinario.

DOÑA INÉS. No sé aquí de quien valerme.

Escena X.

ALBERTO. -DICHAS.

ALBERTO. Doña Ana Pacheco ha entrado
a visitaros.

DOÑA INÉS. ¿Mi prima?

Venga en buena hora.

MANUELA. (Ap. a doña Inés.)

El recado
puede dar ella a don Félix.

DOÑA INÉS. No hará ella tal, por mi hermano,
porque ha de ser su marido.

MANUELA. Si es cuñada, dala al diablo.,
(Vase Alberto.)

Escena XI

DOÑA ANA. -DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA ANA. ¿Doña Inés?

DOÑA INÉS. ¡Oh prima mía!

Dame en albricias los brazos.

DOÑA ANA. De que os llego a ver tan buena.

¿Puedo sin recato hablaros?

Porque he menester secreto.

DOÑA INÉS. Con Manuela no hay recato,
porque della el alma fío.

DOÑA ANA. Siendo así, vamos al caso.

Yo he venido, doña Inés,

lo primero a visitaros

por mi obligación, y luego

por sacar de un sobresalto

en que tenéis a quien fía

de mí todos sus cuidados.

Y para que no extrañéis

el intento en que he de hablaros,

ya vos sabéis, prima mía,

cómo estaba concertado

ya ha días el casamiento

conmigo y con vuestro hermano.

Su celosa condición

sólo ha sido el embarazo

que no me case con él,

cuando yo en sus partes hallo

todas las de un caballero

de su sangre y de su aplauso.

Y en fin, como siento en él

tal error, he procurado

suavizarle con razones,

moverle con desengaños;

mas siendo su sequedad

tanta, que al fin yo no basto,

me valí de la experiencia,

que es argumento más claro.

Y sabiendo que don Félix

de Toledo enamorado

de vos estaba, le dije

que intentase festejaros;

porque habiendo conseguido

vuestra voluntad, casado
con vos, sin haber noticia
en ello de vuestro hermano,
aunque a él le está tan bien,
tenga un castigo sin daño
del yerro de la opinión,
y hallé que no hay medio humano
de guardar una mujer,
si ella quiere contrastarlo.

Que conseguido el intento,
podré yo darle la mano,
porque para mi marido
le quiero desengañado.

Esto supuesto, don Félix
me ha dicho lo que ha pasado;
y sabiendo que os dejaba
con algún susto del caso,
yo vengo aquí de su parte,
porque habléis sin embarazo
a que me digáis el medio
que escogéis para casaros;
que él se dispondrá a cualquiera,
aunque teméis intentarlo.

DOÑA INÉS. No paséis mas adelante;
que el cielo aquí os ha enviado
para enmendar el peligro.

Yo a don Félix idolatro,
y el riesgo yo me le escojo;
porque el riesgo en que me halle
me obliga a valerme del.

Yo agora estoy esperando
que con don Diego de Rojas
venga a casarme mi hermano,
y el remedio que hay, es sólo
que don Félix, o arrojado,
o industrioso, o con el medio
de valerse del vicario,
venga a sacarme de aquí;
porque si no, a riesgo estamos
del amor y de la vida
él y yo. Pero mi hermano
viene, señora doña Ana;
válgame aquí vuestro amparo
en este riesgo en que estoy,
ved si podéis dilatarlo
hasta que tenga don Félix
aviso y pueda excusarlo,

sacándome de este riesgo;
y adiós, que entra ya mi hermano.

(Vase.)

MANUELA. Hoy sin duda aquí ha de haber
una de todos los diablos.

(Vase Manuela y retírase doña Ana.)

Escena XII

DON PEDRO, DON DIEGO. -DOÑA ANA.

DON PEDRO. Todo lo consigue el oro.

Mirad qué presto sacamos,
sin las amonestaciones,
licencia de desposaros.

DON DIEGO. Es tanta dicha, don Pedro,
que estoy confuso y turbado;
no sé cómo os agradezca
esta ventura que gano.

DON PEDRO. (Ap. No mas sustos, vive Dios;
ya estoy de guardar cansado
a mi hermana; pese a ella,
guárdela este mentecato;
que el peligro del marido
no está a cuenta del hermano.)

Pero, doña Ana, ¿aquí estáis?

DOÑA ANA. (Presentándose.)

De ver a mi prima salgo;
que ha días que no la he visto,
y me voy ya. (Ap. Mientras hallo
medio de dar el aviso
a don Félix, el sacarlo
de aquí ha de ser el mejor.)

DON PEDRO. Pues a tiempo habéis llegado
que es forzoso que os quedéis,
porque luego al punto aguardo
que se despose mi hermana,
que con don Diego la caso.

DOÑA ANA. Ya no es posible quedarme;
que estando ahora en el estrado,
me ha dado allí un accidente
con principio de desmayo,
y se va avivando mucho,
que es lo que me da cuidado;
y así, es forzoso irme luego.

DON PEDRO. Perdonad no acompañaros,
por quedar en este empeño.

DOÑA ANA. Cuando podéis dilatarlo
por el plazo solamente

de venirme acompañando,
sin riesgo del desposorio,
sois muy poco cortesano
en excusaros de empeño
a que estáis tan obligado,
por vos, por mí, y por deciros
que voy con este cuidado.

Pero si sois tan grosero,
que cuando esperáis mi mano
tenéis otras atenciones
(La calidad no reparo
porque es primero la mía),
señor don Pedro, quedaos;
que habiendo yo de ir con vos,
que iré mejor sola, es llano,
que tan mal acompañada.

DON PEDRO. Señora, aguardad.

DOÑA ANA. Ya aguardo.

DON PEDRO. Perdonadme, y sea disculpa
la llaneza con que os trato;
que yo no puedo tener
más dicha que acompañaros.

DOÑA ANA. Eso que llamáis llaneza
vos en lo que es agasajo,
a cualquier mujer se debe.
Dispensáis, mal cortesano,
con lo que amor os obliga
¿con qué título o qué cargo
desestimáis la licencia
que os doy yo de ir a mi lado?
¿Conmigo llaneza? Andad,
que sois necio y mal mirado. (Vase.)

DON DIEGO. Mal habéis hecho.

DON PEDRO. Forzoso
será el irla acompañando,
aunque ella no lo permita.
Venid vos conmigo.

DON DIEGO. Vamos.
(Vanse.)

Escena XIII

DON FÉLIX, TARUGO; luego, UNA CRIADA.

DON FÉLIX. Tarugo, riesgo notorio.

TARUGO. Quien te sacó sin azar,
bien merecía sacar
un alma del purgatorio.

CRIADA. (Sale)

Sin duda son estos dos.

¿Señor don Félix?

DON FÉLIX. ¿Quién llama?

CRIADA. Quien buscándoos con gran prisa
por aquestas calles anda.

DON FÉLIX. No conozco con quién hablo.

CRIADA. Criada soy de doña Ana,
y me envia con cuidado
a deciros lo que pasa.

DON FÉLIX. Pues ¿qué hay?

CRIADA. Don Pedro Pacheco
quiere casar a su hermana
con un don Diego de Rojas;
y esto está ya de tal data,
que si vos no acudís luego
a sacarla de su casa,
la ha de casar esta noche.

Ella está determinada
a que la saquéis del riesgo
que tan cerca la amenaza:
por que a deciros me envía
que en vos tiene su esperanza.
Y adiós. (Vase)

Escena XIV.

DON FÉLIX, TARUGO; luego, DOÑA INÉS Y MANUELA, dentro.

DON FÉLIX. ¡Válgame mi amor!

Tarugo, amigo, ¿a qué aguardas?

Tarugo.

TARUGO. ¿Qué tarugueas?

¿Qué he de hacer yo si la casa?

DON FÉLIX. Aplicar algun remedio
a tan forzosa desgracia.

TARUGO. ¿Qué remedio? ¿Soy yo ungüento
de sánalo-todo?

DON FÉLIX. El alma
se está saliendo del pecho.

TARUGO. Señor, déjala que salga.

DON FÉLIX. ¿Qué dices?

TARUGO. Que así saldrá
ella también, que es tu alma.

DON FÉLIX. Pues vive Dios, que yo estoy
resuelto a entrar y sacarla
a todo riesgo.

TARUGO. ¿Eso intentas,
siendo un castillo esta casa?

DON FÉLIX. Tarugo, yo he de arriesgar,

siendo su violencia tanta,
que mi diligencia llegue
tarde, si aquí se dilata.
Para entrar contigo allá
ya está la licencia dada,
y para salir con ella
el valor es quien lo allana.

TARUGO. Y ¿te parece eso fácil
con la gente que aguarda,
y más si está aquí el hermano,
y el novio, que le acompaña;
que hechos pedazos entre ellos,
no hay a tajada por barba?

DON FÉLIX. Pues, Tarugo, esto ha de ser;
ven a entrar conmigo.

TARUGO. Aguarda,
que ya he pensado una industria
con que tengo de sacarla,
aunque pese a la hermandad.

DON FÉLIX. ¿Qué dices?

TARUGO. Que a esta ventana
me dejes llegar primero
a saber si ahora está en casa
Don Pedro.

DON FÉLIX. No sea, Tarugo,
que agora yerres la traza.

TARUGO. ¿Agora la había de errar
a la tercera jornada,
para que a silbos me abriesen?

DON FÉLIX. Pues mira que si haces falta...

TARUGO. No haré tal.

DON FÉLIX. ¿A qué te expones?

TARUGO. A que me des de puñadas;
y ¿si acierto?

DON FÉLIX. Mil escudos,
y el vestido de escarlata
también con sus aderezos.

TARUGO. Con eso saco la cara,
sin temor de que don Pedro
diga, al saber la maraña,
que me he puesto colorado.
Aquí has de esperar.

DON FÉLIX. Acaba.

TARUGO. (Llama a la reja.)
Hago una señal a esta reja.

DOÑA INÉS. (Dentro.)
Manuela, mira quien llama.

MANUELA. (Dentro.)

¿Quién es?

TARUGO. Yo soy.

Escena XV

DOÑA INÉS, a la ventana. -DON FÉLIX y TARUGO, en la calle.

DOÑA INÉS. ¿Es Tarugo?

TARUGO. Ipse. Tu hermano ¿está en casa?

DOÑA INÉS. No.

TARUGO. Pues poneos los mantos,
y para ir bien disfrazadas,
algunas basquiñas viejas,
y luego, fuego en volandas
idme a esperar a mi cuarto.

DOÑA INÉS. ¿Para qué?

TARUGO. Así he de sacarlos;
vayan luego.

DOÑA INÉS. Pues si Alberto...

TARUGO. No repliquen, noramala.

¿Han visto que estas mozuelas
siempre han de ser mal mandadas?

DOÑA INÉS. Luego vamos. (Quítase de la ventana.)

TARUGO. Eso pido.

Por ellas voy, tu me aguardas
en ese portal de enfrente.

DON FÉLIX. En ti dejo mi esperanza. (Vase.)

TARUGO. Entro en casa, Dios delante;
invoco ahora la pala
de Cerón, que es en Madrid
la cosa que mejor saca.

(Éntrase en la casa, y vase don Félix.)

Antesala en casa de don Pedro.

Escena XVI

ALBERTO, SANCHO; luego, TARUGO.

ALBERTO. Sancho, estad con gran cuidado,
pues tan poco al plazo falta
desta prolija asistencia.

SANCHO. Ya los ojos se me saltan
de atisbar a cuantos vienen;
que aquel que entró esta mañana
yo le vi, mas me olvidé.

ALBERTO. Pues ¿por qué me lo negaba?

SANCHO. No había cantado el gallo.

TARUGO. (Sale.)

Sea Dios en esta casa.

SANCHO. Guarde a usancé muchos años.

TARUGO. Ya es la calor demasiada;
quiero entrar a desnudarme.
SANCHO. Usancé en buena hora vaya.
TARUGO. (Ap.)
Aquella es la guarda vieja
mas la amarilla es la mala.
ALBERTO. Venga, señor, en buen hora.
TARUGO. ¿Habrá frío?
ALBERTO. Las garrafas
están siempre prevenidas.
TARUGO. Pues a mi cuarto las traigan.
ALBERTO. ¿Queréis agua de limón?
TARUGO. Esas bebidas nos matan.
ALBERTO. Han puesto a enfriar cerveza,
¿Queréisla?
TARUGO. Sí, que es más sana.
(Entra en su cuarto, y vuelve a salir.)
ALBERTO. Extraño es el don Crisanto.
SANCHO. ¡Mal año, y cuál se regala!
Medio Madrid me hizo ayer
andar buscando patatas.
TARUGO. (Sale.)
¡Jesús, Jesús, que traición!
¡Aquí mujeres tapadas!
¿Así me queréis matar?
Pues ¿qué es esto, guardas falsas?
ALBERTO. Señor, ¿qué es lo que decís?
TARUGO. ¿Qué he de decir? Lo que pasa.
Dos mujeres en mi cuarto,
sabiendo que a mí me mata
el ver mujeres de noche.
Yo voy a buscar posada,
aunque duerma en un mesón.
ALBERTO. ¿Qué es esto, señor? Aguarda.
TARUGO. Esto es gran bellaquería.
ALBERTO. ¿Mujeres están en casa?
¿Por dónde han de haber entrado?
TARUGO. Pues ¿eso dudáis? Miradlas.

Escena XVII

DOÑA INÉS Y MANUELA, disfrazadas y tapadas. -DICHOS.
ALBERTO. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
SANCHO. ¿Qué es esto? ¡Santa Susana!
ALBERTO. Pues ¿quién son estas mujeres?
TARUGO. Pues ¿eso no es cosa clara?
¿Quién han de ser? Busconcillas
que se andan buscando gangas,

y habrán olido el indiano.

ALBERTO. ¡Hay desvergüenza tan rara!

SANCHO. Antes que venga don Pedro,
Alberto, echadlas de casa.

ALBERTO. Pues antes, viven los cielos,
tengo de verlas la cara.

TARUGO. Tente, hombre de Barrabás
¿Qué es lo que intentas? Aguarda;
¿No ves que el mal no me ha dado
porque encubiertas estaban?

ALBERTO. Mujeres, idos de aquí;
idos al instante.

SANCHO. Vayan
a los árboles del Prado.

TARUGO. Váyanse, pesia sus almas.
(Vanse las dos.)

ALBERTO. ¡Hay tan gran bellaquería!

SANCHO. ¡Hay desvergüenza más rara!

TARUGO. Milagro de Dios ha sido
no meterlas esta daga.

Vosotros tenéis la culpa.

ALBERTO. Señor...

TARUGO. No me habléis palabra.
Andad, que sois un pobrete
cuitado, y muy mala guarda;
pues no cumplís con la orden,
Y sois...

ALBERTO. ¿Qué soy?

TARUGO. Un panarra. (Vase.)

ALBERTO. Vive Dios, que por don Pedro
sufro aquestas palabradas.

Él, Sancho, tiene la culpa.

SANCHO. ¿Yo?

ALBERTO. Sí, que por él se pasan,
y es que no tiene cuidado.

SANCHO. Pues vuesarcé ¿dónde estaba?

Si no lo ve, siendo mozo,

¿qué haré yo con estas canas?

Créame, que ni usancé

ni yo somos para guardas. (Vase.)

ALBERTO. ¡Vive Dios, que estoy corrido!

Válgate el diablo por casa,

y quien me ha metido en ella

a ser yo guarda de hermanas. (Vase.)

Calle. -Noche.

Escena XVIII

DON FÉLIX, por una parte, y DOÑA INÉS y MANUELA, tapadas, por otra.

DON FÉLIX. Cielos, sin duda son ellas;

vive Dios, que ha sido rara

la cautela de Tarugo.

DOÑA INÉS. Aquí dijo, que aguardaba.

DON FÉLIX. ¿Sois el dueño de mis ojos?

DOÑA INÉS. Soy quien ya tiene esperanza,

y a vivir vuelve a tu vista.

DON FÉLIX. Encúbrete bien la cara,

que aunque es de noche, sus luces

para conocerla bastan,

y importa el ir encubierta.

Mas ¿cómo entre tantas guardas

posible ha sido salir?

DOÑA INÉS. Con la agudeza más rara

que pensar pudo el ingenio,

las dejó a todas burladas.

MANUELA. Todo lo ha hecho Tarugo;

había de ser de plata

para el chapín de la Reina.

DOÑA INÉS. Vámonos, señor, a casa

de doña Ana, porque allí

me halle mi hermano casada;

no arriesguemos esta dicha

porque su agudeza es tanta

que es para oírla despacio.

DON FÉLIX. Sígueme pues; pero aguarda,

que viene gente.

Escena XIX

DON PEDRO, DON DIEGO. -DICHOS.

DON PEDRO. Don Diego,

ya queda desenojada

doña Ana, con que también

yo me casaré mañana.

DON DIEGO. Ella ha tenido razón.

DON PEDRO. Mas ¿qué gente es la que pasa?

DON DIEGO. Un hombre con dos mujeres.

DON PEDRO. (Ap.)

Mi condicion es extraña;

cualquier sombra me da celos

de mi honor.

DON DIEGO. Vamos.

DON PEDRO. Aguarda.

¿Quién va?

DON FÉLIX. Un hombre; ¿no lo ven?

DON PEDRO. Pues ¿quién es quien le acompaña?

DON FÉLIX. ¿Sois justicia?
DON PEDRO. Ni aun piedad.
DON FÉLIX. Si no es justicia, ¿qué manda?
DON PEDRO. ¿Es don Félix?
DON FÉLIX. ¿Es don Pedro?
DON PEDRO. Perdonad, pues fue la causa
el no haberos conocido.
DOÑA INÉS. (Ap.)
¿Hay mujer más desdichada?
DON FÉLIX. Disculpado estáis con eso.
DOÑA INÉS. (Ap.)
¡Yo estoy muerta!
MANUELA. (Ap.)
Aquí me mata.
DON FÉLIX. ¿Queréis algo?
DON PEDRO. Dad licencia,
si no es que esto os embaraza,
yendo con tal compañía,
de que yo sirviéndoos vaya,
porque no os encuentren otros.
DON FÉLIX. (Ap. Su necia desconfianza
me ha de pagar, vive Dios.)
Esta señora es casada,
y voy con grande recelo
que me sigan de su casa
yendo solo, y os suplico
que os vengáis conmigo.
DON PEDRO. Basta;
los dos que estamos iremos.
DON DIEGO. Vamos pues.
DON FÉLIX. Yo os doy las gracias;
que me hacéis un grande gusto.
Delante id.
DON PEDRO. De buena gana.
DON DIEGO. Vamos delante, don Pedro.
DOÑA INÉS. (Ap. a don Félix.)
¿Qué has hecho, don Félix?
DON FÉLIX. Calla.
DON PEDRO. (Ap.)
Miren cual anda don Félix
para inquietarme a mi hermana.
Al cabo sale que son
locas mis desconfianzas.
DON FÉLIX. Venid vosotras tras mí.
DOÑA INÉS. (Ap.)
Voy temiendo una desgracia.
DON FÉLIX. (Ap.)

Vive Dios, que me la lleva
su mismo hermano a mi casa.

Sala en casa de doña Ana.

Escena XX

DOÑA ANA, TARUGO, en traje de criado; UNA CRIADA.

TARUGO. Aquesto que te digo ha sucedido.

DOÑA ANA. Y como tuya el fin la industria ha sido.

TARUGO. Ya el hábito y vestido me he quitado,

y cuando llegue a estar desengañado

de lo que al tonto presumir le plugo,

me planto en su presencia de Tarugo.

DOÑA ANA. Muerto se ha de quedar de ver el caso.

TARUGO. Celebrado ha de ser en el Parnaso

el cuento, pues haberle yo engañado,

más de dos mil escudos le ha costado.

DOÑA ANA. Y ¿dónde está don Félix?

TARUGO. Ya con ella...

Mas no está sino aquí.

Escena XXI

DOÑA INÉS, MANUELA, DON FÉLIX. -DICHOS.

DON FÉLIX. ¡Feliz estrella

hasta veros, doña Ana, me ha guiado!

DOÑA ANA. El parabién os doy.

DON FÉLIX. Más he logrado

de lo que os pensáis.

DOÑA ANA. ¿Qué ha sucedido?

DON FÉLIX. Que hasta aquí acompañándome ha venido

don Pedro, sin saber que era su hermana

la que venía conmigo.

TARUGO. ¡Jesús! Gana

me ha dado de reír!

DON FÉLIX. Y aguarda abajo.

DOÑA ANA. Pues entráos allá todos, que al atajo

se ha de echar por aquí deste suceso.

TARUGO. Sí, porque eso es armársela con queso.

DOÑA ANA. (A la criada)

Baja y llama a don Pedro que entre luego.

(Vase la criada.)

DON FÉLIX. Vamos.

DOÑA INÉS. En mis temores no sosiego.

TARUGO. Entra allá dentro y tu temor se venza,

que él no ha de hablar palabra de vergüenza.

DOÑA ANA. Si con esto se diere por vencido,

sabrás lo que ha de hacer siendo marido.

(Vanse todos, menos doña Ana.)

Escena XXII

DON PEDRO, DON DIEGO. -DOÑA ANA.

DON PEDRO. ¿Qué me mandáis, señora?

DOÑA ANA. ¿Acompañado
venís?

DON PEDRO. Voy con don Diego, mi cuñado.

DON DIEGO. Yo soy criado vuestro.

DOÑA ANA. Yo os estimo,
pues esta noche habéis de ser mi primo.

Don Pedro, yo he deseado
en vuestra opinión vencer
una ceguedad tan loca,
pues confesar no queréis
que no se puede guardar,
si ella quiere, a una mujer.

DON PEDRO. Y ahora es cuando más lo niego;
pues hasta aquí lo negué
por discurso, mas agora
por experiencia lo sé.

DOÑA ANA. Pues si yo os pongo un ejemplo,
en que, aunque más lo dudéis,
lleguéis con los mismos ojos
a ver que no puede ser,
¿confesaréislo vos?

DON PEDRO. ¿Cómo
a mí ponerme podéis
este ejemplo? Aqueso sólo
es lo que no puede ser.

DOÑA ANA. ¿No penséis que en vuestra casa
está agora doña Inés?

DON PEDRO. Y deso estoy muy seguro.

DOÑA ANA. Pues para que ejemplo os den
vuestras mismas ceguedades,
don Félix, y doña Inés,
salid afuera.

Escena XXIII

DOÑA INÉS, DON FÉLIX. -DICHOS.

DON FÉLIX. Aquí estamos.

DON PEDRO. ¡Qué es lo que mis ojos ven!
Pues ¿quién te trujo aquí?

DON FÉLIX. Vos.

DON PEDRO. ¿Qué decís?

DON FÉLIX. Que aquesta fue
la dama que acompañasteis
conmigo.

DON PEDRO. ¡Ah traidor cruel!

Pues ¿tú a mí me has engañado?

DON FÉLIX. Tened, que no os engañé:

con una mujer casada

dije que iba, y verdad es,

que doña Inés es casada,

puesto que ya es mi mujer.

DOÑA INÉS. Y habéis de saber, hermano,

que esto sólo os está bien.

DON DIEGO. Bien dice, pues ya el casarme

con ella no puede ser.

Escena XXIV

TARUGO, MANUELA. -DICHOS.

TARUGO. Sosiéguese, que es Manuela

de don Crisanto también.

DON PEDRO. ¡Cielos, qué es esto que miro!

TARUGO. ¿Qué se espanta? Esto que ve

no fue por arte del diablo,

ni milagro, sino es

que con limpieza de manos,

el que don Crisanto fue

se ha convertido en Tarugo.

Mamóla vuesa merced.

MANUELA. Y yo también soy su esposa.

DOÑA ANA. Viendo esto, ¿qué diréis?

¿Puede a una mujer guardarse?

DON PEDRO. Digo que no puede ser,

y que miente el que lo piensa.

DOÑA ANA. Pues como eso confeséis,

ya podéis ser mi marido;

esta es mi mano también.

DON PEDRO. Corrido aceto la dicha.

DON FÉLIX. Y sirva este ejemplo fiel

para que los que presumen

que el guardar una mujer

es fácil, con este aviso

digan que no puede ser.

No puede ser

Agustín Moreto

PERSONAS.

DON FÉLIX DE TOLEDO

DOÑA ANA PACHECO.

DON PEDRO PACHECO.

DOÑA INÉS PACHECO.

DON DIEGO DE ROJAS.

MANUELA, criada.

TARUGO, criado.

ALBERTO, caballero.

SANCHO, viejo, criado.

UNA CRIADA.

CRIADOS.

MÚSICOS.

La escena es en Madrid

Jornada primera.

Galería es la casa de doña Ana.

Escena primera

DON FÉLIX, TARUGO.

TARUGO. Eso Señor, es virtud
que no acabo de creer.

DON FÉLIX. Esto es para entretener
sin ocio la juventud.

Doña Ana Pacheco es
por su virtud estimada,
por su ingenio celebrada
por sus partes lo que ves.

Es sola, rica y discreta,
su honestidad conocida,
y el empleo de su vida
le da al estudio.

TARUGO ¿Es poeta?

DON FÉLIX. Aunque ella no es la primera,
pues en Madrid hoy se ven
mujeres que hacen tan bien
versos, que envidia cualquiera,
te aseguro de doña Ana
que, sin ser sola, pudiera
ser en esto la primera.

Y los aplausos que gana
a que tenga la han movido
una academia en su casa,
donde yo acudo y se pasa
un rato muy divertido;
porque de mis mocedades
este cuidado me priva:
aquí el discurso se aviva,
y excuso otras liviandades.

TARUGO. Señor, cosa es muy posible
ser rica, bella y discreta;
pero ser rica y poeta,
vive Dios, que es imposible.

DON FÉLIX. ¡Por qué?

TARUGO. ¿Eso dudas?

DON FÉLIX. Si dudo.

TARUGO. Pues iba ¿hay hombre a quien dé el cielo
con gracia aqeste desvelo,
que no esté siempre desnudo?

Y esto es forzoso, Señor,
porque la poesía es cosa
que, aunque es virtud y gustosa
nunca ha tenido valor.

Es flor desta humanidad,
y como una flor, en fin,
sirve de adorno al jardín;
mas no de necesidad
adornan las flores bellas;
y al que en un jardin las mira,
como hermosas las admira,
pero no cena con ellas.

Y el que un jardín entra a ver

mas presto se irá a buscar
espárragos que cenar
que las flores para oler.

Demás desto, la fortuna
parte igualmente sus dones,
y no da sus perfecciones
al que te quiso dar una
el bien con el mal mezcló;
nadie a otro envidiará
si sabe el hueso que da
con la carne que le dio.

Al entendido da ocio
y pobreza; al que da precio
de hacienda siempre es un necio,
mas no para su negocio.

La hermosa es boba y pesada,
la fea discreta y graciosa,
y tal vez es melindrosa
la aguileña desgraciada
y si una llevo á tener
hermosura y discreción,
le da una mala elección,
con que lo echa a peder.
Y esto tan claro se nota,
que de esto salió el refrán
de que «al ruin puerco le dan
siempre la mejor bellota».
Y yo en todas siempre advierto
el galán discreto, airoso,
dejado por un roñoso
necio, zambo, zurdo y tuerto.
Y en fin, en todo hay su peso,
porque en la mejor fortuna
verás lo que en la aceituna,
que en la mayor hay más hueso.

Poesía y riqueza ingrata
siempre trocaron los frenos,
y no hallarás versos buenos
hechos con bujías de plata,
con candil sí, que es civil
la musa para la vena:
sólo la poesía es buena
hecha a moco de candil.

DON FÉLIX. ¡Qué locura!

TARUGO. A los pasados
mira, y verás el efeto:
por el candil de Epicieto
¿no dieron tres mil ducados?

DON FÉLIX. Ese es filósofo.

TARUGO. Cesa;
pues toda la poesía
¿qué es sino filosofía?
Así fuera ginovesa.

DON FÉLIX. Tu juicio, en fin, pertinaz
entre riqueza y poesía
no quiere dar compañía.

TARUGO. Como cuñados en paz.

DON FÉLIX. Eso niega la experiencia,
Pues prueba que en Grecia Homero
fue muy rico, y el primero;
después con mas excelencia
Virgilio, en Roma dejó

tanta suma de dinero,
que al César hizo heredero
del tesoro que él le dio.
El Petrarca en Francia fue
riquísimo, y laureado
del Pontífice sagrado
en Roma. Y acá se ve
que el rey don Juan el Segundo
hizo rico a Juan de Mena,
y estimó en su aguda vena
aquel discurso profundo.
El caballero Marino
fue rico; y el de la casa
Ronsardo, en Francia, sin tasa,
el Sannazaro, el Guarino.
A no haber sido atrevido,
fuera riquísimo el Taso.
Y en Toledo Garcilaso
fue rico, ilustre y lucido
en un asalto murió
como valeroso y fuerte,
sintiendo España su muerte.
Que Carlos Quinto vengó.
Y ¿qué ingenio en nuestra edad
nuestro rey no ha enriquecido?
¿Qué pluma empleo no ha sido
de su liberalidad?
El retor de Villahermosa,
Góngora, Mesa, y Enciso,
Mendoza , y otros, ¿qué quiso
por su elección generosa?
Y si toda esta verdad
tu mala aprensión no allana,
¿No fue el de Villamediana
rico y señor?

TARUGO. Es verdad.

DON FÉLIX. ¿No ha habido muchos señores
que ilustraron la poesía?
Ven particular hoy día
¿no hay uno de los mayores,
que después que su valor
en el circo mas lucido
aplauzo de España ha sido,
la tiene con tal primor,
que hoy, sin ser lisonja, son
sus dulces versos discretos,
por lo alto de sus concetos,

de todos admiración?

TARUGO. Eso será la verdad;
mas, para esos que así fueron,
hay cuatro mil que murieron
de pura necesidad.

DON FÉLIX. Eso su estrella causó;
que en cualquiera facultad
oprimió necesidad
a quien no la mereció.

Mas no lo prueba ese indicio;
que lo que alguno baldona,
teniéndolo en la persona,
no es pensión del ejercicio;
y en ella es virtud, y tenella,
con premio o sin él, es bueno;
que en la virtud es ajeno
lo que pende de la estrella.

TARUGO. Pues ¿por qué el vulgo indiscreto
la llega a desestimar?

DON FÉLIX. Eso suele ocasionar
la pobreza del sugeto.
Dime, ¿la despreciará
en un señor?

TARUGO. Ni aun por chiste.

DON FÉLIX. Luego en ella no consiste,
sino en el vaso en que está.
Del agua un ejemplo breve
te distinguirá esa ley,
que en oro es digna de un rey,
y en barro el pobre la bebe.

TARUGO. Pero ya, Señor, el cuarto
de la academia han abierto.

DON FÉLIX. Y a doña Ana viene aquí.

TARUGO. Con ella viene don Pedro
Pacheco, nuestro vecino,
que es un Celoso extremeño
en el guardar a su hermana.

DON FÉLIX. No anda en eso muy cuerdo.

TARUGO. ¡Qué rica que está la sala!

DON FÉLIX. ¿No infieres, Tarugo, de eso
que hay poesía con riqueza?

TARUGO. Lo estoy viendo y no lo creo;
mas, vive Dios, que como eres
tu don Félix de Toledo,
si es poeta, ha de ser pobre.

DON FÉLIX. ¿Cómo puede ser, teniendo
en su casa tal riqueza?

TARUGO. Una noche haciendo versos
se le ha de quemar la casa,
y ha de amanecer en cueros.

Mas ya salen; yo me voy.

DON FÉLIX. ¿Dónde?

TARUGO. A casa de un flamenco,
que lo vende sin bautismo,
y allí van unos mozuelos
muy ricos, que juegan largo,
y me entretengo con ellos.

DON FÉLIX. Pues ¿tú juegas?

TARUGO. A las pintas.

DON FÉLIX. Y ¿largo?

TARUGO. No, sino huevos;
a cuatro y cuatro y terceras
nos quitamos el pellejo.

DON FÉLIX. ¿No quieres ver la academia?

TARUGO. ¡Yo academia! No haré luego
cinco pintas en diez años
si estoy una hora entre versos. (Vase.)

(Entra don Félix por una puerta y sale por otra.)

Sala en casa de doña Ana.

Escena II

DON DIEGO, DON PEDRO, ALBERTO, DOÑA ANA, UNA CRIADA, MÚSICOS,
DON FÉLIX.

MÚSICA. Es el ingenio noble como el sol,
que con la luz que alumbra da calor.

DON FÉLIX. Nuevo e ingenioso modo
tiene la letra.

DOÑA ANA. La he hecho
para introducir con ella
la academia.

DON PEDRO. En vos no es nuevo
el hacer las novedades
con tal gracia.

DOÑA ANA. Id prosiguiendo
la letra mientras que todos
van tomando sus asientos.

(Asiéntanse las damas en estrado y los galanes en sillas.)

MÚSICA. Es la gala y hermosura perfección
mas la del alma siempre es la mayor.

DON FÉLIX. ¿No es muy pulida la letra
señor don Pedro Pacheco?

DON PEDRO. Si vos la admiráis, don Félix,
¿qué haré yo, que el alma tengo,

en doña Ana, y solicito
en ella mi cautiverio?

DOÑA ANA. Comience pues la academia.

DON DIEGO. Diga doña Ana primero.

DOÑA ANA. Señor don Diego de Rojas,
que no es lisonja os advierto,
porque en la academia es
mejor lugar el postrero.

DON DIEGO. Esto es dar lugar que escojan.

ALBERTO. Pues yo diré.

DON PEDRO. Diga Alberto.

ALBERTO. Un soneto me ha encargado
la academia.

DOÑA ANA. ¿A qué sugeto?

ALBERTO. Al amor.

DOÑA ANA. Mucho hay escrito;
Difícil es el intento.

ALBERTO. «Es el amor deseo de un contento
que nunca llega á su dichoso estado;
si no es fino, no hay gusto en su en cuidado;
si es fino, es todo pena y sentimiento.
Correspondido, está del temor lento
de la desconfianza atormentado;
pues ¿qué será el amor desesperado,
si aun el correspondido es un tormento?
En su triunfo mayor padece olvido,
y en la esperanza pena, si no alcanza;
de cualquier modo siempre muerte ha sido.
Todos ven su traición y su mudanza,
todos cuantos le siguen se han perdido
y todos van tras él con esperanza.»

DOÑA ANA. Está muy bien difinido
el amor por sus efectos
y aunque amor hay tan dichoso
cierto que es nuevo y es bueno.

DON DIEGO. Yo tengo a cargo una glosa,
y es solamente de un verso,
que por difícil me ha dado
la academia.

DOÑA ANA. Ya la espero.

DON DIEGO. Para fines males, cuándo.
Oid.

DOÑA ANA. Ya estamos atentos.

DON DIEGO. «Para fines de su amor
suele dar males Inés
en desdenes y en rigor;
pero luego de allí a un mes

vuelve a amar con más primor.
No hay que preguntar, en dando
males, cuándo volverá
a amar, aunque esté olvidando;
que bien se infiere, si da
Para fines males, cuándo.»

DOÑA ANA. Glosó con todo rigor.

DON PEDRO. Yo á cargo una octava tengo,
en que he de pintar la furia
de un leon acometiendo.

DOÑA ANA. Asunto es de un buen poeta;
decidla.

DON PEDRO. Ya la refiero.
«En medio extremo el bruto se enarbola
espeluzada la cerviz valiente;
a la frente feroz vuelta la cola,
es la cola penacho de la frente;
los pies arranca de una estampa sola,
de las garras el cuerpo ya pendiente;
y centellando con la vista enojos,
se le pasan las garras a los ojos.»

DOÑA ANA. Bien pintado, y juntó bien
naturaleza y concepto.

DON FÉLIX. A mi definir me toca
la dicha y desdicha a un tiempo
en una décima sola.

DOÑA ANA. Mucho asunto en poco verso.

DON FÉLIX. « Es dicha seguir no bien,
y desdicha no tenerle;
tenido, es fuerza perderle,
y esto es desdicha también.
Quien siempre sufrió un desden
no llega a estado peor;
con que dicha es, en rigor,
causa de un mal mas mortal,
y la desdicha es un mal
que excusa de otro mayor.»

DOÑA ANA. Extraña difinición,
y es aguda por extremo.
Yo tengo a cargo un enigma,
y proponéroslo quiero.
Pintase una carbonera
natural, que siempre ardiendo,
cubierta de tierra, exhala
por la tierra el humo denso;
y la glosa dice así,
escuchadla.

DON FÉLIX. Ya atendemos.

DOÑA ANA. «Este fuego que arde en mí
otro fuego le encendió,
que arde también como yo,
y a un tiempo ardemos así.
El humo que exhala el fuego
conviene a mi perfección;
y el cubrirme es por razón
de que no le exhale luego.
Mientras que no me consumo,
cuando mas tierra me das
mas me abrigas y arde más,
con que he de arrojar mas humo.
No dejando yo de arder,
salir en vapor presumo.
Decid quién soy yo y el humo,
que guardar no puede ser.»

DON FÉLIX. Difícil es.

DOÑA ANA. ¿Qué os parece?

ALBERTO. Yo digo que es el secreto.

DOÑA ANA. No es.

DON DIEGO. Yo digo que son
los celos, fuego de fuego,
como volcán encendido.

Que entrambos arden a un tiempo.

DOÑA ANA. No son los celos.

DON PEDRO. Yo amor,
Pues en él todo lo veo.

DOÑA ANA. No es amor.

DON PEDRO. Pues ¿qué será?

DOÑA ANA. ¿Os rendís?

DON PEDRO. A vuestro ingenio.

DOÑA ANA. Pues es...

DON FÉLIX. Tened, no digáis;
que yo falto, y decir quiero.

DOÑA ANA. Decid pues.

DON FÉLIX. Yo digo que es
aquese encendido fuego
la mujer enamorada.

DOÑA ANA. Es verdad; yo lo confieso.

DON FÉLIX. El humo denso que exhala
es su honor; la tierra luego
con que se cubre parece,
si bien al enigma atiando,
que son las guardas que tiene
su honor; y mientras, queriendo,
mas guardas ponerle intentan,

se enciende mas su deseo,
y crece el daño. De donde
se infiere con claro ejemplo
que cuando la mujer quiere,
si de su honor no hace aprecio,
guardarla no puede ser,
y es disparate emprenderlo.

DOÑA ANA. Está muy bien conocido
y aplicado.

DON PEDRO. Aunque el intento
Del enigma haya sido ese,
se concluye con un yerro.

DOÑA ANA. ¿Cuál es?

DON PEDRO. Decir que el guardar
una mujer es empeño
que no puede ser.

DOÑA ANA. ¿Por qué?

DON PEDRO. Porque del hombre el desvelo
puede asegurar su honor,
y con cautela y esfuerzo
vencer puede este peligro;
que las mujeres que vemos
livianas, no es por su industria,
sino descuido del dueño.

DONA ANA. Pues ¿no hay hombres cuidadosos
y honrados, y aqieste riesgo
cautelan; y las mujeres,
cuando hay mas cuidado en ellos
crece en ellas mas la industria
y ofenden al mas atento,
seguras de su noticia?

DON PEDRO. Muchos hay; mas todos esos
lo yerran de confiados,
pues cautelan solo el riesgo
que piensan, y no el que deben;
que si hubiera uno discreto,
que previniese el peligro,
y con cantela y aliento
mirara todas las puertas
que puede tener el riesgo,
y las defendiese todas,
fuera imposible ofenderlo.

Y finalmente, concluyo
que las que hacen ese yerro,
se le ocasiona el descuido,
sin que le busque el ingenio;
y si no, la que engañó

a quien la guarda, ¿no es cierto
que le ofendió por la parte
que él no defendió?

DOÑA ANA. Eso infiero.

DON PEDRO. Luego si el que fué ofendido
hubiera visto primero
aquel riesgo, y le guardara,
no le ofendiera.

DOÑA ANA. Es muy cierto;
Mas si la mujer estaba
metida ya en ese empeño,
si aquel medio no lograra,
hubiera hallado otro medio.

DON PEDRO. Pues por eso digo yo
que el hombre honrado y discreto,
ha de prevenirlo todo,
y al que fuere tan atento,
Lo que no puede ser es
que le ofendan.

DOÑA ANA. Para eso
es menester ser un hombre
mas que hombre, porque el ingenio
humano es casi incapaz
de prevenir tanto riesgo.

DON PEDRO. Cuanto fuere riesgo humano
lo alcanza el entendimiento,
y el hombre es capaz de todo.

DOÑA ANA. Pues si vos presumís eso,
Que en práctica lo pongamos
yo os ruego; mas suponiendo
que a prevenir todo el daño
sois vos el hombre discreto,
que defendéis la mujer
que se resuelve a ofenderos.

DON PEDRO. Decid, y veréis si hay daño
a que yo no dé remedio.

DOÑA ANA. Aunque estéis vos receloso,
¿podréis prohibir, siendo cuerdo,
que salga aquesta mujer
de casa?

DON PEDRO. Ya que no puedo,
saldré yo siempre a su lado.

DOÑA ANA. Está muy bien; y vos luego
¿no habéis de salir de casa?

DON PEDRO. Saldré, dejando primero
centinelas ignoradas.

DOÑA ANA. Aunque es difícil empeño

para ser continuado,
yo os le paso; mas supuesto
que siempre estéis a su lado,
¿no habéis de dormir?

DON PEDRO. El sueño
de hombre que vela su honor,
aunque sea un letargo, el miedo
de que pueda despertarle
le tiene en ella despierto
para que no se le atreva.

DOÑA ANA. Y ¿si ella asegura el sueño
con algún arte, que es fácil,
pues vemos que halló el ingenio
confecciones que le infunden?

DON PEDRO. Tener criados atentos,
que suplan ese peligro.

DOÑA ANA. Y ¿si son dobles?

DON PEDRO. El cuerdo
no ha de confiar su honor
de quien no esté satisfecho
en caso que tanto importa;
y si esta experiencia ha hecho,
lo mismo hará ellos que él.

DOÑA ANA. Y si la mujer, sabiendo
que dellos se ha de guardar,
les diese también a ellos
la confección que os dio a vos,
y todos duermen, ¿qué haremos?

DON PEDRO. Ese es un caso imposible,
y fuera caerse el cielo;
y me cierro en mi opinión,
que estos son vanos intentos.

DOÑA ANA. No hagáis tal, por vida vuestra,
señor don Pedro Pacheco,
y no queráis saber vos
mas que todo el mundo en esto;
y advertid que la experiencia
de los sabios, conociendo
que aquesto no puede ser,
nos dejó varios ejemplos
en las fábulas antiguas.
Los ojos de Argos durmieron
con la vara de Mercurio,
dando a entender que el tercero
ingenioso vencerá
cualquier guarda en ese empeño.
Acrisio puso a su hija

Danae en el obscuro encierro
de una torre, y halló en ella
Júpiter el fácil medio,
disfrazado en lluvia de oro,
de meterse en su aposento.
De que se infiere que al oro
no hay fortaleza ni encierro
que no se abra, y pues os da
la ciencia tantos ejemplos,
no queráis vos saber más
que lo que todos supieron.
Este medio, que parece
más fácil, tiene secreto
algún riesgo, pues el mundo
no te usó; mas este riesgo
no se puede conocer
hasta poner en efecto
la ejecución de aquel caso.
Ejecútale el ingenio
llevado de su viveza;
y al caminar en su intento
da con el inconveniente;
y hallándose en un despeño,
corrido de no haber visto
con su discurso aquel yerro,
para seguir lo común,
vuelve a deshacer lo hecho.
Política muy delgada
es esta; y para vencederos,
os daré mas claramente
su razon en un ejemplo.
Va un caminante a un lugar:
en muchos caminos vemos
que desde el principio suele
verse el lugar a lo lejos;
siguiendo el camino, a veces
se va la senda torciendo,
que parece que se aparta
del lugar, y es que el primero
que descubrió aquel camino,
halló algún mal paso en medio,
con que fue fuerza torcerle
para ir al lugar más presto.
Si alguno por su agudeza,
este camino siguiendo,
pensase que iría más breve
si le siguiese derecho,

y haciendo norte a los ojos,
abriese camino nuevo.
Después que con mas trabajo
hubiese andado gran trecho,
daría con el mal paso
del pantano o el desempeño;
con que era fuerza volver
a su camino primero.

DON PEDRO. Lo que ha torcido el camino
aquí no es del argumento,
y yo he de seguir el mío.

DOÑA ANA. Mirad que vais á perderos.

DON PEDRO. ¿En qué?

DOÑA ANA. En errar.

DON PEDRO. Yo no soy
casado, ni en Madrid tengo
más que una hermana, y del sol
a defenderla me atrevo.

DOÑA ANA. Vuestra hermana no tendrá
la intención que se ha supuesto
de engañaros, y así, en ella
no argüís con ese ejemplo.

DON PEDRO. Y á tenerla, la guardará.

DOÑA ANA. Mirad que no es fácil eso.

DON PEDRO. El valor se ha de atrever
a lo difícil.

DON FÉLIX. Don Pedro,
dáos por vencido; que todos
nos rendimos a es te riesgo,
sin agraviar las mujeres,
pues de la mano del cielo
viene sola la que es buena.
Y vive Dios, que si en esto
Tuviésedes cien cabezas,
como tuvo Briareo,
y en ellas los ojos de Argos
y de Mercurio el ingenio,
os había de engañar
la mujer que sabe menos. (Levántase.)

DON PEDRO. (Levántase.)

Vive Dios, que el que pensare
que puede ofender mi aliento
mujer ninguna, se engaña.

DON FÉLIX. Yo daré á entender su yerro.

DOÑA ANA. (Colocándose entre don Pedro y don Félix.)

Tened, no os descompongáis,
don Pedro; que el argumento

no se hizo para pependencias.

DON PEDRO. Lo que yo he dicho es lo cierto;
y después de defendido,
afuera con el acero
lo probará la experiencia
con la razon que aquí dentro. (Vase.)

DOÑA ANA. Esperad, que es grande arrojoo..

ALBERTO. Ya es fuerza el irle siguiendo;
que, aunque razón no ha tenido,
siempre a su lado estar debo. (Vase.)

DOÑA ANA. (A don Diego)

Llamadle vos.

DON DIEGO. A eso voy.

(Ap. Mas en mí tiene un ejemplo
de que es cierta su opinión;
pues cuando a su hermana quiero
por él lugar no ha tenido
de ver ni hablar mi deseo.)

(Vase, y también los músicos.)

Escena III

DOÑA ANA, DON FÉLIX, UNA CRIADA.

DOÑA ANA. Cierito que ha estado pesado.

DON FÉLIX. No pensé que era tan necio.

DOÑA ANA. Don Pedro, señor don Félix,

es mi galan y mi deudo,
y por ciertas prevenciones
dilato mi casamiento,
estando ajustados ya
entre los dos los conciertos.
Para hacerle mi marido
quisiera verle mas cuerdo;
y para desengañarle
de tan loco pensamiento,
su hermana es rica y hermosa;
si vos...

DON FÉLIX. Tened, que ya entiendo,

y me proponeis lo mismo
que ha pensado mi deseo.
¿No es que yo la galantee?

DOÑA ANA. Diera todo cuanto tengo

por verle desengañado.

DON FÉLIX. Pues yo en algunos encuentros,

aunque nunca la he servido,
la he dicho algunos requiebros,
y no muy mal escuchados.

DOÑA ANA. No es ese mal fundamento,

mas ¿cómo daréis principio
si él la guarda con desvelo?
DON FÉLIX. A mí me sirve un criado,
con quien Merlín supo menos;
si él la introducción no intenta,
no la intentará Juanelo.
DOÑA ANA. ¿Dónde está?
DON FÉLIX. (A la criada.)

Ved si ha venido
Tarugo ahí fuera.
CRIADA. Eso intento.
(Se aproxima a la puerta.)
¿Está Tarugo aquí?

Escena IV

TARUGO. -DICHOS.
TARUGO. Adsum.
DOÑA ANA. Traza tiene de discreto.
TARUGO. Hacía el agilibus, mucho.
DOÑA ANA. ¿De dónde sois?
TARUGO. De los Hueros.
DOÑA ANA. ¿Los Hueros?
TARUGO. Es que mi madre
cuando pensó que era huero,
me halló pollo.
DOÑA ANA. El es bellaco.
TARUGO. Honra que me hacéis es eso.
DON FÉLIX. Tarugo, aquí está empeñado
todo el valor de tu ingenio;
¿no conoces a la hermana...
TARUGO. ¿Cuál?
DON FÉLIX. De don Pedro Pacheco?
¿Te atreves a introducir
de mi parte un galanteo
con ella?
TARUGO. Corrido estoy.
DON FÉLIX. ¿De qué?
TARUGO. De que digas eso;
¿con un hombre de mi sangre
pone aquí duda tu pecho
el que yo sea alcahuete?
Pues ¿de qué sirve mi aliento?
¿Eso de mí ha de dudarse?
No solo haré, vive el cielo,
con ella la introducción,
mas con el mismo don Pedro.
DON FÉLIX. ¿Cómo lo harás?

TARUGO. ¿No hay pecunia?

DON FÉLIX. Cuanta quisieres.

TARUGO. Laus Deo.

DOÑA ANA. ¿Cómo, estando muy guardada,
has de lograr ese intento?

TARUGO. ¿Ella come, viste y calza?

DOÑA ANA. No hay duda.

TARUGO. ¿A estos ministerios
no acude gente de afuera?

DOÑA ANA. Sí.

TARUGO. Pues no hablemos en esto.

DOÑA ANA. ¿Qué quieres decir?

TARUGO. ¿No entiendes?

Yo puedo ser zapatero,
sastre, hilo portugués,
o mujer que quita vello;
porque el alcahuete tiene
bula de mudar el sexo.

¿Entendéislo ahora?

DOÑA ANA. Sí.

Y mira que este es mi empeño.

TARUGO. Pues esto a vos ¿qué os importa?

DOÑA ANA. Desengañar a este necio

Que el guardar una mujer
no puede ser, y ha hecho empeño
de la cuestión, arrojado,
poniéndose a defenderlo.

TARUGO. ¿Qué decís? ¡Jesús! ¿a ese hombre
le parece fácil eso?

Pues ¿no sabe que hay Tarugos?

DON FÉLIX. Él seguir quiere su intento
por camino extraordinario.

TARUGO. En dejando el carretero,
va el pobre señor perdido.

¿No sabe cuántos se han muerto
por echar por el atajo?

¡Jesús, y qué lindo ejemplo!

Con un cuento muy común
le diera yo.

DOÑA ANA. ¿Qué es el cuento?

TARUGO. Iba camino un abad
muy gordo y muy reverendo;
llegando a un río, intentó
pasar el vado, y saliendo
un pastor, le dijo: «Advierta
que ayer se ahogó un pasajero
porque erró el vado.» El abad

preguntó al pastor tosiendo:
«¿Cuánto hay desde aquí a la puente?
-Dos leguas y media pienso,»
Dijo el pastor. Y el abad
Le respondió entre un regüeldo:
«Si el que se ahogó hubiera ido
por la puente, aunque está lejos,
desde ayer acá ya hubiera
pasado el río.» Y el freno
torciendo a la mula, dijo:
« por la puente, que está seco.»
DOÑA ANA. Hizo muy bien; y el abad
¿quién habrá de ser?
TARUGO. Don Pedro.
DOÑA ANA. Yo te prometo un regalo.
TARUGO. Pues a la puente, y piquemos.
DON FÉLIX. Señora, al intento vamos.
DOÑA ANA. Con el aviso os espero.
DON FÉLIX. Cuenta os vendré a dar de todo.
DOÑA ANA. Me lograréis un deseo.
DON FÉLIX. Vamos pues, Tarugo.
TARUGO. Vamos;
que no hay ley en el ingenio
si no vieres que a este hermano
En la capucha le meto.
(Vanse.)

Corredor de la casa de don Pedro.

Escena V

DON PEDRO, ALBERTO.

DON PEDRO. Esto ha de ser: no ha de quedar abierta
ventana en casa, ni ha de verse puerta
Sin guarda en ella. Veamos si es posible
guardar una mujer.

ALBERTO. Ya estás terrible;

Pues ¿qué culpa, me dí, tiene tu hermana
de que haya sido tu opinión liviana,
y arrojada también, en tu argumento
para ponerla en tanto encerramiento?

DON PEDRO. Alberto, esto ha de ser: vos sois mi deudo
y a quien toca mi honor y el duelo obliga.
No quiero que haya quien (porque se diga
que yo fui en la porfía demasiado)
ponga en ella los ojos y el cuidado,
y dello me resulte una deshonra.
Vos habéis de ser guarda de mi honra.
Desde hoy está mi casa a vuestra cuenta;

vos, como guarda y centinela atenta,
Argos habeis de ser deste cuidado.
ALBERTO. Pues todo eso, don Pedro, es excusado
Con doña Inés, cuando en su honor emplea
el cuidado mayor.
DON PEDRO. Aunque lo sea,
lo habéis de ser, pues yo de vos fío;
y no me repliquéis.

Escena VI

DOÑA INÉS, MANUELA. -DICHOS.

DOÑA INÉS. Hermano mío,
¿Qué es esto? ¿Tú enojado?
¿Tú mudado el color y el rostro airado?
¿Qué tienes?

DON PEDRO. No sé, hermana, lo que tengo;
sólo sé que al peligro me prevengo
de una juventud loca, un vulgo ciego;
que un noble, descuidado en su sosiego,
al riesgo de su honor irá sin tasa,
y es deuda de mi honor velar mi casa.
(Vase.)

Escena VII

DOÑA INÉS, MANUELA, ALBERTO.

DOÑA INÉS. ¿Qué es esto, Alberto? ¿Qué palabras necias
(supuesto que mi afecto tanto aprecias)
son estas de mi hermano? ¿Qué hay? ¿Qué pasa?
¿Riesgo en su honor? ¿Cuidados en su casa?
¿Habla de mí? Responde, o ¿ha perdido
mi hermano la memoria y el sentido?

ALBERTO. Señora, vive Dios, que lo parece,
según sin causa su cuidado crece.

DOÑA INÉS. Sin causa es imposible.

ALBERTO. No la tiene, por Dios.

DOÑA INÉS. Es increíble.
Decidme la verdad; que aqueste exceso
no puede ser sin causa.

ALBERTO. Yo confieso
que la tiene, mas no de haber andado
aquí tan ciego y tan desalumbrado,
que su cuidado dé a entender su pecho;
Mas si a tu honor, estando satisfecho,
un tan necio desvelo no recata,
callarlo yo sería culpa ingrata.
Hoy en una academia ha defendido
Don Pedro, necio, si saberlo quieres,

que es fácil el guardar a las mujeres,
y el ser ellas livianas no es empeño
suyo, sino descuido de su dueño.
A esta razón don Félix de Toledo...
DOÑA INÉS. Conózcole muy bien.
ALBERTO. Decirte puedo
que este don Félix es el caballero
más discreto, galan, noble y severo
que yo en toda mi vida he conocido.
Hízole oposición; y él, ofendido,
rematando en disgusto el argumento,
dejó a un tiempo la sala y el asiento.
Desto se le ha metido en la cabeza
que han de solicitarle tu belleza
para dejarte en su opinión vencido,
y, apoyando este error, me ha persuadido
Que yo vele tu honor, pues que me toca
por deudo suyo; y tanto se provoca
del riesgo imaginado,
que a cada puerta ha puesto su criado.
Yo, que tu bonorconozco y tu recato,
te lo prevengo por no ser ingrato
Al amorque en tu infancia me has tenido;
y porque, este peligro prevenido,
Des a entender, por esto que sucede,
que lo que ser no puede,
sin la necesidad de ser guardada,
es conquistar una mujer honrada.
(Vase.)

Escena VIII

DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. ¿Has escuchado, Manuela,
una y otra ceguedad?
Siendo tal la de mi hermano,
la de Alberto es otra tal.
Él, por prueba de su ingenio,
defiende que ha de guardar
una mujer, siendo cosa
que nadie supo jamás.
Lo que erró con el discurso
quiere en la experiencia obrar;
errarlo allí fue agudeza,
y errarlo aquí necedad.
Estotro, muy, prevenido
de consejo y de piedad,
me alaba un hombre de quien

dice que me ha de guardar.
Yo, que en mi recato he sido
una torre, una ciudad
cerrada del alto muro
de mi altivez principal,
no he conocido en mi vida
deseo en mi voluntad;
y desde que esto he escuchado
estoy resistiendo ya,
sin más daño que es arderse,
exhálase, el alquitrán;
pero oprimido en la mina,
todo el mundo volará.
La mujer es como el vidrio,
que el que le quiere guardar
le ha de poner en seguro;
mas si por guardarle más,
desconfiado del riesgo,
entre las manos le tray,
con lo que guardarle piensa
suele venirle a quebrar.
Yo a don Félix de Toledo
he visto, y aunque es galán
y me ha hablado muchas veces,
no le respondí jamás,
y desde que sé que es él
quien tal cuidado les da,
estoy deseando verle.
Esto es de mí voluntad;
que en cuanto a mi entendimiento,
también por tema me ya,
siendo mujer, no ser menos
yo que todas las demás.
No hay mujer tan necia a quien
el mas discreto y sagaz,
si ella no quiere guardarse,
piense que la ha de guardar.
Y es fuero de nuestro honor,
porque si fuera verdad
que el hombre guardarla puede,
aunque le intente agraviar,
consistiendo esto en el dueño,
a quien sujetas están,
ni en la honrada hubiera honor,
ni en la libre liviandad.
Y mi hermano ha de saber
que esto en mi elección está

y no ha de ser acción suya
la que fue mía no más.
Manuela, no hay que perder
ocasión; que en esto va
la opinión de las mujeres
sepa este necio el refrán.
MANUELA. Señora, lo que te pasa,
a mí pasado me ha
con mi ayuno esta cuaresma:
yo, sin mandarme ayunar,
cuando obligación no tuvo
no quebré ayuno jamás,
y ayunaba a pan y agua.
Este año fue de mi edad
el tener obligación,
y en mandándome ayunar,
maldito el día que he dejado
de almorzar y merendar.

Escena IX

ALBERTO. -DICHAS.

ALBERTO. (Al salir.)

Entrad, amigo.

DOÑA INÉS. ¿Quién es?

ALBERTO. El sastre envía un oficial
a que os tome la medida
del vestido que ha de dar
para el día del Sotillo.

DOÑA INÉS. Entre pues.

ALBERTO. Amigo, entrad.(Vase.)

Escena X

DOÑA INÉS, MANUEL, luego, TARUGO.

MANUELA. Señora, ¿Alberto a la puerta?

¿Qué es esto? ¡Gran novedad!

DOÑA INÉS. Eso es disculpar que yo
castigue su necesidad.

(Sale Tarugo, de sastre, con un envoltorio de ropas y alhajas.)

TARUGO. Sea Dios en esta casa,
o no paso del umbral.

DOÑA INÉS. ¿Quién sois?

TARUGO. Sastre, con perdón.

DOÑA INÉS. ¿De qué?

TARUGO. De lo que he de hurtar.

DOÑA INÉS. Y ¿a qué venís?

TARUGO. El maestro,
por probar mi habilidad,

a que yo os corte un vestido
me envía, porque al lugar
soy recién venido, y tengo
gran opinión por allá
en el cortar de vestir.

DOÑA INÉS. Y él. ¿por qué no viene acá?

¿Quiere probarte a mi costa?

TARUGO. En vos no cabe el refrán
de que «en la barba del ruin...»

Porque el que me envía acá
está muy bien informado
de que yo no lo he de errar.

DOÑA INÉS. Y ¿cómo os llamáis?

TARUGO. Garulla.

DOÑA INÉS. ¿Qué decís?

TARUGO. Soy del Corral,

y cuando nací, mi cuna
fue un cesto de vendimiar.

DOÑA INÉS. Y ¿dónde habeis aprendido
tan diestramente a cortar?

TARUGO. En Marruecos.

DOÑA INÉS. ¿En Marruecos?

TARUGO. Fui niño cautivo allá.

Compróme un sastre morisco,
y aprendí con gracia tal
su oficio, que a la Princesa,
que es la más rara beldad
hacía yo de vestir;
trájome la Trinidad
y ahora vengo a la Merced,
que espero que vos me hagáis.

DOÑA INÉS. Pues el vestir a las moras

¿Qué importa al uso de acá?

TARUGO. Entre moras y cristianas
poca diferencia hay.

Para mi todas son unas,
digo, con mi habilidad.

MANUELA. ¡Bestialidad! La Princesa

¿cómo se llamaba allá?

TARUGO. Doña Fátima de Aguirre.

DOÑA INÉS. ¿De Aguirre?

TARUGO. Sí, ¿qué dudáis?

Si su madre es renegada.

DOÑA INÉS. Ea pues, tomadme ya

La medida.

TARUGO. Antes quisiera

Que aquí unas telas veáis,

y algunas cosas curiosas
de las que truje de allá.

DOÑA INÉS. Veamos.

TARUGO. (Mostrando lo que trae.)

Estas son joyas.

DOÑA INÉS. Y ¿qué es aquesta?

TARUGO. Aguardad;

Que esta no es joya.

DOÑA INÉS. Pues ¿qué es?

TARUGO. ¿Que aquí le hube de olvidar?

¡Vive Dios!

DOÑA INÉS. Ten, no la escondas;
que no te la he de quitar.

TARUGO. No hay por qué, él es un retrato.

Véisle aquí.

DOÑA INÉS. Bien hecho está.

TARUGO. ¿Conocéis el dueño?

DOÑA INÉS. No.

MANUELA. Cierto que está muy galán.

Señora, este ¿no es don Félix?

(Ap. a doña Inés.)

DOÑA INÉS. Calla; que en el sastre hay más
malicia de lo que piensas.

¿Queréisme acaso feriar
esta joya?

TARUGO. No, Señora;

que si he de decir verdad,

me la han dado para darla

a una dama del lugar;

que también yo en este trato

tengo un poco de oficial.

DOÑA INÉS. ¿Quién es la dama?

TARUGO. No sé,

Porque no la vi jamás

Ni he sabido dónde vive;

sólo su nombre sé ya.

DOÑA INÉS. ¿Cuál es?

TARUGO. Doña Inés Pacheco,

Que es muy bella.

DOÑA INÉS. Si será;

Mas ¿si esta joya os feriasse

a otra de valor igual?

TARUGO. No es posible que la haya.

DOÑA INÉS. ¿Váldralo ésta? (Saca otro retrato.)

TARUGO. Sí valdrá.

MANUELA. Señora, tu hermano viene.

TARUGO. ¡Pese a mi! ¿Puedo escapar

sin ser visto?

DOÑA INÉS. Pues ¿qué importa
si sois sastre?

TARUGO. Tengo azar
con hermanos, porque un hombre,
astrólogo singular,
me ha dicho que cuatro hermanos
me han de llevar a enterrar.

MANUELA. Que se entra ya.

TARUGO. (Pónese unos anteojos.)

Pues yo quiero
Ponerme a queste disfraz.

Escena XI

DON PEDRO. -DICHOS.

DON PEDRO. ¿Qué hace aquí, hermana, este hombre?

DOÑA INÉS. El sastre enviado le ha
porque corta de vestir
con gran destreza, y me tray
algunas telas que venden,
por si las quieres comprar.

DON PEDRO. ¿Antojos trae?

TARUGO. ¿Por qué no?

DON PEDRO. No los vi en sastre jamás.

TARUGO. Si el sastre es corto de vista
y ve bien por su cristal,
¿por qué no se ha de poner
anteojos?

DON PEDRO. Es gravedad
a que el sastre no se atreve.

TARUGO. Yo he visto sastre que trae
Reloj en la faltriquera.

DON PEDRO. Mira tú, hermana, si hay
tela alguna de tu gusto,
y se la puedes comprar.

Y tú, Manuela, a mi cuarto
lleva luz; que quiero ya
recogerme.

MANUELA. Ya yo voy.(Vase.)

DON PEDRO. Haz, en saliendo, cerrar.(Vase.)

Escena XII

DOÑA INÉS, TARUGO.

TARUGO. (Ap.)

Ya la tragó, vive Cristo;
pues más falta que tragar.

DOÑA INÉS. Hombre, quien quiera que seas,

no me niegues la verdad;
que en el susto he conocido
que no eres sastre. Habla ya
sin miedo, y yo te aseguro
que de mí puedes fiar.

TARUGO. Pues, señora...

DOÑA INÉS. Antes advierte
que nada me has de ocultar,
pues te va premio o castigo.

TARUGO. (Ap. Ya picó el pez.) Preguntad.

DOÑA INÉS. ¿Eres criado de don Félix?

TARUGO. En este caso algo más.

DOÑA INÉS. ¿Amigo?

TARUGO. Mas un poquito.

DOÑA INÉS. ¿Deudo?

TARUGO. Otro poquito más.

DOÑA INÉS. Pues ¿qué eres?

TARUGO. Su tercero.

DOÑA INÉS. ¿Qué decís?

TARUGO. ¿Te pesará?

DOÑA INÉS. No; que antes me has hecho gusto.

TARUGO. Y ¿lo estimas?

DOÑA INÉS. Claro está.

TARUGO. (Ap.)

Tragóse todo el anzuelo;

iré alargando el sedal.

DOÑA INÉS. Véte pues.

TARUGO. Y ¿qué me dices?

DOÑA INÉS. ¿No va mi retrato allá?

TARUGO. Y acá queda el suyo.

DOÑA INÉS. Pues,

¿qué mas quieres?

TARUGO. Algo mas.

DOÑA INÉS. Vuelve a verme.

TARUGO. Eso mañana.

DOÑA INÉS. Bien recibido serás.

TARUGO. ¿Qué decís?

DOÑA INÉS. Que esto aseguro.

TARUGO. ¿Con memoria?

DOÑA INÉS. Y voluntad.

TARUGO. Pues con esto, adiós, señora.

DOÑA INÉS. Hasta mañana no mas.

(Vase.)

TARUGO. Miren los que ven aquesto

si es bien grande necesidad

el guardar una mujer

que no se quiere guardar.

Jornada segunda.

Sala en casa de doña Ana.

Escena primera

DON FÉLIX, DOÑA ANA, TARUGO.

DOÑA ANA. Notable principio ha sido,
y mejor fin asegura.

DON FÉLIX. ¿No es donosa travesura
la que Tarugo ha emprendido?

DOÑA ANA. Tan rara, que dudo el modo.

TARUGO. Pues oid atentamente,
si gustáis; que brevemente
os daré cuenta de todo.

Lo primero me informé
quién a su casa acudía
de fuera, que en compañía
entrar con alguien pensé.
Supe el sastre (esto me alabo)
que le hacia de vestir;
fuí allá, y viéndole zurcir,
dije « Tate, aqueste es bravo.»

Prometí unos escudos
sólo por la permisión
de ir en su nombre a esta acción;
y no me salieron mudos,
porque él lo dudó primero
y temió hacerme oficial,
por si el riesgo era fatal;
mas apenas vio el dinero,
cuando las señas me dio,
con que en su nombre fuí allá,
y ya tal el sastre está,
que hará lo mismo que yo.

Entré pues en la tal casa
por medio de tres porteros
que tiene como cerveros,
atisbando lo que pasa.

Lleve mi arenga pensada,
y fue tal mi desventura,
que pensando hallarla dura,
estaba ya perdigada.

Yo entro, y salgo allá a llevarle
recados, y ella desea

sólo que mi amo la vea,
porque rabia por hablarle.
Y si los lances postreros
no le mienten a mi estrella,
he de hacer que quiera ella,
y el hermano y los porteros.
DOÑA ANA. De tu Industria la alabanza
sea esta sortija.

TARUGO. Bravo;
Pues me la llevo, ahora acabo
de creer soy buena lanza.
DOÑA ANA. Don Félix, por todo el precio
del mundo y todo el poder
no trueco el gusto de ver
desengañado este necio.

DON FÉLIX. Mas tiene un inconveniente:
que lo que tema hasta aquí,
pienso que va siendo en mí
cuidado muy diferente.
Yo tenía inclinación
de doña Inés al recato;
y mirando en su retrato
su divina perfección,
me dejó tan satisfecho
su hermosura, que he pensado
que por él se me ha pasado
el original al pecho.

DOÑA ANA. Pues cuidado; que es cruel
ese mal; no sea, por Dios,
que os hagáis la burla a vos,
queriendo hacérsela a él.

DON FÉLIX. Aunque inclinado me sienta,
y aún algo más que inclinado,
aún no llevo a enamorado.

DOÑA ANA. No os fiéis del sentimiento;
que es como el áspid amor,
que el que encontrándole helado,
de su languidez fiado
le da del seno el calor;
y obra libre y satisfecho
del desmayo compasivo,
y no sabe que está vivo
hasta que le muerde el pecho
¿a cuántos ha sucedido
que de estar enamorados
no hay mas seña en sus cuidados
que un estar agradecidos?

Suelen decir estos: «Yo
no estoy mas que bien hallado.»
Y es que aun susto no le ha dado
el áspid que él abrigó;
y en la primera ocasión
del calor de sus desvelos
siente el diente de los celos
hasta el mismo corazón.

Para él el mundo se acaba,
su ardor con sus ansias mide
y en los remedios que pide
confiesa el mal que negaba.

TARUGO. Yo a mi modo, si así os place,
os pondré un ejemplo breve:
el que bebe, cuando bebe
no sabe el mal que le hace;
y el que bebe sin empacho
imita al amante fino,
que hasta que vomita el vino
no sabe que está borracho.

DON FÉLIX. En llegarme a enamorar
no hallo nada que perder,
siendo doña Inés mujer
con quien me puedo casar.

TARUGO. Si eso hay, vano es el recelo.

DOÑA ANA. Tras eso tened cuidado.

TARUGO. ¿Para qué ha de andar atado,
teniendo remedio el duelo?

Yo tuve unas bubas duras,
que andando noches fatales,
las hallé en unos portales
de algunas casas oscuras.
De tumores y chichones
Viéndome lleno, al dotor
fui, y me dijo: «Mi señor,
no hay mas remedio que unciones.»

Yo acetélo, y de camino
dije: «Señor, ¿qué he de hacer?

Que me muero por beber,
y se me antoja un pepino.»

Dijo él: «No ande en invenciones,
ni tiene que reparar;
que si al fin se ha de curar,
todo saldrá en las unciones.»

Si tu gusto se acomoda
hacia casarte con ella,
déjate hartar de querella;

que todo saldrá en la boda.

DON FÉLIX. Dime, y ¿qué medio tendré
yo de hablarla?

DOÑA ANA. Eso sería
corona de la porfía.

TARUGO. Yo anoche me desvelé,
y una industria he imaginado
que ha de servirnos aquí.

Tú ¿no me dijiste a mi
que este don Pedro es preciado
de amigo, y aún de pariente,
con el marqués de Villena,
y que desde España ordena
el ser su correspondiente
en Méjico, donde está?

DOÑA ANA. Es cierto, y que del recibe
cartas, y aún a mi me escribe.

TARUGO. Pues por hecho el caso da.

DON FÉLIX. ¿Cómo?

TARUGO. La flota ha venido.

Tú un regalo has de buscar
de Indias, que poder llevar,
muy hermoso y muy lucido.
Si doña Ana carta tiene
del Marqués, yo sacaré
la firma; y carta me haré
como quien se lo previene,
fingiéndome indiano en ella,
y que me hospede en su casa.

Mas si él este engaño pasa,
confía en mi buena estrella.

DOÑA ANA. Sabiendo su condición,
nada hubieras discurrido
a su genio más medido.

DON FÉLIX. Pues ponlo en ejecución.

TARUGO. ¿Quieres que vaya a buscallo
a prevenirlo?

DON FÉLIX. Al instante.

TARUGO. ¿Y que compre lo importante?

DON FÉLIX. Pues ¿eso dudas?

TARUGO. Andallo.

Si tú no la hablares hoy,
mañana quemo mis flores,
que no pueden ser peores.

(Ap. Tengan cuenta a lo que voy:
a fingirme caballero,
a comprar regalo indiano,

a engañar a este hermano
y a sisar en el dinero.) (Vase.)

Escena II

DOÑA ANA, DON FÉLIX; luego, DON PEDRO, que al entrar se detiene junto a la puerta.

DOÑA ANA. La agudeza de Tarugo
es extraña.

DON FÉLIX. Celestina
no supo embustes con él.

DOÑA ANA. Con esto doy por vencida
la porfía de don Pedro.

DON FÉLIX. Tened; que él viene.

DOÑA ANA. Pues finja
el descuido otro cuidado.

DON FÉLIX. Bien decís, que ya nos mira.

DON PEDRO. (Ap. desde la puerta.)

Sin vida vengo y sin alma.

Bien esforzó la porfía

la cautela de don Félix,

si estaba ya prevenida

su traición contra mi honra.

A ver a mi hermana iba

mi temor, que el riesgo vela.

Y en su cuarto (¡qué desdicha!),

vi esta mañana un retrato;

y aunque sus señas afirman

que es de don Félix, le traigo

por cotejar con la vista

retrato y original;

que cosas de tanta estima

no se han de juzgar con menos

información. Mas mi dicha

me ha ofrecido la ocasión;

quiero reportar las iras.

DOÑA ANA. ¿Señor don Pedro Pacheco?

DON PEDRO. (Sale.)

En vos, doña Ana divina,

viene a hallar mi amor su centro.

(Ap. Todas las señas confirman

mi sospecha y su partido.)

(Coteja recatadamente el retrato con el rostro de don Félix)

DOÑA ANA. (A don Pedro; luego aparte, a don Félix.)

¿Qué reparáis? -¡Lo que os mira!

DON FÉLIX. (Ap a doña Ana.)

Y el semblante demudado.

DOÑA ANA. ¿Si acaso de la porfía

le ha quedado algún rencor?

DON FÉLIX. No os deis vos por entendida.

DON PEDRO. (Ap.)

A darle de puñaladas
el furor me precipita.
Matárele; mas acaso,
aunque es difícil, podría
no haber aquí culpa suya;
y hasta ver en mi noticia
más cabal información
es mi templanza precisa.

DOÑA ANA. ¿Qué suspensiones son estas,
Don Pedro?

DON PEDRO. ¿De quien os mira
extrañáis que se suspenda?

No es nuevo en mí. (Ap. En vano anima
la voz mi pecho asustado.)

DON FÉLIX. (Ap. a doña Ana.)

A hablar no acierta, e indicia
lo que vos habéis pensado.

DOÑA ANA. (A don Pedro.)

Si acaso de la porfía
de ayer ya os habéis vencido,
no os embarace el rendirla;
que el hombre se ve en el yerro
y el sábio en que se corrija.

DON PEDRO. Antes tengo en la opinión
por tan segura la mía
que hoy vuelvo a ratificarla.

DOÑA ANA. Eso será bizarría

del ingenio, que aunque vea
su sentencia concluida,
por vanidad la defiende
contra la evidencia misma.

Y advertid, señor don Pedro,
si eso os mueve a repetirla;
que el ser ignorante es falta
al ingenio concedida,
y el ser necio es una culpa
del entendimiento indigna.

El que ignora, en confesando
lo que ignoró, se acredita,
pues tuvo luz en su ingenio
para ver lo que no veía.

Mas quien quiere defenderlo
se hace con una acción misma
ignorante por la duda
y necio por la porfía.

Si conoce la verdad
es necio en contradecirla
pues va contra su dictamen;
y si del no es conocida,
le está peor con su ingenio,
pues da a entender, si replica,
que en él no hay capacidad
para ver lo que otro mira.
Por todas estas razones,
justo es, don Pedro, que os pida
que mudéis de parecer;
que como mi afecto os mira
como quien ha de ser dueño
de mi amor y de mi vida,
no os quisiera ver tan ciego
en verdad tan conocida.

DON PEDRO. No solamente, señora,
esa opinión no me inclina;
Mas lo que puede ser,
si mi opinión os admira,
digo que he de sustentar;
sin que ofenda la malicia
al que se guarde, pues cuando
hubiera alguna atrevida
que intentara (¿qué es intento?),
que piense en ofensa mía,
no manchar, deslucir sólo
el valor que me acredita,
con mi espada, con mis brazos,
con mi aliento abrasarla
su imaginación, de suerte
que aún no quedasen cenizas
del que inventó mis ofensas,
para ejemplo dellas mismas.

DOÑA ANA. Pues ¿contra quién decís eso?

DON PEDRO. Perdonad, señora mía;
que el haber lo discurrido
a solas con mi porfía
me ha llevado a este furor;
y para que no prosiga
con mi error, dadme licencia.
(Ap. Voy a juntar la noticia
con el exámen, y si hallo
que don Félix solicita
mi desastre, vive el cielo,
que te ha de costar la vida.) (Vase.)

Escena III

DOÑA ANA, DON FÉLIX.

DOÑA ANA. ¿Habéis visto tal locura?

DON FÉLIX. A mí me provoca a risa.

DOÑA ANA. Sin duda está sospechoso.

DON FÉLIX. El enojo lo confirma,

y eso da seguridad

al caso; mas es precisa

diligencia ir a avisar

a Tarugo.

DOÑA ANA. No se omita

Prevenición.

DON FÉLIX. Y con efecto,

¿quién al necio le diría

que me ha enviado su hermana

un retrato antes de vista?

DOÑA ANA. Quien sabe que las mujeres

cuando las guardan peligran.

DON FÉLIX. Que no puede ser es cierto.

DOÑA ANA. Y el que lo intenta, lo escriba

con letra grande en su puerta.

DON FÉLIX. Que es, Señora...

DOÑA ANA. Bobería.

(Vanse.)

Sala en casa de don Pedro.

Escena IV

DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. Manuela, yo soy muerta si él ha hallado

el retrato.

MANUELA. ¿Tan poco es tu cuidado,

que tal prenda aventure desa suerte?

DOÑA INÉS. Él, que enguardarme nada se divierte,

fue a verme esta mañana a mi aposento,

propia acción de un hermano desatento,

como él de susto me cogió antemano,

y yo quise encubrirle de mi hermano,

con un descuido le arrojé en el suelo,

y no se le vi alzar; pero busquélo,

después que ya mi hermano se había ido,

y en todo el día hallarle no he podido.

MANUELA. Pues, Señora, sin duda que él le ha hallado;

y es muy fácil no haber tú reparado,

que un celoso es sutil en sus acciones.

DOÑA INÉS. Pues para eso son mis preveniciones;

y que tú tengas atención, te advierto,

con lo que ordeno, por si acaso es cierto

que él le tiene.

MANUELA. Ya estoy bien advertida.

DOÑA INÉS. Que yo le he de escuchar aquí escondida.

MANUELA. Pues ya a tu cuarto pasa.

DOÑA INÉS. Así saber espero lo que pasa.

(Retíranse)

Escena V

DON PEDRO, ALBERTO -DOÑA INÉS y MANUELA, ocultas.

DON PEDRO. Alberto, esto que os digo me ha pasado.

Este retrato yo en su cuarto he hallado;

mirad si tiene indicios mi deshonra.

ALBERTO. Tened, don Pedro, y en cosas de la honra
no hagáis tan presto el juicio temerario.

DON PEDRO. ¡Buena temeridad! ¿Tan ordinario
es hallarse en el cuarto de una dama
un retrato que es nota de su fama?

¿Es esto disculparos neciamente
del no haber sido guarda diligente?

ALBERTO. Pues ¿qué hombre habéis hallado?

DON PEDRO. ¡Buen concierto!

Si no le hallé, que pude hallarle es cierto,
pues venir pudo, y sombra es de su nombre:
por donde entró un retrato entrará un hombre.

Mas si a de ser mi prevención tan vana,
el remiendo es que yo case a mi hermana,
que don Diego de Rojas me la pide;
y aunque no es rico, cuando el riesgo mide
la descomodidad y la deshonra,
no hay más comodidades que la honra.

DOÑA INÉS. (Ap. a Manuela.)

¿Veslo? Al remedio: que esto va perdido.

(Salen.)

ALBERTO. (Ap. a don Pedro)

Mirad que doña Inés aquí ha salido;
no entienda lo que pasa.

DON PEDRO. Idos afuera.

ALBERTO. (Ap.)

Él a cargo tomó linda quimera. (Vase.)

Escena VI

DON PEDRO, DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. (Ap. a Manuela.)

Esto importa, Manuela, finge ahora.

(A la misma, pero de manera que se entere don Pedro.)

Aquel retrato me has de dar, traidora.

MANUELA. Señora, sabe Dios que le he perdido.

DOÑA INÉS. Si por curiosidad le has escondido,
y si me pones ya mas embarazos,
Del pecho he de sacártele a pedazos.

MANUELA. ¡Triste de mí! Señora, yo protesto
que en tu aposento le perdí.

DON PEDRO. ¿Qué es esto,

DOÑA INÉS. Maldades son, hermano, de criadas.

Viniendo ayer de misa descuidadas,
esa criada se encontró un retrato,
y menos obligada a su recato,
le alzó del suelo. Anoche estando en casa,
me le mostró, y advierte, si esto pasa,
el riesgo que resulta a mi recato
de que en mi casa tengan un retrato,
que no sé de quien sea, mis criadas,
cuando andan las malicias desveladas,
sin dejar sombra que en sus ojos pase,
dájela que al instante le quemase;
y ella, por su capricho inadvertido,
quiere decirme ya que lo ha perdido.

DON PEDRO. (Ap. Lo extraño del recato bien indicia
que ha sido prevención a la malicia.)

¿Qué dices tú?

MANUELA. Señor, creerme no quiere.

Me lleve el diablo donde Dios quisiere,
si no le perdí anoche en su aposento.

DOÑA INÉS. No tal.

MANUELA. Sí; y aún perdí el entendimiento.

DON PEDRO. Bien está, Inés; que ya tengo entendido
que tú, que mis sospechas has sabido,
te curas en salud y te disculpas.

DOÑA INÉS. ¿Qué es esto? Pues ¿tú ahora a mi me culpas?

¿No te lo dije yo? ¿Veslo, traidora?

Busca el retrato luego.

MANUELA. ¿Yo, señora,
dónde le he de buscar?

DOÑA INÉS. Has de buscarle,
o de tu pecho tengo de sacarle.

DON PEDRO. Tente, Inés; que ya es vano tu recato.

Bien sabes tú que yo tengo el retrato
y que has oído las sospechas mías.

DOÑA INÉS. ¿Cómo?

DON PEDRO. Y que tú primero te tenías,
y sabiendo que yo lo he conocido,
tu engaño esta cautela ha prevenido.

DOÑA INÉS. ¿Qué es lo que dices? ¿Has perdido el seso?

DON PEDRO. Si, Inés, que le he perdido te confieso;

pero mucho no ha sido,
si el seso y el honor junto he perdido.

DOÑA INÉS. ¿Hablas conmigo?

DON PEDRO. Calla, aleve hermana
Dé este puñal a tu traición liviana
el debido castigo. (Saca la daga.)

DOÑA INÉS. ¿Qué es aquesto?

DON PEDRO. Verdad es lo que digo,
y has de decirme cómo a ti ha llegado
este retrato, y quién te le ha enviado.

DOÑA INÉS. Aunque pueda merecer
tu error la desconfianza
a mi pecho, has de saber
que te quiere responder
mi honor con esta templanza.

Y aunque causa me hayas dado
para pensar que ya dejo
de ser quien soy a tu lado,
las iras que me has causado
te he de trocar a un consejo.

Si tú, hermano, has conocido
que te ofendo, aquí has errado,
pues mi culpa has escondido
con haberme prevenido
y no haberme castigado.

Si yo lo intento no más,
y quieres con ese amago
vencerme, más ciego estás;
pues otro deseo me das
para que logre el estrago.

Si lo presumes, es cierto
que es peor; que si yo estaba
dormida, a tu voz despierto:
acaso me has descubierto
lo que yo no imaginaba.

Con que entre el daño que toco
con ese furor que escucho,
has andado necio y loco;
si lo sabes, porque es poco;
si lo dudas, porque es mucho.

Y al contrario en la ocasión,
quien desconfía, dispensa;
pues si imagina traición,
ya ella tiene en su opinión
hecho el gasto de la ofensa.

Y en fin, el que una mujer
guardar quiere, lo ha de errar,

porque no se puede hacer;
y decid si puede ser
no queriéndose guardar.

DON PEDRO. (Ap. Corrido, viven los cielos,
con sus razones me deja;
yo hice mal en declararme.)

Véte allá dentro, Manuela.

MANUELA. Señor, di que no me riña.

DON PEDRO. No te reñirá, no temas.

MANUELA. (Ap.)

No hay que tener, pues no teme,
que acá la llevamos hecha. (Vase.)

Escena VII

ALBERTO; luego, TARUGO, de caballero, con hábito de Santiago, botas y espuelas.-

DON PEDRO.

ALBERTO. Un indiano caballero,
que agora dice que llega
a Madrid, y que una carta
trae del marqués de Villena,
te quiere hablar, y con él
muchos ganapanes entran,
que traen unos cajones.

DON PEDRO. Venga muy enhorabuena;
Decid que entre el caballero.

ALBERTO. Entrad.

TARUGO. (Sale.)

A las plantas vuestras
me tenéis ya.

DON PEDRO. Con los brazos
es el recibiros deuda.
¿Quién sois?

TARUGO. Vedlo en esta carta.

DON PEDRO. Antes de mirarlo en ella,
de la estimacion que os debo
vuestra persona es la muestra.

TARUGO. (Ap.)

Cuanto lo primero, ya
va tragada la presencia;
gran trozo de personaje
debo de tener.

DON PEDRO. Licencia
me dad de leer la carta.

TARUGO. Leed muy enhorabuena.

DON PEDRO. El marqués, mi primo, firma.

TARUGO. (Ap.)

¿Primo le llamas? Clavéla.

DON PEDRO. (Lee.) « El señor don Crisanto de Arteaga es persona de toda mi obligación.

Va a esa corte a negocios importantes; y la extrañeza de su condición, que casi toca en locura, le arriesga en sus pretensiones, no teniendo a su lado quien te de a conocer. Y para lograr la memoria de nuestra amistad, he querido que vaya con carta mía, y un regalo de la tierra para recomendar la estimación de su persona; la cual suplico que sea la misma que la mía.»

De su letra dice luego:

«Encargo mucho su agasajo, que en todo será mi mayor estimación.»

Caballero, mi persona, esta casa, y cuanto en ella hubiere está a vuestros pies.

TARUGO. Yo estoy a las plantas vuestras, mi señor. (Ap. La añadidura pegó como girapliega.)

DON PEDRO. De vuestro despacho ahora tratar lo primero es fuerza.

(Ap. Vive Dios, que esto en mi casa a que le hospede me enseña, y es grandísimo peligro.)

TARUGO. (Ap. Parece que titubea; póngole un madurativo.)

Yo, que deso hablar quisiera, os advierto que no puedo estar sin gran riesgo y pena en casa donde hay mujeres; y si las hay en la vuestra, no acetaré el hospedaje, si no es que imposible sea que yo las vea de noche.

DON PEDRO. ¿Por qué?

TARUGO. Es una cosa nueva.

Yo en Méjico a una criolla hablaba; esta fue hechicero; diome un hechizo, celosa, y de su mucha violencia me resultó un mal tan grande, que hasta hoy más barras me cuesta que cabezas de muchachos hay desde Cádiz a Armenia. De noche fue la bebida, y me ha resultado della

que en viendo mujer de noche,
me da un mal en la hora mesma
de corazón, que me quedo
con tanta boca abierta,
que se me ven los riñones
por la senda de las venas.

Y así, si en casa hay mujeres
que yo de noche ver pueda,
perdonad, que no la aceto.

DON PEDRO. (Ap. Con este hombre nada arriesgan
mis temores y peligros.)

No temáis vos que os suceda
en mi casa.

TARUGO. (Ap. Lumbre ha dado.)

Pues me haréis merced en ella.

DON PEDRO. Yo os he de suplicar eso.

(Ap. Apartaré de manera
su cuarto del de mi hermana,
que viva en casa sin verla.

Esta suerte lo aseguro.)

ALBERTO. Y cuando aqueso suceda,

yo sé unas ciertas palabras
con que sano esa dolencia.

TARUGO. Pues vos me daréis la vida.

Jesús, la carta primera

Se me ha de ir toda en dar gracias.

DON PEDRO. ¿A quién, Señor?

TARUGO. A Villena.

DON PEDRO. ¿Sois su amigo?

TARUGO. Y camarada;

le tengo yo allá en mi mesa
todos los más de los días;
es gran señor su excelencia,
y sabe cómo ha de honrar
a los hombres de mis prendas.

Y aunque yo lo diga, todo
cabe en mi sangre, que lleva
de Noé acá caballeros,
como berzas una huerta.

DON PEDRO. Y ¿habéis estado otra vez
acá?

TARUGO. No, esta es la primera.

DON PEDRO. Luego ¿allá el hábito os dieron?

TARUGO. Con notables preeminencias

su majestad me rogó
que este hábito me pusiera,
y yo, por hacerte gusto,

lo aceté.

DON PEDRO. ¡Rara grandeza!

¿Habéis vos servido al Rey?

TARUGO. ¿Yo servídole? ¡Esa es buena!

Él me sirve a mí.

DON PEDRO. ¿De qué?

TARUGO. De gusto en coplas diversas
que le hago cada día.

DON PEDRO. Luego ¿también sois poeta?

TARUGO. Esa es una habilidad
que me hallé en la faldriquera
un día sacando un lienzo,
mas ya no hago caso della.

DON PEDRO. (Ap. Extraño humor tiene el hombre;
bien la carta me lo acuerda.)

Alberto, aquí es menester
que el regalo se prevenga,
y el cuarto de don Crisanto.

TARUGO. (Ap.)

¡Ay bobo, que a pagar llegas
los azotea al verdugo!

DON PEDRO. Dadnos agora licencia
de preveniros la casa.

TARUGO. Pues mirad que tenga cuenta
quien reciba aquestas cajas,
porque lo que dentro encierran
no se maltrate al tomarlas.

DON PEDRO. Pues ¿qué es lo que viene en ellas?

TARUGO. Chocolate de Guajaca
y filigranas diversas,
jícaras de Mechoacán,
y paños que dar con ellas.

DON PEDRO. Chucherías son de gusto,
y dignas de la grandeza
del señor que las envía.

TARUGO. (Ap.)

Un tuerto es, que tiene tienda
junto a la puerta del Sol.

DON PEDRO. Perdonad, dadme licencia.

TARUGO. Bien está.

DON PEDRO. Venid, Alberto.

(Vase con Alberto.)

Escena VIII

TARUGO; luego, DOÑA INÉS.

TARUGO. ¡Bueno va! ¡El bobo, que piensa
que es fácil guardar mujeres!

Mas fácil de guardar fuera
una viña de muchachos.
Mas todo esto en la presencia
pase de Inés, que avisada
está ya de aquesta treta;
y así, aquel resquicio pienso
que huele a faldas que acechan.

DOÑA INÉS. (Sale.)

¿Señor Tarugo?

TARUGO. Ya voy. Tomen
si soy mal perro de muestra;
miren si olí la perdiz.

DOÑA INÉS. Ya he escuchado tu cautela.

TARUGO. ¿No está bien introducida?

DOÑA INÉS. Vida me has dado con ella.

TARUGO. Pues no ha de parar en esto;
que esta noche haré que veas
a don Félix aquí dentro.

DOÑA INÉS. ¿Cómo, si hay en cada puerta
una guarda?

TARUGO. ¿No hay jardín?

DOÑA INÉS. Sí, mas él sólo abre y cierra.

TARUGO. Pues mejor.

DOÑA INÉS. Sí; pero advierte
que está con grande cautela
porque me ha hallado el retrato.

TARUGO. Malo; mas no tengas pena,
que yo lo remediaré.

DOÑA INÉS. ¿Cómo?

TARUGO. ¿Qué hay de la materia?

DOÑA INÉS. Que yo he dicho que en el Carmen
ayer se le halló Manuela,
y aún sospecha la malicia.

TARUGO. Pues yo haré que me le vuelva.

DOÑA INÉS. ¿A tí? ¿Qué dices?

TARUGO. Que vuelve;
Retírate allá y acecha.

(Vase doña Inés.)

Escena IX

DON PEDRO.-TARUGO.

DON PEDRO. Señor don Crisanto, va
prevenido el cuarto queda,
y podéis entrar a honrarle.

TARUGO. Para pagar la fineza
del hospedaje, mi honor
quiero fiaros.

DON PEDRO. Es deuda
con que empeñáis mi amistad.

TARUGO. Yo tengo una hermana bella
en Indias, que es un prodigio;
cuando sale a alguna fiesta,
de diez leguas en contorno
van forasteros a verla.

Tiene un dote que es locura:
en casas sólo la cuentan
ciento y treinta mil ducados.

A más de las diligencias
que yo vengo, es a casarla;
traigo de allá la propuesta
de un caballero de aquí,
que vos conocer es fuerza.

DON PEDRO. Podrá ser; decid, ¿quién es?

TARUGO. Si yo su retrato os diera,
¿Conoceréisle por él?

DON PEDRO. Viéndole os daré respuesta.

TARUGO. Pues yo os le quiero enseñar;
Mas aguardad... Esta es buena;

(Búscalos.)

Vive Dios, que le he perdido.

DON PEDRO. ¿Cómo?

TARUGO. De la faldriquera

Se me ha caído.

DON PEDRO. Su nombre
me decid al se os acuerda.

TARUGO. Don Félix es de Toledo.

DON PEDRO. (Ap. Cielos, bien dijo Manuela;
albricias doy a mi honor.)

¿Dónde se os cayó?

TARUGO. Eso piensa
mi cuidado, y no me acuerdo.

Sino es que ayer en la iglesia
del Carmen se me cayese,
porque allí una tabaquera
que se me había perdido,
me volvieron a la puerta.

DON PEDRO. (Ap. Cielos, allá va mi hermana
a misa; ¡que su inocencia
culpase yo, ciego y loco!)

Y si yo el retrato os diera, (Sácale.)

¿Qué dijerais?

TARUGO. ¿Dónde está?

DON PEDRO. Veisle aquí. (Dásele.)

TARUGO. ¡Hay dicha como ésta!

Dos mil ducados de hallazgo
si los tomarais, os diera;
mas hallazgo os he de dar.

DON PEDRO. ¿Qué decís?

TARUGO. Una cadena,
que pesa catorce libras,
de filigrana.

DON PEDRO. Eso fuera
agraviar mi voluntad.

TARUGO. Tomadla, por vida vuestra.

DON PEDRO. ¿Yo tomarla?

TARUGO. ¿No? (Ap. No importa,
que aún pienso que no está hecha.)

DON PEDRO. (Ap.)

Miren si el guardar mi honra
se luce.

TARUGO. (Ap.)

Pero él se quema;
si no le echo esta botana,
todo el pellejo revienta.

DON PEDRO. Venid, señor don Crisanto.

TARUGO. Digo, ¿conocéis quién sea
ese caballero?

DON PEDRO. Sí,
que es muy grande su nobleza.

TARUGO. Pues eso es lo que yo busco;
que allí nos sobra la hacienda.

DON PEDRO. Vos haréis muy digno empleo.

TARUGO. Gozará la mejor prenda
de España y la más guardada,
que hay muchos que la desean;
y esta noche he de ajustarlo.

DON PEDRO. ¿Con quién?

TARUGO. Con él y con ella.

DON PEDRO. Pues ¿cómo?

TARUGO. (Ap. Eso en el jardín
se verá de aquí a hora y media.)

Yo traigo aquí poder suyo.

DON PEDRO. Haréis bien, porque se arriesga
la mujer hermosa en casa.

TARUGO. Y yo sé alguno que piensa
que la guarda, y es en vano.

DON PEDRO. Será tonto el que la vela.

TARUGO. Como vos lo habéis pensado.

DON PEDRO. Venid pues.

TARUGO. Enhorabuena.

DON PEDRO. Entrad vos.

TARUGO. Guiadme vos.
DON PEDRO. Esto es forzoso.
TARUGO. Esto es deuda.
DON PEDRO. No haré tal.
TARUGO. Por vida mía.
DON PEDRO. Ha de ser.
TARUGO. Pues obediencia.
DON PEDRO. (Ap.)
El don Crisanto es un bobo.
TARUGO. (Ap.)
El hermano es una bestia.
(Vanse.)

Jardín, y al frente la casa de don Pedro.

Escena X.

DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. Manuela, ¡hay dicha mayor,
lograrse amor y recato!

MANUELA. Que le sacase el retrato
con tal traza es lo mejor.

Que en una palabra sola
lo entendiese es lo que dudo.

DOÑA INÉS. El Tarugo es muy agudo.

MANUELA. No ha menester llevar cola.

DOÑA INÉS. Cómo en casa ha de meter
a don Félix, no lo entiendo,
por más que esté discurriendo.

MANUELA. Señora, déjale hacer,
y cuanto dicho te hubiere,
pues tú se lo ves lograr,
no hay sino creer y callar,
y venga lo que viniere.

DOÑA INÉS. El dio a entender que al jardín
luego me le ha de traer.

No sé cómo puede ser.

MANUELA. Él sabe más que Merlín,
y ya tendrá su desvelo
hecho el enredo a esta hora;
y estas cosas son, señora,
como el huevo de Juanelo.

DOÑA INÉS. Yo aquí le pienso esperar,
aunque el medio busco en vano;
mas ¿qué harán él y mi hermano?

MANUELA. Dándole está de cenar
con aparato ruidoso;
y es aquí lo que más vale,
haber hecho que regale

al alcahuete el celoso.

Escena XI

DON PEDRO. -DICHAS.

DON PEDRO. (Dentro.)

Hola, luces al jardín.

DOÑA INÉS. Que aquí vienen imagino.

MANUELA. Traza será de Tarugo.

DON PEDRO. (Sale.)

¿Doña Inés?

DOÑA INÉS. ¿Hermano mío?

DON PEDRO. Que a tu cuarto te retires

por un rato te suplico,

porque ese huésped que tengo,

que le traiga me ha pedido

después de cena al jardín.

DOÑA INÉS. Pues yo aquí me había venido

porque estas noches no duermo,

y la frescura del sitio

me suele llamar el sueño.

DON PEDRO. Yo haré, en habiéndole visto,

se vuelva luego a su cuarto,

y entrarás tú.

DOÑA INÉS. Eso te pido,

porque yo en mi soledad

no tengo más que este alivio.

Ven, Manuela.)

MANUELA. (Ap. a doña Inés)

A estar alerta.

DOÑA INÉS. Por la reja de los mirtos

estaremos escuchando.

(Vase con Manuela.)

Escena XII

TARUGO, CRIADOS, con luces. -DON PEDRO.

TARUGO. ¡Bendito sea el que hizo

tal hermosura! ¿Es posible

que esto pueda el artificio?

DON PEDRO. Para dentro de la corte

no es malo este rinconcito.

TARUGO. ¿Cómo rincón? Vive Dios,

que no es sino un paraíso.

(Ap. Y está dentro la culebra,

y ha de llevarla mi amigo,

porque ya Eva está avisada

y Adán está prevenido.)

DON PEDRO. ¿Os queréis recoger luego?

TARUGO. Antes en tal no imagino,
porque acostarse en cenando,
algo más tiene peligro.

DON PEDRO. (Ap.)

Vive Dios, que está despacio
este hombre, y como he dicho,
volverá mi hermana luego.

TARUGO. Sentémonos un poquito,
que para de aquí a las doce
está famoso este sitio.

Bien podéis dejarnos solos.

(Siéntanse.)

DON PEDRO. Retiráos.

(Vanse los criados.)

TARUGO. (Ap.)

Para mi aviso
ya tarda mucho don Félix,
y tener yo aquí es preciso
este hombre, para lograr
el embuste que está urdido.

DON PEDRO. ¿Usáis acostaros tarde?

TARUGO. Sí, señor, este es mi estilo;
no me he acostado en mi vida
sin dos horas de palillo;
y agora, habiendo jardín,
pienso alargarlas a cinco.

DON PEDRO. (Ap.)

¡De espacio estamos, por Dios!

TARUGO. Esto lo aprendí de un primo,
que es grandísimo jinete,
y por eso le he traído
a España.

DON PEDRO. ¿A qué?

TARUGO. A torear.

DON PEDRO. Pues ¿cómo con vos no vino?

TARUGO. Posa en casa de una tía.

DON PEDRO. (Ap. Vive Dios, que estoy perdido,
si vuelve luego mi hermana.)

Yo estoy aquí desabrido
porque me ofende el sereno.

TARUGO. No digáis tal desatino;

¿sereno agora por mayo?

Si vos queréis divertirlo,
discurramos aquí un poco:

¿sabéis de historias?

DON PEDRO. No he sido
inclinado a leer jamás.

TARUGO. Gran hombre fue Tito Livio.

DON PEDRO. (Ap.)

Vive Dios, que estamos buenos.

TARUGO. (Ap.)

Mucho tarda, vive Cristo,
don Félix, y mucho aprieta
este hombre.

DON PEDRO. (Ap. Yo estoy sin tino.)

Algo indispuerto me siento,
y así, amigo, me retiro.

TARUGO. Aguardad, por vida vuestra;

¿queréis aquí divertirnos
sin daño?

DON PEDRO. ¿Qué hemos de hacer?

TARUGO. Jugar unos cientecitos.

DON PEDRO. (Ap.)

Ya yo pierdo la paciencia.

(Suena dentro ruido de cuchilladas.)

DON FÉLIX. (Dentro.)

¡Ah traidores!

TARUGO. (Ap.)

Ya estoy vivo.

DON PEDRO. Mas ¿qué es esto?

TARUGO. Cuchilladas.

DON FÉLIX. Traidores, ¿a un hombre cinco?

¿No hay quien a un hombre socorra?

TARUGO. (Levántase.)

¡Cuerpo de Cristo conmigo!

DON PEDRO. Esperad, ¿adónde vais?

TARUGO. Esta es la voz de mi primo.

DON PEDRO. Que está cerrada esa puerta.

TARUGO. Abridla, pléguete Cristo.

DON FÉLIX. (Dentro.)

¡Que me matan!

TARUGO. Abrid presto.

DON PEDRO. (Abre.)

Ya lo está.

TARUGO. Venid conmigo.

DON PEDRO. Vamos.

(Vanse.)

Escena XIII

DONA INÉS, MANUELA; luego, DON FÉLIX.

MANUELA. Señora, esto es cierto.

DOÑA INÉS. Ya yo la industria he entendido;

mira si viene don Félix,
que yo aquí espero tu aviso.

(Retírase.)

DON FÉLIX. (Sale.)

Bien la ocasión se ha logrado.

MANUELA. Don Félix es, hecho y dicho.

¿Sois don Félix?

DON FÉLIX. Sí, yo soy.

MANUELA. Escondéos aquí conmigo;
presto, que pueden volver.

DON FÉLIX. Por vos no temo el peligro.

(Se esconden Manuela y don Félix en una parte, y doña Inés en otra.)

Escena XIV

DON PEDRO Y TARUGO, que salen envainando las espadas. -DOÑA INÉS, DON FÉLIX Y MANUELA, ocultos.

TARUGO. Vive Dios, que se escaparon.

DON PEDRO. ¿Dónde se fue vuestro primo?

TARUGO. Pues ¿qué demonios sé yo?

Pudo engañar mi oído.

DON PEDRO. O eran capeadores.

TARUGO. O eso.

Acostarme determino,
que me ha hecho mal este susto.

DON PEDRO. Idos pues.

TARUGO. Venid conmigo.

DON PEDRO. Pues cerrar quiero la puerta. (Cierra.)

TARUGO. (Ap.)

Lindamente ha sucedido.

DON PEDRO. Vamos. (Ap. Don Crisanto es
valiente como Rodrigo.)

TARUGO. (Ap.)

En dándole trasantón,
volveré.

(Vanse don Pedro y Tarugo.)

Escena XV

DON FÉLIX, MANUELA; después TARUGO; luego, DOÑA INÉS.

MANUELA. Ya ellos se han ido;

Señor don Félix, salid.

DON FÉLIX. A poner el albedrío
a vuestras plantas, Señora.

MANUELA. Mirad que erráis el estilo
que yo no soy doña Inés.

DON FÉLIX. Pues ¿quién?

MANUELA. Manuela.

DON FÉLIX. ¡Qué miro!

Pues ¿dónde está doña Inés?

MANUELA. Ahora saldrá a recibiros.

TARUGO. (Sale.)

Ya queda el bobo en su cuarto.

DON FÉLIX. ¿Es Tarugo?

TARUGO. Señor mío,
y ¿doña Inés?

MANUELA. Ya saldrá.

TARUGO. Pues salga, pléguete Cristo;
que me cuesta mi sudor
el zurcir este cariño.

DONA INÉS. (Sale.)

Ya sale quien le agradece.

DON FÉLIX. Bien en las flores se ha visto,
señora, que vos salís;
pues si las marchitó el brio
la noche, vuestra presencia
les da matices mas vivos.

DOÑA INÉS. Manuela, ten tú cuidado
si hacia la puerta hacen ruido;
y si habláis, sea muy quedo.

MANUELA. Hablad, que yo os daré aviso.

TARUGO. Pues seamos dos a dos,
que quiero, estando contigo,
lograr el rato, y no ser
aquí el sastre del Campillo.

DOÑA INÉS. Señor don Félix, dudosa
aquí os escucho y os miro,
porque como aqueste intento
en vos de tema ha nacido,
para vencer a mi hermano
en su opinión, yo imagino
que es porfía, y no fineza.

DON FÉLIX. Suspenso, señora, he oído
en vuestra desconfianza,
contra vos misma, un delito.
Pues cuando de la porfía
naciera en mí este designio,
al mirar vuestra hermosura
se me trocara el motivo;
porque cuando su opinión
sola me hubiese movido
a amaros, siendo forzoso
por vuestros ojos divinos,
lo era también adoraros;
porque el poder de ellos mismos
la voluntad me arrastrara,
y cegara mi albedrío.
Verdad es, señora mía,

que del intento el capricho
fue el caer en vuestro hermano
aquel tan ciego delirio;
mas luego vuestro retrato,
como antes os había visto,
y inclinación os tenía,
me robó todo el sentido.

Y para que esta verdad
y la fe con que la digo
conozcáis, mano y palabra
os daré, si en esto os sirvo,
de ser vuestro esposo; y juro
esto a los cielos divinos,
haciendo testigo dello
a las estrellas que miro,
y ellas dirán la verdad
del amor con que lo afirmo;
que si están en vuestros ojos,
no serán falsos testigos.

DOÑA INÉS. Mano y palabra, don Félix,
te aceto, y de mí te digo
que aunque mil vidas arriesgue,
yo he de ser tuya y tú mío.

Y agora, por esta noche,
no arriesguemos lo adquirido;
procura, señor, volverte.

TARUGO. ¡Qué es volver, pléguete Cristo?
Lo de adentro afuera puede;
que aquí no hay otro camino.

DOÑA INÉS. Luego ¿no puede salir?

TARUGO. Cerrada como castillo
está ya toda la casa.

DONA INÉS. Pues ¿qué hará?

TARUGO. Entrarse conmigo;
que yo cerraré mi cuarto.

MANUELA. Ten, que pasos he sentido.

TARUGO. ¿Qué dices? Cuerpo de Dios,
la espada se me ha caído. (Cáesele.)

DON PEDRO. (Dentro)
Hola, ¿qué ruido es aquél?

MANUELA. ¡Ay Dios!

TARUGO. Esto va perdido.

DON PEDRO. (Dentro.)
Alberto, hola, sacad luces.

ALBERTO. (Dentro.)

Ya vamos.

TARUGO. Pléguete Cristo.

DOÑA INÉS. ¿Qué hemos de hacer? ¡Ay de mí!

TARUGO. Escóndase entre estos mirtos
don Félix, y estáos vosotras
como os estáis; que al proviso
yo daré remedio al daño.

DOÑA INÉS. Presto.

DON FÉLIX. Ya yo me retiro. (Escóndese.)

TARUGO. Decid cuando entre, que yo
de la ventana he caído.
Con el mal de corazón
remediarlo determino.

Escena XVI

DON PEDRO, ALBERTO, con luz.- DOÑA INÉS, MANUELA, TARUGO, que se arroja
al suelo, figurando que le ha dado mal de corazón; DON FÉLIX, oculto.

DON PEDRO. Mirad quién está aquí dentro,
porque yo he sentido ruido.

¿Quién está aquí, hermana?

DOÑA INÉS. Este hombre
de esa ventana ha caído.

DON PEDRO. Don Crisanto es, vive el cielo.

ALBERTO. Ay Señor, que según miro,
le dio el mal de corazón.

DON PEDRO. Decidle vos al oído
las palabras que sabéis.

ALBERTO. Eso procuro.

(Llega a hablarle al oído)

TARUGO. ¡Ay Dios mío!

DON PEDRO. ¿Qué es esto, Señor?

TARUGO. ¡Ay triste!

Hombre, que me has destruido;
no decías que no había en casa
mujeres? Que el diablo quiso
que me asomé a esa ventana,
y las vi, y de haberlas visto,
me dio el mal de corazón.

DON PEDRO. ¡Válgame el cielo divino,
que no previniese yo
el cerrar aquel postigo!

TARUGO. ¡Ay! que me he perniquebrado;
llevadme a la cama, amigos.

DON PEDRO. Alberto, ayudadme; alzád.

TARUGO. Quedo, mi señor, pasito;
que llevo desencajados
los huesos del entresijo.

ALBERTO. Vamos, Señor.

DON PEDRO. Andad paso.

TARUGO. Sí, por amor de san Lino;
que no es daño el que se ve,
sino el que queda escondido.
(Llévanle entre don Pedro y Alberto.)

Escena XVII

DOÑA INÉS, MANUELA; luego, DON FÉLIX.

DOÑA INÉS. ¿Qué harémos ahora, Manuela?

MANUELA. Que en nuestro oratorio mismo
pase esta noche don Félix.

DOÑA INÉS. Eso habrá de ser preciso.

¿Don Félix?

DON FÉLIX. (Sale.)

¿Qué me decís?

DOÑA INÉS. Que la palabra te pido
de que pasar no te atrevas
el límite en tus cariños,
que permite mi decoro.

DON FÉLIX. Yo, Señora, te lo afirmo
y lo juro.

DOÑA INÉS. Desafortunadamente,
Entra en mi cuarto conmigo;
que en mi oratorio podrás
pasar la noche escondido,
y luego por la mañana
puedes salir sin ser visto,
y irte al cuarto de Tarugo.

DON FÉLIX. Sólo tu ingenio divino
hiciera...

DOÑA INÉS. No es sino amor
el que me da estos arbitrios.

DON FÉLIX. ¿Qué en efecto ya eres mía?

DOÑA INÉS. Como tú, don Félix, mío.

DON FÉLIX. Más cierto es esto que esotro.

DOÑA INÉS. La desconfianza estimo.

DON FÉLIX. ¿Por qué?

DOÑA INÉS. Parece fineza.

Ven tras mí.

DON FÉLIX. Ya tu honor sigo.

MANUELA. Y de este ejemplo...

DOÑA INÉS. ¿Qué dices?

MANUELA. Sepan los necios del siglo
que el guardar una mujer,
si ella guardarse no quiso,
no puede ser, aunque tenga
más guardas que el vellocino.

Jornada tercera.

Galería baja con ventana a otra habitación, en casa de don Pedro.

Escena primera

DON FÉLIX, TARUGO.

DON FÉLIX. Ocho días ha que aquí
estoy, Tarugo, escondido,
y un hora me ha parecido.

TARUGO. Y cuarenta años a mí,
según los sustos que pasé
por haberte de ocultar;
pues es forzoso inventar
un embuste a cada paso.

Y aunque hasta aquí en general
Todos me han salido bien,
puedo alguno errar también,
que el ingenio no es igual
y según los testimonios
de este hermano, temer puede
que yo yerre algún enredo,
y nos lleven los demonios.

DON FÉLIX. Todo el susto, que es forzoso,
se descuenta en la alabanza
que de engañarle te alcanza
a un hombre tan receloso.

TARUGO. No es el desquite que tome
de mi susto ese primor.

DON FÉLIX. Pues ¿cuál puede ser mejor?

TARUGO. Los regalos que le como;
y aunque me muelan a palos,
están mis penas pagadas:
cien monjas tiene ocupadas
sólo en hacerme regalos.
Las pollas y las perdices,
digo que me van cansando,
y los bofes anda echando
por buscarme codornices.

Escena II

DOÑA INÉS, a la ventana -DICHOS.

DOÑA INÉS. ¿Ce?

DON FÉLIX. Aguarda; que a la ventana
imagino que han llamado.

TARUGO. Y que es doña Inés parece.

DOÑA INÉS. ¡Gran desdicha! muerta salgo.

DON FÉLIX. ¿Muerta? ¿qué dices, mi bien?

DOÑA INÉS. Que ya ha sabido mi hermano
que hay hombre en casa escondido.

DON FÉLIX. ¡Válgame el cielo!

TARUGO. ¡Zapato!

DON FÉLIX. Pues ¿cómo ha sido?

DOÑA INÉS. La esclava
te vio en el jardín, pasando
hacia el cuarto de Tarugo
y todo se lo ha contado.

TARUGO. ¿La mora?

DOÑA INÉS. Sí.

TARUGO. Pues la perra,
¿quién la mete con los pasos?
Que eso toca a los judíos,
no a los moros.

DOÑA INÉS. Yo he arriesgado
el venir a esta ventana
por avisarte del daño.
Lo que aquí más nos importa
es poner tu vida en salvo
y asegurar tu defensa
de riesgo tan declarado;
que viviendo tú, bien mío,
para mí no hay riesgo humano;
que por tí sabré exponerme
a peligro más extraño.
Y adiós; que no puedo estar
más aquí.

DON FÉLIX. Aguarda.

TARUGO. Esperáos.

DON FÉLIX. ¿Puedo yo salir de casa?

DOÑA INÉS. ¿Cómo, si él queda en mi cuarto
registrando pieza a pieza,
y las armas en las manos?
Cerrando toda la casa
andan todos los criados.
Adiós. (Vase.)

Escena III

DON FÉLIX, TARUGO.

TARUGO. Con la colorada.

DON FÉLIX. ¡Grave mal!

TARUGO. Frescos quedamos;
llegó la hora, esto es hecho.

DON FÉLIX. ¿Qué haces?

TARUGO. Sacar el rosario,

y ponerme bien con Dios.

DON FÉLIX. Pues yo he de morir matando.

TARUGO. Eso es cosa de dolor.

DON FÉLIX. Pues ¿qué he de hacer?

TARUGO. Excusarlo;
que si el morir no se excusa,
el matar es valor de asno,
pues lo mismo hace una albarda,
que mata, estando debajo.

DON PEDRO. (Dentro.)

Requerid todas las puertas.

TARUGO. Vive Cristo, que esto es malo.

DON FÉLIX. Este es el postrer remedio;
Tarugo, ponte a mi lado.

TARUGO. Aguarda, pléguete Cristo
ya di en ella. ¡Soberano
ingenio, norte del hombre!
Más vale un ingenio claro
que todo el oro del mundo.
Métete dentro del cuarto.

DON FÉLIX. ¿Qué es lo que intentas?

TARUGO. Sacarte
de esta casa a paz y a salvo.

DON FÉLIX. ¿Cómo?

TARUGO. Luego lo verás.

DON FÉLIX. De tí tengo de fiarlo.

TARUGO. No lo fíes; que el que fía
es el que viene a pagarlo;
mas cree que has de salir,
y que el bobo del hermano
te ha de regalar primero,
y te ha ir acompañando.

Entra presto.

DON FÉLIX. No lo creo.

TARUGO. Entrate allí con mil diablos.

(Vase don Félix.)

Escena IV

DON PEDRO; ALBERTO Y SANCHO, con escopetas. -TARUGO.

DON PEDRO. Es imposible escaparse;

Poneos vos aquí, Sancho.

SANCHO. Déjeme usancé apuntar,
y venga el género humano.

DON PEDRO. Guardad esa puerta, Alberto.

TARUGO. ¿Qué es esto? ¿Armas en mi cuarto?

Pues ¿qué prevención es esta?

DON PEDRO. He sabido, don Crisanto,

que andan ladrones en casa.

(Ap. Encubrir quiero el agravio
que de mi hermana presumo.)

TARUGO. A buen tiempo en esto os hallo,
cuando tengo una visita,
y venía a suplicaros
que me hiciesen chocolate,
que es el preciso agasajo
que a una visita se debe.

DON PEDRO. ¿Visita hay en vuestro cuarto?

TARUGO. Sí, amigo, y de cumplimiento,
que no he podido excusarlo;
porque como ya por cartas
está el concierto tratado
de mi hermana, y ya está el novio
de mi venida avisado,
supo donde estoy, y ahora
le encontré saliendo acaso,
que buscándome venía;
y así, le tengo en mi cuarto.

DON PEDRO. ¿Que aquí está?

TARUGO. El entró conmigo
delante de esos criados.

DON PEDRO. ¿Quién?

TARUGO. Don Félix de Toledo.

DON PEDRO. (Ap. ¿Cuánto va que ha sido acaso
el hombre que vio la esclava?)

Y ¿al jardín habéis entrado
con él?

TARUGO. Lo primero que hice
fue llevarle a ver los cuadros,
y al punto que los miró,
se quedó el hombre pasmado.

DON PEDRO. ¿Qué decís?

TARUGO. Dice que ha visto
Retiro, Casa de Campo,
Aranjuez, pero ningunos
le llegan a su zapato.
Si a don Félix le parece
la novia como los cuadros,
los amantes de Teruel
con él han de ser guijarros.

DON PEDRO. (A Alberto.)

¿Veis cómo son necios sustos
los que siempre me estáis dando?

ALBERTO. Digo que entrar no le he visto.

SANCHO. Ni yo.

TARUGO. ¡Hay tales mentecatos!
¿Delante de vos no entré?
Por señas, que al darle paso
se os cayó al suelo la gorra?
SANCHO. ¿La gorra a mi? ¡Verbum caro!
Señor, tal hombre no he visto.
TARUGO. Si eso decís, no me espanto
que os olvidéis de la gorra.
DON PEDRO. (Ap. Misterio tiene el negarlo.)
¿Este es el cuidado, Alberto,
que de mi honor os encargo?
Ved si por donde entró un hombre,
sin verle tantos criados,
pueden haber entrado otros.
ALBERTO. Señor...
DON PEDRO. Andad, descuidados.
ALBERTO. Si no es que ha sido invisible.
DON PEDRO. Idos allá fuera.
ALBERTO. Vamos.
SANCHO. (Ap.)
Por Dios, que pienso que entró;
mas yo siempre estoy rezando,
y no puedo tener cuenta
en la vista y en la mano.
TARUGO. Haced que hagan chocolate.
DON PEDRO. ¿Alberto?
ALBERTO. Voy a mandarlo.
(Vase con Sancho.)

Escena V

DON PEDRO, TARUGO; luego, DON FÉLIX.
DON PEDRO. (Ap.)
Miren si decía yo bien
que era imposible mi agravio,
guardando tanto mi honor;
porque aunque este hombre ha entrado,
suceder puede una vez,
en una casa un acaso,
mas no es para cada día.
Señores, no hay que dudarlo,
el que guardare su honor,
hallará lo que yo hallo.
TARUGO. Al novio quiero llamar.
¿Señor don Félix?
DON FÉLIX. (Sale.)
Ya salgo.
TARUGO. A conocer por mi dueño

al señor don Pedro os llamo,
porque cierto que en su casa
recibo tanto agasajo.

DON PEDRO. Mi obligación es serviros.

DON FÉLIX. Don Pedro y yo ha muchos años
que somos grandes amigos.

TARUGO. Mucho me huelgo; sentaos.

¿Qué os parece de la novia,
pues habéis visto el retrato?

(Siéntanse.)

DON FÉLIX. Aseguro, hermano mío,
que no caben en mis labios
los hipérboles que debo
al bien que en él idolatro.

Absorto en ver su hermosura
todas las noches me paso,
y crece tanto mi amor
con esta dicha que alcanzo,
que presumo que lo escucha,
y está durmiendo a mi lado.

TARUGO. (Ap.)

¿Qué dijera el hermanico
si aquí hubiera un comentario
que la alegoría explicase?

DON FÉLIX. (Ap.)

Aún de admirarme no acabo
del ingenio de Tarugo.

DON PEDRO. Estando ya en este estado
el casamiento, don Félix,
el parabién puedo daros:
gocéis esa mi señora
en dulce paz muchos años.

DON FÉLIX. Yo le recibo, don Pedro,
y sea para lograrlos,
viendo vos la suerte mía.

TARUGO. (Ap.)

La suya vendrá debajo.
Vive Cristo, que es lo más
que ha podido hacer el diablo,
que de que le hurte la hermana
dé parabién un hermano.

DON PEDRO. (Ap.)

Miren esto; yo pensaba
que don Félix con engaño
ponía en mi hermana los ojos;
y aquí el caso averiguado,
tiene su amor en las Indias.

¡Lo que es juicio temerario!
DON FÉLIX. Hermano, dadme licencia,
porque he de ir a palacio
a hacer una diligencia.
TARUGO. Aguardar, que aún es temprano.
¿No viene ya el chocolate?

Escena VI

ALBERTO, DOS CRIADOS, con jícaras de chocolate. -DICHOS.

ALBERTO. Aquí está ya.

TARUGO. (Ap. Aqueso aguardo;
que la mejor circunstancia
que aquí tiene aqueste caso
es haber hecho mi industria
que él le regale a mi amo.)

Tomad, hermano.

DON FÉLIX. Señor,
Eso por mí es excusado,
que le he tomado dos veces.

TARUGO. No sé os dé nada, tomadlo;
que el chocolate en Madrid
se usa ya como el tabaco.

DON PEDRO. Hacedme a mí esta lisonja.

DON FÉLIX. Ya lo bebo si es mandado.

TARUGO. ¡Cuerpo de Dios, qué bien hecho!
Cierto que parece caído
de empanada de figón.

DON PEDRO. (Ap.)

Mucho toma el don Crisanto.

TARUGO. Yo lo bebo y no lo sorbo.

DON FÉLIX. Si es deuda de cortesano,
para cumplimiento basta.

TARUGO. Dadlo acá, si dejáis algo.

DON FÉLIX. Mirad que está muy caliente.

TARUGO. Tengo el gaznate empedrado.

DON PEDRO. Don Félix, aquesta casa,
que en vos no es nuevo agasajo,
ya con mas obligación
por el señor don Crisanto,
podéis honrar como vuestra.

DON FÉLIX. Yo espero ser della tanto
como él, y más, si os merezco
mas favor por más esclavo.

Guárdeos Dios.

DON PEDRO. Dadme licencia
de que os vaya acompañando
hasta palacio en mi coche.

DON FÉLIX. No ha de ser eso; quedáos.

DON PEDRO. Yo he de ir con vos.

DON FÉLIX. No ha de ser.

TARUGO. Pues pártase el agasajo:

dadnos el coche a los dos;

que yo a acompañarle salgo.

DON FÉLIX. (Ap. a Tarugo.)

¿Qué es lo que intentas, demonio?

TARUGO. He de hacer que aqueste hermano,
te dé la cama también.

DON PEDRO. Pues si queréis eso, vamos.

DON FÉLIX. No habéis de pasar de aquí.

DON PEDRO. Yo solo obedezco y callo.

Que llegue el coche, Domingo.

(A los criados)

DON FÉLIX. Don Pedro, bésoos las manos.

TARUGO. Adiós.

DON PEDRO. Él guarde a los dos.

TARUGO. (Ap. a don Félix.)

Señor receloso, vamos.

(Vase con don Félix y los criados.)

Escena VII

DON PEDRO, ALBERTO.

DON PEDRO. Viven los cielos, Alberto,
que casi desesperado
me tiene vuestro descuido.

ALBERTO. Vive el cielo soberano,
que tal hombre entrar no he visto,
y de la puerta no falto
hasta la hora que me acuesto
desde la que me levanto;
y no sé cómo esto sea.

DON PEDRO. De que eso digáis me espanto.

¿Este hombre entró por el cielo?

¿Que estaba dentro no es claro?

Luego si entró por la puerta,
que no le vistes es llano.

ALBERTO. Yo he de perder el sentido.

DON PEDRO. Más le perderé yo, dando
ocasiones a mi hermana
nacidas del sobresalto
de vuestra mucha torpeza.

ALBERTO. Pues ¿no es mejor excusaros
de ese desvelo y casarla?

DON PEDRO. A eso estoy determinado,
y hoy ha de ser, vive Dios.

Escena VIII.

DOÑA INÉS, MANUELA. -DICHOS.

DOÑA INÉS. (Ap. a Manuela.)

Manuela, el ingenio raro
de Tarugo dio el remedio;
ahora importa hacerle el cargo.
No dirás, don Pedro, ahora

(A don Pedro)

que son mis quejas en vano
mira si tenerlas puedo
de estos celos mal fundados,
pues por tu injusta sospecha
con arrojos temerarios
tanto tu opinión desdoras
como infamas mi recato.
El cuerdo, en una sospecha
ha de callar recatado;
porque si cuando la tiene
hace público el agravio,
cuando sabe que es injusta,
y lo que pensó es en vano,
sólo él queda satisfecho,
y no los que le escucharon.
Que tú para tí lo estés
no te saca del agravio,
que de la opinión de todos
se comprende el ser honrado.
Y aunque tu quedas contento,
no lo queda mi recato;
pues lo que tú habrás creído
habrá quien quiera dudar.
Yo, en fin, no te he de sufrir
que tus celosos engaños
con todos me infamen, siendo
tú sólo el desengañado.
Conventos tiene Madrid,
donde mientras que me caso
podré estar.

DON PEDRO. Detente, hermana;
que en mi error considerando
la mucha razón que tienes,
quiero excusar estos daños.

Ya yo te tengo casada.

DOÑA INÉS. Y con quién saber aguardo.

DON PEDRO. Es con don Diego de Rojas,
Un caballero bizarro.

DOÑA INÉS. Y ¿sabes tú si yo quiero?

DON PEDRO. Pues queriendo yo, ¿no es llano que has de querer tú también?

DOÑA INÉS. No, que soy yo quien me caso.

Si tú hubieras de vivir
con mi marido a tu lado,
bastaba que tú quisieses;
pero habiendo yo de estarlo,
es menester que yo quiera
el marido, y no tú, hermano;
que no ha de ser la elección
de quien no ha de ser el daño.

DON PEDRO. Pues ¿cómo tú me respondes con esa libertad?

DOÑA INÉS. Paso;
pues ¿no tengo yo albedrío?

DON PEDRO. Doña Inés, no en este caso.

DOÑA INÉS. Pues ¿en cuál?

DON PEDRO. En otro intento
que puede ser voluntario.

DOÑA INÉS. Yo no conozco ninguno.

DON PEDRO. Muchos hay.

DOÑA INÉS. Dirás acaso
en elegir confesor.

DON PEDRO. Yo no digo ni señalo
mas de que has de obedecerme,
y más en este mandato;
que yo soy tu padre aquí.

DOÑA INÉS. ¡Padre nuestro! Y ¡qué milagro!
Muy mozo sois, padre mío.

DON PEDRO. No hagamos chiste del caso;
que vive Dios, doña Inés...

Mas todo esto es excusado.
Lo que te prevengo es sólo
que luego a don Diego traigo,
que le he dado la palabra,
y que le has de dar la mano.

Guardar, Alberto, esas puertas;
que hoy saldréis deste cuidado.

(Vase con Alberto.)

Escena IX

DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA INÉS. Manuela, ¿no oyes aquesto?

MANUELA. Señora, no hay, pues te ha dado
don Félix mano de esposo,
sino ganar por la mano:

petición, doblón de a ocho,
y darle con el vicario.

DOÑA INÉS. Bien dices, si ser pudiese;
mas no sé de quién fiarlo
para que avise a don Félix.

MANUELA. Tarugo vendrá volando.

DOÑA INÉS. Y ¿si acaso se tardase,
que ignora el riesgo en que estamos,
y mi hermano con don Diego
vuelve, y su furor tirano
a dar la mano me obliga?

MANUELA. Eso sería muy malo;
mas apelar a la audiencia
del susodicho vicario,
que yo juraré la fuerza
y la maña.

DOÑA INÉS. Eso es en vano;
que hay muchos riesgos, y en fin
es pleito.

MANUELA. Pero ordinario.

DOÑA INÉS. No sé aquí de quien valerme.

Escena X.

ALBERTO. -DICHAS.

ALBERTO. Doña Ana Pacheco ha entrado
a visitaros.

DOÑA INÉS. ¿Mi prima?
Venga en buena hora.

MANUELA. (Ap. a doña Inés.)
El recado

puede dar ella a don Félix.

DOÑA INÉS. No hará ella tal, por mi hermano,
porque ha de ser su marido.

MANUELA. Si es cuñada, dala al diablo.,
(Vase Alberto.)

Escena XI

DOÑA ANA. -DOÑA INÉS, MANUELA.

DOÑA ANA. ¿Doña Inés?

DOÑA INÉS. ¡Oh prima mía!

Dame en albricias los brazos.

DOÑA ANA. De que os llevo a ver tan buena.
¿Puedo sin recato hablaros?

Porque he menester secreto.

DOÑA INÉS. Con Manuela no hay recato,
porque della el alma fío.

DOÑA ANA. Siendo así, vamos al caso.

Yo he venido, doña Inés,
lo primero a visitaros
por mi obligación, y luego
por sacar de un sobresalto
en que tenéis a quien fía
de mí todos sus cuidados.
Y para que no extrañéis
el intento en que he de hablaros,
ya vos sabéis, prima mía,
cómo estaba concertado
ya ha días el casamiento
conmigo y con vuestro hermano.
Su celosa condición
sólo ha sido el embarazo
que no me case con él,
cuando yo en sus partes hallo
todas las de un caballero
de su sangre y de su aplauso.
Y en fin, como siento en él
tal error, he procurado
suavizarle con razones,
moverle con desengaños;
mas siendo su sequedad
tanta, que al fin yo no basto,
me valí de la experiencia,
que es argumento más claro.
Y sabiendo que don Félix
de Toledo enamorado
de vos estaba, le dije
que intentase festejaros;
porque habiendo conseguido
vuestra voluntad, casado
con vos, sin haber noticia
en ello de vuestro hermano,
aunque a él le está tan bien,
tenga un castigo sin daño
del yerro de la opinión,
y hallé que no hay medio humano
de guardar una mujer,
si ella quiere contrastarlo.
Que conseguido el intento,
podré yo darle la mano,
porque para mi marido
le quiero desengañado.
Esto supuesto, don Félix
me ha dicho lo que ha pasado;
y sabiendo que os dejaba

con algún susto del caso,
yo vengo aquí de su parte,
porque habléis sin embarazo
a que me digáis el medio
que escogéis para casaros;
que él se dispondrá a cualquiera,
aunque teméis intentarlo.

DOÑA INÉS. No paséis mas adelante;

que el cielo aquí os ha enviado
para enmendar el peligro.

Yo a don Félix idolatro,
y el riesgo yo me le escojo;
porque el riesgo en que me halle
me obliga a valerme del.

Yo agora estoy esperando
que con don Diego de Rojas
venga a casarme mi hermano,
y el remedio que hay, es sólo
que don Félix, o arrojado,
o industrioso, o con el medio
de valerse del vicario,
venga a sacarme de aquí;
porque si no, a riesgo estamos
del amor y de la vida
él y yo. Pero mi hermano
viene, señora doña Ana;
válgame aquí vuestro amparo
en este riesgo en que estoy,
ved si podéis dilatarlo
hasta que tenga don Félix
aviso y pueda excusarlo,
sacándome de este riesgo;
y adiós, que entra ya mi hermano.

(Vase.)

MANUELA. Hoy sin duda aquí ha de haber
una de todos los diablos.

(Vase Manuela y retírase doña Ana.)

Escena XII

DON PEDRO, DON DIEGO. -DOÑA ANA.

DON PEDRO. Todo lo consigue el oro.

Mirad qué presto sacamos,
sin las amonestaciones,
licencia de desposaros.

DON DIEGO. Es tanta dicha, don Pedro,
que estoy confuso y turbado;
no sé cómo os agradezca

esta ventura que gano.

DON PEDRO. (Ap. No mas sustos, vive Dios;

ya estoy de guardar cansado
a mi hermana; pese a ella,
guárdela este mentecato;
que el peligro del marido
no está a cuenta del hermano.)

Pero, doña Ana, ¿aquí estáis?

DOÑA ANA. (Presentándose.)

De ver a mi prima salgo;
que ha días que no la he visto,
y me voy ya. (Ap. Mientras hallo
medio de dar el aviso
a don Félix, el sacarlo
de aquí ha de ser el mejor.)

DON PEDRO. Pues a tiempo habéis llegado

que es forzoso que os quedéis,
porque luego al punto aguardo
que se despose mi hermana,
que con don Diego la caso.

DOÑA ANA. Ya no es posible quedarme;

que estando ahora en el estrado,
me ha dado allí un accidente
con principio de desmayo,
y se va avivando mucho,
que es lo que me da cuidado;
y así, es forzoso irme luego.

DON PEDRO. Perdonad no acompañaros,

por quedar en este empeño.

DOÑA ANA. Cuando podéis dilatarlo

por el plazo solamente
de venirme acompañando,
sin riesgo del desposorio,
sois muy poco cortesano
en excusaros de empeño
a que estáis tan obligado,
por vos, por mí, y por deciros
que voy con este cuidado.

Pero si sois tan grosero,
que cuando esperáis mi mano
tenéis otras atenciones

(La calidad no reparo
porque es primero la mía),
señor don Pedro, quedaos;
que habiendo yo de ir con vos,
que iré mejor sola, es llano,
que tan mal acompañada.

DON PEDRO. Señora, aguardad.

DOÑA ANA. Ya aguardo.

DON PEDRO. Perdonadme, y sea disculpa
la llaneza con que os trato;
que yo no puedo tener
más dicha que acompañaros.

DOÑA ANA. Eso que llamáis llaneza
vos en lo que es agasajo,
a cualquier mujer se debe.
Dispensáis, mal cortesano,
con lo que amor os obliga
¿con qué título o qué cargo
desestimáis la licencia
que os doy yo de ir a mi lado?
¿Conmigo llaneza? Andad,
que sois necio y mal mirado. (Vase.)

DON DIEGO. Mal habéis hecho.

DON PEDRO. Forzoso
será el ir la acompañando,
aunque ella no lo permita.
Venid vos conmigo.

DON DIEGO. Vamos.
(Vanse.)

Escena XIII

DON FÉLIX, TARUGO; luego, UNA CRIADA.

DON FÉLIX. Tarugo, riesgo notorio.

TARUGO. Quien te sacó sin azar,
bien merecía sacar
un alma del purgatorio.

CRIADA. (Sale)

Sin duda son estos dos.
¿Señor don Félix?

DON FÉLIX. ¿Quién llama?

CRIADA. Quien buscándoos con gran prisa
por aquestas calles anda.

DON FÉLIX. No conozco con quién hablo.

CRIADA. Criada soy de doña Ana,
y me envía con cuidado
a deciros lo que pasa.

DON FÉLIX. Pues ¿qué hay?

CRIADA. Don Pedro Pacheco
quiere casar a su hermana
con un don Diego de Rojas;
y esto está ya de tal data,
que si vos no acudís luego
a sacarla de su casa,

la ha de casar esta noche.
Ella está determinada
a que la saquéis del riesgo
que tan cerca la amenaza:
por que a deciros me envía
que en vos tiene su esperanza.
Y adiós. (Vase)

Escena XIV.

DON FÉLIX, TARUGO; luego, DOÑA INÉS Y MANUELA, dentro.

DON FÉLIX. ¡Válgame mi amor!

Tarugo, amigo, ¿a qué aguardas?

Tarugo.

TARUGO. ¿Qué tarugueas?

¿Qué he de hacer yo si la casa?

DON FÉLIX. Aplicar algun remedio
a tan forzosa desgracia.

TARUGO. ¿Qué remedio? ¿Soy yo unguento
de sánalo-todo?

DON FÉLIX. El alma
se está saliendo del pecho.

TARUGO. Señor, déjala que salga.

DON FÉLIX. ¿Qué dices?

TARUGO. Que así saldrá
ella también, que es tu alma.

DON FÉLIX. Pues vive Dios, que yo estoy
resuelto a entrar y sacarla
a todo riesgo.

TARUGO. ¿Eso intentas,
siendo un castillo esta casa?

DON FÉLIX. Tarugo, yo he de arriesgar,
siendo su violencia tanta,

que mi diligencia llegue
tarde, si aquí se dilata.

Para entrar contigo allá
ya está la licencia dada,
y para salir con ella

el valor es quien lo allana.

TARUGO. Y ¿te parece eso fácil
con la gente que aguarda,

y más si está aquí el hermano,

y el novio, que le acompaña;

que hechos pedazos entre ellos,
no hay a tajada por barba?

DON FÉLIX. Pues, Tarugo, esto ha de ser;
ven a entrar conmigo.

TARUGO. Aguarda,

que ya he pensado una industria
con que tengo de sacarla,
aunque pese a la hermandad.

DON FÉLIX. ¿Qué dices?

TARUGO. Que a esta ventana
me dejes llegar primero
a saber si ahora está en casa
Don Pedro.

DON FÉLIX. No sea, Tarugo,
que agora yerres la traza.

TARUGO. ¿Agora la había de errar
a la tercera jornada,
para que a silbos me abriesen?

DON FÉLIX. Pues mira que si haces falta...

TARUGO. No haré tal.

DON FÉLIX. ¿A qué te expones?

TARUGO. A que me des de puñadas;
y ¿si acierto?

DON FÉLIX. Mil escudos,
y el vestido de escarlata
también con sus aderezos.

TARUGO. Con eso saco la cara,
sin temor de que don Pedro
diga, al saber la maraña,
que me he puesto colorado.
Aquí has de esperar.

DON FÉLIX. Acaba.

TARUGO. (Llama a la reja.)
Hago una señal a esta reja.

DOÑA INÉS. (Dentro.)

Manuela, mira quien llama.

MANUELA. (Dentro.)

¿Quién es?

TARUGO. Yo soy.

Escena XV

DOÑA INÉS, a la ventana. -DON FÉLIX y TARUGO, en la calle.

DOÑA INÉS. ¿Es Tarugo?

TARUGO. Ipse. Tu hermano ¿está en casa?

DOÑA INÉS. No.

TARUGO. Pues poneos los mantos,
y para ir bien disfrazadas,
algunas basquiñas viejas,
y luego, fuego en volandas
idme a esperar a mi cuarto.

DOÑA INÉS. ¿Para qué?

TARUGO. Así he de sacarlos;

vayan luego.

DOÑA INÉS. Pues si Alberto...

TARUGO. No repliquen, noramala.

¿Han visto que estas mozuelas
siempre han de ser mal mandadas?

DOÑA INÉS. Luego vamos. (Quítase de la ventana.)

TARUGO. Eso pido.

Por ellas voy, tu me aguardas
en ese portal de enfrente.

DON FÉLIX. En ti dejo mi esperanza. (Vase.)

TARUGO. Entro en casa, Dios delante;
invoco ahora la pala
de Cerón, que es en Madrid
la cosa que mejor saca.

(Éntrese en la casa, y vase don Félix.)

Antesala en casa de don Pedro.

Escena XVI

ALBERTO, SANCHO; luego, TARUGO.

ALBERTO. Sancho, estad con gran cuidado,
pues tan poco al plazo falta
desta prolija asistencia.

SANCHO. Ya los ojos se me saltan
de atisbar a cuantos vienen;
que aquel que entró esta mañana
yo le vi, mas me olvidé.

ALBERTO. Pues ¿por qué me lo negaba?

SANCHO. No había cantado el gallo.

TARUGO. (Sale.)

Sea Dios en esta casa.

SANCHO. Guarde a usancé muchos años.

TARUGO. Ya es la calor demasiada;
quiero entrar a desnudarme.

SANCHO. Usancé en buena hora vaya.

TARUGO. (Ap.)

Aquella es la guarda vieja
mas la amarilla es la mala.

ALBERTO. Venga, señor, en buen hora.

TARUGO. ¿Habría frío?

ALBERTO. Las garrafas
están siempre prevenidas.

TARUGO. Pues a mi cuarto las traigan.

ALBERTO. ¿Queréis agua de limón?

TARUGO. Esas bebidas nos matan.

ALBERTO. Han puesto a enfriar cerveza,
¿Queréisla?

TARUGO. Sí, que es más sana.

(Entra en su cuarto, y vuelve a salir.)

ALBERTO. Extraño es el don Crisanto.

SANCHO. ¡Mal año, y cuál se regala!

Medio Madrid me hizo ayer
andar buscando patatas.

TARUGO. (Sale.)

¡Jesús, Jesús, que traición!

¡Aquí mujeres tapadas!

¿Así me queréis matar?

Pues ¿qué es esto, guardas falsas?

ALBERTO. Señor, ¿qué es lo que decís?

TARUGO. ¿Qué he de decir? Lo que pasa.

Dos mujeres en mi cuarto,
sabiendo que a mí me mata
el ver mujeres de noche.

Yo voy a buscar posada,
aunque duerma en un mesón.

ALBERTO. ¿Qué es esto, señor? Aguarda.

TARUGO. Esto es gran bellaquería.

ALBERTO. ¿Mujeres están en casa?

¿Por dónde han de haber entrado?

TARUGO. Pues ¿eso dudáis? Miradlas.

Escena XVII

DOÑA INÉS Y MANUELA, disfrazadas y tapadas. -DICHOS.

ALBERTO. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?

SANCHO. ¿Qué es esto? ¡Santa Susana!

ALBERTO. Pues ¿quién son estas mujeres?

TARUGO. Pues ¿eso no es cosa clara?

¿Quién han de ser? Busconcillas
que se andan buscando gangas,
y habrán olido el indiano.

ALBERTO. ¡Hay desvergüenza tan rara!

SANCHO. Antes que venga don Pedro,
Alberto, echadlas de casa.

ALBERTO. Pues antes, viven los cielos,
tengo de verlas la cara.

TARUGO. Tente, hombre de Barrabás

¿Qué es lo que intentas? Aguarda;

¿No ves que el mal no me ha dado
porque encubiertas estaban?

ALBERTO. Mujeres, idos de aquí;
idos al instante.

SANCHO. Vayan
a los árboles del Prado.

TARUGO. Váyanse, pesia sus almas.

(Vanse las dos.)

ALBERTO. ¡Hay tan gran bellaquería!

SANCHO. ¡Hay desvergüenza más rara!

TARUGO. Milagro de Dios ha sido
no meterlas esta daga.

Vosotros tenéis la culpa.

ALBERTO. Señor...

TARUGO. No me habléis palabra.

Andad, que sois un pobrete
cuitado, y muy mala guarda;
pues no cumplís con la orden,
Y sois...

ALBERTO. ¿Qué soy?

TARUGO. Un panarra. (Vase.)

ALBERTO. Vive Dios, que por don Pedro
sufro aquestas palabradas.

Él, Sancho, tiene la culpa.

SANCHO. ¿Yo?

ALBERTO. Sí, que por él se pasan,
y es que no tiene cuidado.

SANCHO. Pues vuesarcé ¿dónde estaba?

Si no lo ve, siendo mozo,
¿qué haré yo con estas canas?

Créame, que ni usancé
ni yo somos para guardas. (Vase.)

ALBERTO. ¡Vive Dios, que estoy corrido!

Válgate el diablo por casa,
y quien me ha metido en ella
a ser yo guarda de hermanas. (Vase.)

Calle. -Noche.

Escena XVIII

DON FÉLIX, por una parte, y DOÑA INÉS y MANUELA, tapadas, por otra.

DON FÉLIX. Cielos, sin duda son ellas;

vive Dios, que ha sido rara
la cautela de Tarugo.

DOÑA INÉS. Aquí dijo, que aguardaba.

DON FÉLIX. ¿Sois el dueño de mis ojos?

DOÑA INÉS. Soy quien ya tiene esperanza,
y a vivir vuelve a tu vista.

DON FÉLIX. Encúbrete bien la cara,
que aunque es de noche, sus luces
para conocerla bastan,
y importa el ir encubierta.

Mas ¿cómo entre tantas guardas
posible ha sido salir?

DOÑA INÉS. Con la agudeza más rara
que pensar pudo el ingenio,

las dejó a todas burladas.
MANUELA. Todo lo ha hecho Tarugo;
había de ser de plata
para el chapín de la Reina.
DOÑA INÉS. Vámonos, señor, a casa
de doña Ana, porque allí
me halle mi hermano casada;
no arriesguemos esta dicha
porque su agudeza es tanta
que es para oírla despacio.
DON FÉLIX. Sígueme pues; pero aguarda,
que viene gente.

Escena XIX

DON PEDRO, DON DIEGO. -DICHOS.
DON PEDRO. Don Diego,
ya queda desenojada
doña Ana, con que también
yo me casaré mañana.
DON DIEGO. Ella ha tenido razón.
DON PEDRO. Mas ¿qué gente es la que pasa?
DON DIEGO. Un hombre con dos mujeres.
DON PEDRO. (Ap.)
Mi condición es extraña;
cualquier sombra me da celos
de mi honor.
DON DIEGO. Vamos.
DON PEDRO. Aguarda.
¿Quién va?
DON FÉLIX. Un hombre; ¿no lo ven?
DON PEDRO. Pues ¿quién es quien le acompaña?
DON FÉLIX. ¿Sois justicia?
DON PEDRO. Ni aun piedad.
DON FÉLIX. Si no es justicia, ¿qué manda?
DON PEDRO. ¿Es don Félix?
DON FÉLIX. ¿Es don Pedro?
DON PEDRO. Perdonad, pues fue la causa
el no haberos conocido.
DOÑA INÉS. (Ap.)
¿Hay mujer más desdichada?
DON FÉLIX. Disculpado estáis con eso.
DOÑA INÉS. (Ap.)
¡Yo estoy muerta!
MANUELA. (Ap.)
Aquí me mata.
DON FÉLIX. ¿Queréis algo?
DON PEDRO. Dad licencia,

si no es que esto os embaraza,
yendo con tal compañía,
de que yo sirviéndoos vaya,
porque no os encuentren otros.

DON FÉLIX. (Ap. Su necia desconfianza
me ha de pagar, vive Dios.)

Esta señora es casada,
y voy con grande recelo
que me sigan de su casa
yendo solo, y os suplico
que os vengáis conmigo.

DON PEDRO. Basta;
los dos que estamos iremos.

DON DIEGO. Vamos pues.

DON FÉLIX. Yo os doy las gracias;
que me hacéis un grande gusto.
Delante id.

DON PEDRO. De buena gana.

DON DIEGO. Vamos delante, don Pedro.

DOÑA INÉS. (Ap. a don Félix.)

¿Qué has hecho, don Félix?

DON FÉLIX. Calla.

DON PEDRO. (Ap.)

Miren cual anda don Félix
para inquietarme a mi hermana.

Al cabo sale que son
locas mis desconfianzas.

DON FÉLIX. Venid vosotras tras mí.

DOÑA INÉS. (Ap.)

Voy temiendo una desgracia.

DON FÉLIX. (Ap.)

Vive Dios, que me la lleva
su mismo hermano a mi casa.

Sala en casa de doña Ana.

Escena XX

DOÑA ANA, TARUGO, en traje de criado; UNA CRIADA.

TARUGO. Aquesto que te digo ha sucedido.

DOÑA ANA. Y como tuya el fin la industria ha sido.

TARUGO. Ya el hábito y vestido me he quitado,
y cuando llegue a estar desengañado
de lo que al tonto presumir le plugo,
me planto en su presencia de Tarugo.

DOÑA ANA. Muerto se ha de quedar de ver el caso.

TARUGO. Celebrado ha de ser en el Parnaso
el cuento, pues haberle yo engañado,
más de dos mil escudos le ha costado.

DOÑA ANA. Y ¿dónde está don Félix?

TARUGO. Ya con ella...

Mas no está sino aquí.

Escena XXI

DOÑA INÉS, MANUELA, DON FÉLIX. -DICHOS.

DON FÉLIX. ¡Feliz estrella
hasta veros, doña Ana, me ha guiado!

DOÑA ANA. El parabién os doy.

DON FÉLIX. Más he logrado
de lo que os pensáis.

DOÑA ANA. ¿Qué ha sucedido?

DON FÉLIX. Que hasta aquí acompañándome ha venido
don Pedro, sin saber que era su hermana
la que venía conmigo.

TARUGO. ¡Jesús! Gana
me ha dado de reír!

DON FÉLIX. Y aguarda abajo.

DOÑA ANA. Pues entráos allá todos, que al atajo
se ha de echar por aquí deste suceso.

TARUGO. Sí, porque eso es armársela con queso.

DOÑA ANA. (A la criada)

Baja y llama a don Pedro que entre luego.

(Vase la criada.)

DON FÉLIX. Vamos.

DOÑA INÉS. En mis temores no sosiego.

TARUGO. Entra allá dentro y tu temor se venza,
que él no ha de hablar palabra de vergüenza.

DOÑA ANA. Si con esto se diere por vencido,
sabrás lo que ha de hacer siendo marido.

(Vanse todos, menos doña Ana.)

Escena XXII

DON PEDRO, DON DIEGO. -DOÑA ANA.

DON PEDRO. ¿Qué me mandáis, señora?

DOÑA ANA. ¿Acompañado
venís?

DON PEDRO. Voy con don Diego, mi cuñado.

DON DIEGO. Yo soy criado vuestro.

DOÑA ANA. Yo os estimo,
pues esta noche habéis de ser mi primo.

Don Pedro, yo he deseado
en vuestra opinión vencer
una ceguedad tan loca,
pues confesar no queréis
que no se puede guardar,
si ella quiere, a una mujer.

DON PEDRO. Y ahora es cuando más lo niego;
pues hasta aquí lo negué
por discurso, mas agora
por experiencia lo sé.

DOÑA ANA. Pues si yo os pongo un ejemplo,
en que, aunque más lo dudéis,
lleguéis con los mismos ojos
a ver que no puede ser,
¿confesaréislo vos?

DON PEDRO. ¿Cómo
a mí ponerme podéis
este ejemplo? Aqueso sólo
es lo que no puede ser.

DOÑA ANA. ¿No penséis que en vuestra casa
está agora doña Inés?

DON PEDRO. Y deso estoy muy seguro.

DOÑA ANA. Pues para que ejemplo os den
vuestras mismas ceguedades,
don Félix, y doña Inés,
salid afuera.

Escena XXIII

DOÑA INÉS, DON FÉLIX. -DICHOS.

DON FÉLIX. Aquí estamos.

DON PEDRO. ¡Qué es lo que mis ojos ven!
Pues ¿quién te trujo aquí?

DON FÉLIX. Vos.

DON PEDRO. ¿Qué decís?

DON FÉLIX. Que aquesta fue
la dama que acompañasteis
conmigo.

DON PEDRO. ¡Ah traidor cruel!
Pues ¿tú a mí me has engañado?

DON FÉLIX. Tened, que no os engañé:
con una mujer casada
dije que iba, y verdad es,
que doña Inés es casada,
puesto que ya es mi mujer.

DOÑA INÉS. Y habéis de saber, hermano,
que esto sólo os está bien.

DON DIEGO. Bien dice, pues ya el casarme
con ella no puede ser.

Escena XXIV

TARUGO, MANUELA. -DICHOS.

TARUGO. Sosiéguese, que es Manuela
de don Crisanto también.

DON PEDRO. ¡Cielos, qué es esto que miro!

TARUGO. ¿Qué se espanta? Esto que ve
no fue por arte del diablo,
ni milagro, sino es
que con limpieza de manos,
el que don Crisanto fue
se ha convertido en Tarugo.
Mamóla vuesa merced.

MANUELA. Y yo también soy su esposa.

DOÑA ANA. Viendo esto, ¿qué diréis?
¿Puede a una mujer guardarse?

DON PEDRO. Digo que no puede ser,
y que miente el que lo piensa.

DOÑA ANA. Pues como eso confeséis,
ya podéis ser mi marido;
esta es mi mano también.

DON PEDRO. Corrido aceto la dicha.

DON FÉLIX. Y sirva este ejemplo fiel
para que los que presumen
que el guardar una mujer
es fácil, con este aviso
digan que no puede ser.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el
siguiente [enlace](#).



editorial del cardo